Nueva
Biblioteca
de la Libertad
21

HAYEK, ASHTON, HACKER
DE JOUVENEL, HARTWELL, HUTT

EL CAPITALISMO Y LOS HISTORIADORES

SEGUNDA EDICIÓN

Unión Editorial

EL CAPITALISMO
Y LOS HISTORIADORES

HAYEK, ASHTON, HACKER,
DE JOUVENEL, HARTWELL, HUTT

EL CAPITALISMO Y LOS HISTORIADORES

2.ª edición

Unión Editorial

Título original: *Capitalism and the Historians*
The University of Chicago, 1956
El ensayo de R.M. Hartwell «The Rising Standard of Living in England, 1800-1850» se publicó en *Economic History Review*, XIII (1961)

ISBN: 84-7209-311-5

C/ P.º de la Castellana, 52 • 28046 Madrid

Dirección comercial:
C/ Carranza, 25 • 28004 Madrid
Telf.: 447 99 77 • Fax: 448 26 60

Compuesto por JPM GRAPHIC, S.L.
Impreso por GRÁFICAS MURIEL, S.A.

Depósito legal: M-20.220-1997

Impreso en España - *Printed in Spain*

PREFACIO

Por Jesús Huerta de Soto

La interpretación de los hechos históricos relacionados con el capitalismo y la economía de mercado está muy influida por todo tipo de prejuicios de tipo político. Las diferentes ideologías intervencionistas recurren sistemáticamente a la historia para tratar de convencer a los ciudadanos de que el capitalismo «sin freno» empobrece a las masas. Y como ejemplo de este hecho se suele recurrir a relatos sobre la «tenebrosa» situación de la clase trabajadora durante la Revolución Industrial que no dejan lugar a dudas respecto al juicio histórico que a toda persona decente debe merecer el capitalismo. Esta versión de los hechos se filtra a través de los libros de texto, obras literarias, y medios masivos de comunicación y da lugar a una visión del mundo económico y social de la Revolución Industrial que se ha convertido en un verdadero «dogma de fe» prácticamente no discutido por nadie.

Y, sin embargo, esta visión del capitalismo no se corresponde con la realidad histórica. Desde el comienzo de la segunda mitad de este siglo ha comenzado toda una corriente revisionista que ha demostrado que la interpretación popular es errónea y que durante la Revolución Industrial el nivel de vida, económico y social, de las clases trabajadoras no dejó de aumentar.

A estudiar los distintos aspectos de esta cuestión vital para proceder a un juicio imparcial sobre la evolución histórica del capitalismo se dedica el presente volumen en el que, a parte de su editor F.A. Hayek, intervienen los académicos más pres-

tigiosos que han protagonizado la destrucción intelectual del mito sobre el supuesto pernicioso papel del capitalismo durante la Revolución Industrial.

Este libro surgió como consecuencia de los diferentes trabajos que fueron preparados por sus autores con motivo de la cuarta reunión anual de la Sociedad de académicos liberales Mont Pèlerin, que tuvo lugar en Beauvallon (Costa Azul francesa) en Septiembre de 1951. Es precisamente a partir de este evento cuando los historiadores, espoleados por Ashton, Hacker y Hartwell, empiezan a darse cuenta de que en el pasado han tendido a proporcionar una imagen distorsionada del capitalismo que es preciso corregir.[1]

Cuatro años después, en 1956, se publica por The University of Chicago Press la primera versión inglesa de este libro con el título *Capitalism and the Historians*. El libro alcanza un éxito resonante y es traducido y publicado por primera vez en español en 1974. La importancia de esta obra ya clásica, junto con la obstinada visión mítica sobre la Revolución Industrial que todavía perdura en muchos ámbitos de nuestro país, han aconsejado la reedición de este libro, dentro de la colección «Nueva Biblioteca de la Libertad»; como capítulo VI incorpora, como novedad no incluida en la primera edición, el artículo que el Prof. R.M Hartwell preparó especialmente para la edición italiana de *El capitalismo y los historiadores*, y que no fue publicado en la edición inglesa original. Estamos seguros de que esta segunda edición de *El capitalismo y los historiadores* será tan bien acogida como la primera y contribuirá en gran medida a que las nuevas generaciones de españoles conozcan con más exactitud y veracidad el importante papel que la economía de mercado ha jugado en el pasado como motor del desarrollo económico e impulsor de la civilización.

[1] Una explicación detallada sobre los antecedentes y proceso de formación de *Capitalism and the Historians*, puede verse en R.M. Hartwell, *A History of the Mont Pèlerin Society*, Liberty Fund, Indianápolis, 1995, pp. 90-94.

NOTA PREVIA

Los tres primeros ensayos de este volumen fueron presentados en una reunión de un grupo internacional de economistas, historiadores y estudiosos de ciencias sociales que desde hace años se reúnen para discutir cómo salvaguardar la sociedad libre de la amenaza del totalitarismo. Uno de los temas discutidos en la reunión de la Mont Pèlerin Society, celebrada en Beauvallon, Francia, en septiembre de 1951, fue la interpretación que los historiadores dan del capitalismo. De los cuatro ensayos que sirvieron de base a la discusión, el del profesor M. Silberschmidt, de Zurich, no está desgraciadamente disponible en forma escrita y tampoco se dispone del texto del animado debate que siguió. Los participantes en la discusión creyeron que era conveniente publicar los otros tres ensayos, y se consideró útil incluir en esta publicación algunos escritos anteriores de miembros de la Sociedad, estrechamente ligados con el tema discutido. Puesto que se me encargó de llevar a la práctica este proyecto, he tratado de explicar —en una introducción que se basa en gran parte en lo que en la discusión se trató— el significado del problema afrontado en las páginas que siguen. El segundo de los escritos del profesor Ashton incluidos en este volumen se publicó originariamente en el *Journal of Economic History*, suplemento IX, 1949, y el escrito del profesor Hutt en *Economica* de marzo de 1926. Agradezco a los directores y editores de ambas revistas su autorización a reimprimir estos artículos.

F.A. HAYEK

ÍNDICE

PREFACIO, por Jesús Huerta de Soto 9

NOTA PREVIA, por F.A. Hayek 11

CAPÍTULO I: HISTORIA Y POLÍTICA
Por F.A. Hayek 15

CAPÍTULO II: EL TRATAMIENTO DEL CAPITALISMO POR LOS HISTORIADORES
Por T.S. Ashton 37

CAPÍTULO III: LOS PREJUICIOS ANTICAPITALISTAS DE LOS HISTORIADORES NORTEAMERICANOS
Por Louis M. Hacker 63

CAPÍTULO IV: LOS INTELECTUALES EUROPEOS Y EL CAPITALISMO
Por B. de Jouvenel 87

CAPÍTULO V: EL NIVEL DE VIDA DE LOS TRABAJADORES EN INGLATERRA DESDE 1790 A 1830
Por T.S. Ashton 113

CAPÍTULO VI: EL AUMENTO DEL NIVEL DE VIDA EN INGLATERRA DE 1800 A 1850
Por R. M. Hartwell 141

CAPÍTULO VII: EL SISTEMA DE FÁBRICA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX
Por W.H. Hutt 181

Capítulo I

HISTORIA Y POLÍTICA

F.A. Hayek

Ha existido siempre una estrecha relación mutua entre las convicciones políticas y las opiniones sobre los acontecimientos históricos. Las experiencias del pasado son la base sobre la cual se construyen esencialmente nuestras opiniones acerca de si son deseables una u otra política o institución, mientras que, por otro lado, nuestras opiniones políticas de hoy influyen y colorean inevitablemente nuestra interpretación del pasado. Si bien es demasiado pesimista pensar que el hombre no aprende nada de la historia, bien podemòs preguntarnos si lo que aprende es siempre la verdad. Mientras, por un lado, los acontecimientos del pasado constituyen la fuente de la cual el género humano saca sus experiencias, por otro lado sus opiniones no se basan necesariamente en hechos objetivos, sino en las fuentes e interpretaciones escritas a que puede acceder. Apenas nadie discutirá que nuestras ideas sobre lo bueno y lo malo de las diversas instituciones están determinadas por los efectos en el pasado que les atribuimos. Apenas existe ningún ideal o concepto político que no incluya opiniones sobre una serie de acontecimientos históricos, y, viceversa, son pocos los recuerdos históricos que no sirvan como símbolo para una meta política. Sin embargo, las ideas históricas que nos guían en el presente no coinciden siempre con los hechos históricos; incluso muchas veces son menos la causa que el efecto de las convicciones políticas. Los mitos históricos han desempeñado, en la formación de las opiniones, un papel quizá casi tan grande como los hechos históricos. Sin embargo, ape-

nas podemos esperar sacar provecho de las experiencias de nuestro pasado, si los hechos de los cuales deducimos nuestras consecuencias no coinciden con la realidad.

Por ello, probablemente los historiadores influyen sobre la opinión pública de manera más inmediata y completa que los tratadistas políticos que lanzan nuevas ideas. Es más, parece que tales nuevas ideas generalmente no penetran en amplios círculos en su forma abstracta, sino más bien a través de la interpretación que hacen de determinados hechos. En este sentido, el poder directo sobre la opinión pública está por lo menos un paso más cerca del historiador que del teórico. Y mucho tiempo antes de que el historiador profesional tome la pluma, la conversación diaria sobre los acontecimientos del pasado más reciente ha creado una imagen muy precisa de estos acontecimientos, quizá ha creado varias imágenes distintas, que influyen sobre la discusión contemporánea tanto como cualquier diferencia de opiniones sobre los nuevos planteamientos.

Esta influencia fundamental de las concepciones históricas en boga sobre la formación de las opiniones políticas se comprende hoy quizá menos que en el pasado. Tal vez ello se deba a que muchos historiadores modernos tienen la pretensión de mantenerse en una posición puramente científica y totalmente libre de cualquier prejuicio político. Es claro que tal actitud constituye un riguroso deber del científico en lo que respecta a su trabajo de investigación histórica, es decir, la verificación de los hechos. No hay razón alguna para que los historiadores de distintas convicciones políticas no puedan coincidir cuando se tra'a de hechos. Pero ya en el principio de la investigación, cuando debe decidirse qué cuestiones merecen ser planteadas, los juicios de valor individuales no pueden dejarse a un lado. Y es también más que dudoso que pueda escribirse una historia coherente de un periodo o de una serie de acontecimientos sin interpretar los hechos de manera que no sólo se apliquen teorías sobre el enlace de los procesos socia-

les, sino que además éstos se contemplen a la luz de determinados valores; por lo menos, es más que dudoso que una historia así escrita merecería ser leída. Escribir historia es —a diferencia de la investigación histórica— tanto, por lo menos, un arte como una ciencia; además, el que intenta escribir historia y olvida que esto le plantea la tarea de formular una interpretación a la luz de determinados valores se engaña a sí mismo y será víctima de sus prejuicios personales subconscientes.

Tal vez no existe un mejor ejemplo de la manera como los ideales políticos de una nación, durante más de un siglo, y los de la mayoría de las naciones del mundo occidental, por un tiempo más corto, fueron formados por los escritos de un grupo de historiadores que la influencia que ejerció la inglesa «interpretación *whig* de la historia». Probablemente, puede decirse sin exageración que por cada hombre que conocía, de primera mano, las obras de los filósofos políticos que habían fundado la tradición liberal, había cincuenta o incluso cien que la habían asimilado en los escritos de autores como Hallam y Macaulay o Grote y Lord Acton. Es significativo que el historiador inglés moderno que más que ningún otro contribuyó a desacreditar esta tradición liberal llegara más tarde a escribir que «quienes, quizá con errado fanatismo juvenil, quieren hacer desaparecer aquella interpretación *whig*... se ocupan en barrer una habitación que realmente no puede permanecer mucho tiempo limpia. Abren las puertas a siete demonios que, precisamente por ser recién llegados, son peores que el primero.»[1] Y si bien defiende todavía la tesis de que la «historia *whig*» ha sido una «falsa» interpretación histórica, afirma, sin embargo, que «fue una de las partidas de nuestro activo» y que «ha actuado saludablemente sobre la política inglesa».[2]

---

[1] Herbert Butterfield, *The Englishman and His History*, Cambridge University Press, Cambridge 1944, p. 3.

[2] *Ibid.*, p. 7.

Si la «historia *whig*» fue, en algún sentido importante, falsa interpretación histórica, es tal vez una cuestión sobre la que todavía no se ha dicho la última palabra, pero que no queremos discutir aquí. Sus beneficiosos efectos en orden a crear la atmósfera esencialmente liberal del siglo XIX está fuera de duda y ciertamente no puede atribuirse a ninguna falsa descripción de los hechos. Fue, principalmente, una interpretación política de la historia y los hechos fundamentales sobre los que se construyó estaban fuera de toda duda. No puede, en todos sus aspectos, ser medida con los modernos patrones de la investigación histórica, pero dio a las generaciones que crecieron en su espíritu un verdadero sentido del valor de la libertad política que sus antepasados habían conquistado para ellos, y, además, les sirvió de guía para conservar esta conquista.

La interpretación *whig* de la historia pasó de moda con la decadencia del liberalismo. Pero es más que dudoso que la moderna interpretación histórica, precisamente porque pretende ser más científica, haya llegado a ser realmente una guía más segura y digna de crédito en los sectores en que más ha influido sobre la formación de las opiniones políticas. La interpretación política de la historia ha perdido, en realidad, gran parte de la influencia y de la fuerza cautivadora que poseyó en el siglo XIX, y es dudoso que alguna obra histórica de nuestros días pueda ser comparada en amplitud o en eficacia inmediata con la *History of England* de Macaulay. Sin embargo, la medida en que nuestras actuales opiniones políticas son coloreadas por dogmas históricos no ha disminuido. Como el interés se ha desplazado desde los problemas jurídico-constitucionales al terreno social y económico, hoy aparecen los dogmas históricos que actúan como fuerzas impulsoras principalmente en forma de opiniones sobre la historia económica. Probablemente es justo decir que ha sido una interpretación socialista de la historia la que ha dominado el pensamiento político durante las dos o tres últimas generaciones, y que este pensamiento consiste fundamentalmente en una peculiar

visión de la historia económica. Lo más digno de observar en esta interpretación histórica es que la mayor parte de las afirmaciones a las que se ha dado la categoría de «hechos que todo el mundo conoce» se ha demostrado hace tiempo que son ficciones, y, sin embargo, fuera del círculo de los historiadores económicos profesionales, estos «hechos» siguen siendo aceptados casi universalmente como los fundamentos sobre los cuales se basa el juicio acerca del orden económico existente.

Si se explica a la gente que sus convicciones políticas están condicionadas por especiales opiniones sobre historia económica, la mayor parte contestará que no se ha interesado nunca por tales cosas y no ha leído ningún libro sobre ellas. Esto no quiere decir que estas personas, como el resto de los hombres, no acepten como hechos demostrados muchas de las leyendas que en algún momento fueron puestas en circulación por autores de obras de historia económica. Aunque en el indirecto y complicado proceso por el que las nuevas ideas políticas llegan hasta el público el historiador ocupa una posición decisiva, también él se desenvuelve principalmente sobre la base de ulteriores reelaboraciones. Solamente después de atravesar varias fases, la imagen que dibuja se convierte en propiedad general; a través de la novela y el periódico, del cine y del discurso político, y, finalmente, a través de la escuela y la conversación cotidiana, el hombre medio se forma sus concepciones históricas. Pero incluso gentes que no leen nunca libros y probablemente no han oído el nombre del historiador cuyas opiniones les influyen acaban por ver el pasado a través de sus lentes. De este modo, muchos dogmas se han convertido en elementos integrantes del catecismo político de nuestro tiempo, por ejemplo, ciertas ideas sobre el desarrollo y los efectos de los sindicatos obreros, sobre el supuesto crecimiento progresivo del monopolio, sobre la destrucción deliberada de mercancías como consecuencia de la competencia (en realidad, éste es un hecho que siempre que se ha producido ha sido obra de un monopolio, por lo general sostenido por

el Estado), sobre la no utilización de descubrimientos beneficiosos, sobre las causas y los efectos del «imperialismo», y, finalmente, sobre el papel de la industria armamentística en particular, o de los «capitalistas» en general, en la provocación de las guerras. Muchos de nuestros contemporáneos se sorprenderían altamente si supieran que sus opiniones sobre estas cuestiones carecen casi totalmente de fundamento en hechos probados, y no pasan de ser meros mitos puestos en circulación por motivos políticos, difundidos con la mejor intención por personas en cuyos esquemas generales encajan bien. Sería preciso escribir varios libros como éste para mostrar cómo la mayor parte de lo que sobre estos problemas creen no sólo algunos radicales, sino también no pocos conservadores, no es historia, sino sólo leyenda política. Aquí nos limitaremos a señalar algunas obras sobre estos problemas en las cuales el lector puede informarse sobre las más importantes cuestiones mencionadas.[3]

Existe, sin embargo, un mito de primer orden que ha contribuido más que ningún otro a desacreditar el sistema económico al que debemos nuestra civilización actual y al que está dedicado el presente volumen. Se trata de la leyenda según la cual la situación de las clases trabajadoras empeoró como consecuencia de la implantación del «capitalismo» (o del «sistema fabril o industrial»). ¿Quién no ha oído hablar de los «ho-

[3] Véase M. Dorothy George, «The Combination Laws Reconsidered», *Economic History* (suplemento del *Economic Journal*), vol. 1, mayo de 1927, 214-28; W.H. Hutt, *The Theory of Collective Bargaining* (P.S. King, Londres 1930); trad. esp.: *La contratación colectiva*, Unión Editorial, Madrid 1974, y *Economists and the Public* (Jonathan Cape, Londres 1936); trad. esp.: *El economista y la política*, Unión Editorial, Madrid 1974; L.C. Robbins, *The Economic Basis of Class Conflict* (Macmillan, Londres 1939) y *The Economic Causes of the War* (Jonathan Cape, Londres 1939); Walter Sulzbach, *«Capitalistic Warmongers»: A Modern Superstition*, Public Policy Pamphlets, n.º 35 (University of Chicago Press, Chicago 1941); G.J. Stigler, «Competition in the United States», en *Five Lectures on Economic Problems* (Longmans, Green, Londres y Nueva York 1949); G. Warren Nutter, *The Extent of Enterprise Monopoly in the United States, 1899-1939* (University of Chicago Press, Chicago 1951); y, sobre la mayoría de estos problemas, las obras de Ludwig von Mises, especialmente su *Socialism* (Jonathan Cape, Londres 1935.

rrores del capitalismo inicial» y no ha sacado la impresión de que la aparición de este sistema trajo nueva e indecible miseria a extensas capas de población que hasta entonces estaban relativamente satisfechas y vivían con desahogo? Deberíamos, con razón, considerar funesto un sistema culpable de haber empeorado, aunque fuera sólo por cierto tiempo, la situación de la capa de población más pobre y más numerosa. La difundida repulsa emocional contra el «capitalismo» se halla estrechamente ligada a la creencia de que el indiscutible aumento de riqueza producido por el orden competitivo se consiguió al precio de un deterioro del nivel de vida de las capas sociales más débiles.

Tal fue, en efecto, la doctrina ampliamente difundida durante algún tiempo por ciertos historiadores económicos. Sin embargo, un examen más cuidadoso de los hechos ha conducido a revisar radicalmente esta doctrina. Pero una generación después de haber sido resuelta esta controversia, la vieja idea sigue gozando de general aceptación. Cómo pudo nacer esta doctrina y cómo pudo, largo tiempo después de su refutación, continuar influyendo sobre la opinión pública, son dos cuestiones que merecen seria investigación.

Esta concepción se encuentra con frecuencia no sólo en la literatura política hostil al capitalismo, sino también en obras que en conjunto contemplan favorablemente la tradición política del siglo XIX. Un buen ejemplo lo ofrece la siguiente cita de la *Historia del liberalismo europeo*, de Ruggiero, libro apreciado con razón: «Fue precisamente en el periodo del desarrollo industrial más activo cuando empeoraron las condiciones de vida del trabajador. La duración del trabajo se alargó desmesuradamente; la ocupación de mujeres y niños en las fábricas hizo descender los salarios; la aguda competencia entre los mismos trabajadores que ya no estaban ligados a sus parroquias, sino que viajaban libremente y podían reunirse allí donde la demanda de sus servicios era mayor, abarató todavía más el trabajo que ofrecían en el mercado: crisis industria-

les numerosas y frecuentes —inevitables en un periodo de crecimiento, cuando la población y el consumo no se han estabilizado todavía— incrementaban de tiempo en tiempo la multitud de parados, el ejército de reserva del hambre.»[4]

Para una afirmación tal no había, hace veinticinco años, cuando fue hecha, ninguna excusa. Un año después de ser publicada por primera vez, Sir John Clapham, el más destacado conocedor de la historia económica moderna, se quejaba con razón con las siguientes palabras: «La leyenda de que la situación del trabajador empeoró progresivamente desde la redacción de la *People's Charter* hasta la Gran Exposición no acaba de desaparecer. El hecho de que tras el descenso de los precios de los años 1820-21 el poder de compra de los salarios en general —no naturalmente el salario de cada uno— fue decididamente más alto que inmediatamente antes de la Revolución y de las guerras napoleónicas se ajusta tan poco a las ideas tradicionalmente aceptadas que rara vez se menciona, con lo cual los historiadores sociales prescinden persistentemente de los trabajos realizados por estadísticos que se ocupan de salarios y precios.»[5]

La opinión pública general apenas ha mejorado en este sentido, aunque la mayoría de los autores más responsables de la difusión de la opinión contraria se ven obligados a reconocer los hechos. Pocos autores han contribuido más al nacimiento de la creencia de que en los primeros años del siglo XIX la situación de la clase trabajadora empeoró considerablemente que Mr. y Mrs. Hammond; sus obras se citan con frecuencia como prueba. Pero hacia el fin de su vida reconocie-

[4] Guido de Ruggiero, *Storia del liberalismo europeo* (Bari, 1925), traducido al inglés por R.G Collingwood, con el título de *The History of European Liberalism* (Oxford University Press, Londres 1927), p. 47, esp. p. 85. [Traducción española, Edit. Pegaso, Madrid 1944. -Ed.] Resulta interesante observar que Ruggiero parece obtener sus hechos principalmente de otro historiador supuestamente liberal, Elie Halévy, aunque Halévy nunca los expresó tan rudamente.

[5] J.H. Clapham, *An Economic History of Modern Britain* (Cambridge University Press, Cambridge 1926), vol. 1, capítulo 7.

ron que «los estadísticos nos informan que, tras el estudio de los datos de que disponen, pueden afirmar que los ingresos subieron y que la mayoría de los hombres y mujeres, en el tiempo en que este descontento se hizo ruidoso y activo, eran menos pobres que anteriormente, en el silencio otoñal de los últimos años del siglo XVIII. El material de prueba es naturalmente escaso, y su utilización no es fácil, pero probablemente esta afirmación es cierta, en términos generales.»[6]

Sin embargo, esto apenas podía modificar la influencia general que sus escritos habían ejercido sobre la opinión pública. Por ejemplo, en uno de los estudios más recientes y serios sobre la historia de la tradición política de Occidente, podemos leer: «...pero como todos los grandes experimentos sociales, el descubrimiento del mercado de trabajo también resultó caro. Tuvo como consecuencia, en primer lugar, un rápido y fuerte descenso del nivel de vida material de las clases trabajadoras».[7]

Estaba a punto de escribir que esta opinión la sostiene hoy casi exclusivamente la literatura popular, cuando me vino a las manos el último libro de Bertrand Russell, en el cual este autor, como si quisiera confirmar mis tesis, afirma a la ligera: «La revolución industrial provocó en Inglaterra, como también en América, una miseria indescriptible. En mi opinión, apenas nadie que se ocupe de historia económica puede dudar que el nivel medio de vida en la Inglaterra de los primeros años del siglo XIX era más bajo que el de cien años antes; y esto ha de atribuirse casi exclusivamente a la técnica científica.»[8]

Apenas puede reprocharse al profano inteligente si supone que una manifestación tan categórica de un autor tan dis-

---

[6] J.L. Hammond y Barbara Hammond, *The Bleak Age* (1934) (edición revisada, Pelican Books, Londres 1947), p. 15.

[7] Frederick Watkins, *The Political Tradition of the West* (Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1948), p. 213.

[8] Bertrand Russell, *The Impact of Science on Society* (Columbia University Press, Nueva York 1951), pp. 19-20.

tinguido debe ser cierta. Si Bertrand Russell cree esto, no hemos de sorprendernos de que las versiones de historia económica, hoy difundidas por centenares de miles de ediciones populares, sean principalmente de la clase que siguen propagando estos viejos mitos. Es una rara excepción encontrar una novela histórica sobre el periodo que renuncie al efecto dramático que brinda la historia del súbito empobrecimiento de grandes grupos de trabajadores.

El verdadero curso de los hechos —es decir, el lento e irregular ascenso de las clases obreras que, según nuestros conocimientos actuales, tuvo lugar entonces— es, naturalmente, para el profano, mucho menos sensacional e interesante. Pues esto no es otra cosa que la situación normal que está acostumbrado a esperar; y apenas se le ocurre la idea de que este progreso no es, en modo alguno, inevitable, que ha sido precedido por siglos en los cuales la posición de los más pobres se mantuvo bastante invariable, y que solamente gracias a las experiencias de muchas generaciones hemos logrado contar con un constante progreso hacia situaciones mejores; gracias a experiencias con el mismo sistema que el profano sigue considerando como la causa de la miseria de los pobres.

Las discusiones sobre las consecuencias de la naciente industria moderna para las clases trabajadoras versan casi siempre sobre las condiciones en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX; sin embargo, la gran transformación a que se refieren había empezado ya mucho antes, poseía en aquel tiempo considerable historia, y se extendía mucho más allá de las fronteras de Inglaterra. La libertad de actividad económica, que en Inglaterra se había revelado tan importante para el rápido aumento del bienestar, era, probablemente, en principio, sólo un subproducto casi casual de las limitaciones que la Revolución del siglo XVII había impuesto a los poderes del gobierno; y únicamente tras haber observado sus beneficiosos efectos generales, los economistas explicaron la relación entre los hechos y postularon la supresión de las últimas barreras que se opo-

nían a la libertad del comercio. Por consiguiente, en muchos sentidos, induce a error hablar del «capitalismo» como si se tratase de un sistema nuevo y completamente distinto, que hubiera nacido súbitamente a finales del siglo XVIII. Empleamos aquí esta expresión porque es la más conocida, pero lo hacemos muy a disgusto, porque este concepto, con sus implicaciones modernas, es, en buena parte, una creación de esa interpretación socialista de la historia económica a la que aquí nos estamos refiriendo. La expresión induce a error, sobre todo porque se enlaza frecuentemente con la idea del crecimiento del proletariado desposeído, al cual, a través de cierto oscuro proceso, se le habría privado de la justa propiedad de los medios de producción.

La verdadera historia de la conexión entre el capitalismo y el creciente proletariado es, aproximadamente, la contraria de la que sugieren esas teorías de la expropiación de las masas. La verdad es que durante la mayor parte de la Historia, para la mayoría de los hombres, la propiedad de los medios de producción fue condición esencial para conservar la vida o, por lo menos, para poder fundar una familia. El número de los que podían mantenerse con su trabajo para otros, sin poseer los instrumentos de este trabajo, se limitaba a una pequeña fracción de la población. La cantidad de tierra y de instrumentos de labranza que se heredaba de generación en generación limitaba el número total de los que podían vivir. No poseerlos significaba, en la mayoría de los casos, la muerte de hambre, o, por lo menos, la imposibilidad del matrimonio. Existía poco estímulo y apenas posibilidad para que una generación acumulara los medios de producción adicionales que hubiesen podido conservar en vida, en la próxima generación, a un mayor número de población, mientras la ocupación de los trabajadores adicionales sólo significaba una ventaja en los limitados casos en que una mayor división del trabajo podía hacer más productiva la labor del propietario de los medios de producción. Sólo cuando el uso de máquinas produjo ma-

yores beneficios y con ello creó medios y posibilidades para su inversión, apareció, en medida creciente, la posibilidad de que el excedente de población que en el pasado había aparecido constantemente —hasta entonces, condenado a morir— ahora conservase la vida. Las cifras de población, que durante muchos siglos habían permanecido prácticamente constantes, empezaron ahora a elevarse extraordinariamente. El proletariado, que el capitalismo «creó», por así decirlo, no era, por consiguiente, una parte de la población que habría existido sin él y que fue reducido por él a un nivel de vida más bajo; se trata más bien de un incremento de la población que sólo pudo tener lugar gracias a las nuevas posibilidades de ocupación creadas por el capitalismo. La afirmación de que el aumento de capital hizo posible la aparición del proletariado sólo es verdad en el sentido de que el capital elevó la productividad del trabajo, y, en consecuencia, un número mucho mayor de hombres, a los cuales sus padres no habrían podido dar los necesarios medios de producción, pudieron mantenerse gracias solamente a su trabajo; pero primero hubo que crear el capital, antes de que pudiesen conservar la vida aquellos que más tarde reclamaron una participación en la propiedad del capital. Es cierto que esto no tuvo como causa la generosidad, pero por primera vez en la Historia ocurrió que un grupo de hombres tuvo interés en invertir gran parte de sus ingresos en nuevos medios de producción, que debían ser utilizados por personas cuyos alimentos no habrían podido ser producidos sin aquellos medios de producción.

Las estadísticas muestran elocuentemente cómo la aparición de la moderna industria tuvo por efecto un aumento de la población. No vamos a ocuparnos ahora de que este hecho en sí contradice ampliamente la opinión general sobre las funestas consecuencias del nuevo sistema de fabricación para las masas. Nos limitaremos también a mencionar solamente el hecho de que el nivel de vida de la capa de población más pobre no podía mejorar considerablemente —por mucho que

aumentase el nivel de vida promedio—, mientras esta mejora de los trabajadores que alcanzaban un cierto nivel de productividad determinaba un aumento de población que compensaba plenamente el aumento de producción. Pero es importante destacar aquí que este aumento de la población, principalmente en los trabajadores de las fábricas, había tenido lugar en Inglaterra al menos dos o tres generaciones antes de la época en que se supone que la situación de los obreros empeoró seriamente.

El periodo al que se refiere esta afirmación es también el periodo en el que se planteó por primera vez, de forma general, el problema de la situación de la clase trabajadora. Y las opiniones de algunos de los contemporáneos de entonces son realmente la fuente principal de las opiniones hoy dominantes. Por consiguiente, nuestra primera pregunta debe ser: ¿Cómo tal impresión, en contradicción con los hechos, pudo estar tan extendida entre los hombres de aquel tiempo?

Una razón fundamental consiste, evidentemente, en que se fue teniendo cada vez más conciencia de determinadas situaciones que anteriormente habían pasado inadvertidas. Precisamente el alza de riqueza y bienestar logrados alteró también los criterios y aumentó las exigencias. Lo que se había considerado siempre como una situación normal e inevitable, o incluso como un progreso frente al pasado, apareció ahora a los observadores como incompatible con las posibilidades que parecía brindar la nueva era. La privación económica se vio ahora con más precisión y al mismo tiempo pareció menos justificada debido a que el bienestar general aumentaba más rápidamente que nunca en el pasado. Pero, naturalmente, esto no demuestra que la gente cuyo destino empezaba ya a suscitar descontento e indignación estuviera ahora peor que sus padres y sus abuelos. Si bien se ha demostrado, sin duda alguna, que existía gran miseria, no hay ninguna prueba de que esta miseria fuera mayor o igual que la del tiempo anterior. Las largas hileras de casas baratas de los obreros de las fábri-

cas eran probablemente más feas que las pintorescas cabañas en que habían vivido una parte de los campesinos o de los trabajadores a domicilio; y parecieron, sin duda, más alarmantes al gran propietario rural o al aristócrata ciudadano que la miseria anterior, ampliamente esparcida por el campo. Mas, para los que se habían trasladado del campo a la ciudad, la nueva situación significaba una mejora; e incluso cuando el rápido crecimiento de los centros industriales trajo consigo problemas sanitarios, a los que hubo que hacer frente lenta y trabajosamente, las estadísticas no dejan ninguna duda de que la situación sanitaria general, en su conjunto, experimentó una notable mejoría.[9]

Sin embargo, para explicar el tránsito de una visión optimista de los efectos de la industrialización a una visión pesimista, este despertar de la conciencia social es, probablemente, menos importante que el hecho de que este cambio de opinión no se produjo en los distritos fabriles, donde se tenía un conocimiento de primera mano del curso de los hechos, sino en la discusión política de la capital de Inglaterra, que estaba un poco apartada del reciente desarrollo y sentía escaso interés por él. Es sabido que la idea de las «terribles» condiciones que se suponía se daban en la población fabril de los Midlands y del norte de Inglaterra estaba muy extendida en las altas esferas de Londres y del Sur, durante las décadas 1830-40 y 1840-50. Proporcionaba uno de los principales argumentos con que la clase terrateniente replicaba a los fabricantes, para combatir la oposición de éstos a las leyes sobre cereales y a favor del librecambio. Y de estos argumentos de la prensa conservadora sacaron los intelectuales radicales de aquellos días, sin saber gran cosa de primera mano sobre los distritos industriales, los puntos de vista que habían de servir como armas de propaganda política generalmente utilizadas.

---

[9] Véase M.C. Buer, *Health, Wealth and Population in the Early Days of the Industrial Revolution* (Londres: Routledge, 1926).

Esta situación, a la cual puede atribuirse buena parte de las ideas actuales acerca de los efectos de la industrialización sobre la clase trabajadora, se refleja muy bien en una carta que escribió una dama de la sociedad londinense, Mrs. Cooke Taylor, alrededor del año 1843, después de su primera visita a algunos distritos industriales del Lancashire. Su relato de las condiciones que encontró va precedido de algunas observaciones sobre el estado general de la opinión en Londres: «No necesito recordarle las afirmaciones formuladas en la prensa sobre la dura situación de los obreros y la tiranía de sus superiores, pues habían producido tal impresión sobre mí, que emprendí viaje al Lancashire contra mi voluntad; estas visiones erróneas están realmente muy difundidas, y la gente las cree sin saber por qué y para qué. Por citar un ejemplo: precisamente poco antes de mi viaje fui invitada a una gran comida en un barrio elegante de Londres, y estaba sentado a mi lado un señor considerado muy inteligente y agudo. En el curso de la conversación vine a hablar de mi proyectado viaje al Lancashire. Me miró sorprendido y me preguntó qué iba a hacer allí. No le habría parecido más razonable la idea de ir a St. Giles*; según él, el Lancashire es un país espantoso, atestado de fábricas; los hombres casi han perdido la figura humana a causa del hambre, la opresión y el exceso de trabajo; y los propietarios de las fábricas son una raza altanera y mimada, que se nutre de la sangre del pueblo. Contesté que tales circunstancias eran espantosas y pregunté a mi compañero de mesa en qué comarca había visto tal miseria. Contestó que no la había visto nunca, pero le habían dicho que las cosas eran así; él, por su parte, no había estado nunca en los distritos indus-

* «Ir a St. Giles» era una típica expresión londinense. Hasta 1845 el recorrido que hacían los condenados a muerte hasta llegar a la horca de Tyburn pasaba por St. Giles. Ante esta iglesia, y concretamente ante una puerta llamada «puerta de la resurrección» debido a que en su tímpano estaba esculpido un «juicio universal», los condenados a muerte recibían el último jarro de cerveza. «Ir a St. Giles» significaba, pues, ir a ver un condenado a muerte [*N. del T.*]

triales, y no pensaba tampoco viajar por ellos. Este señor pertenecía a los numerosos grupos de personas que difunden noticias sin tomarse la molestia de comprobar si son verdaderas o falsas.»[10]

La detallada descripción que hace Mrs. Cooke Taylor de la satisfactoria situación que, con sorpresa, encontró concluye con esta observación: «Ahora, después que he visto la población de las fábricas en su trabajo, en sus casas y en sus escuelas, sé muy bien qué he de contestar a la tempestad de indignación desencadenada contra ella. Esta gente está mejor vestida, mejor alimentada y también mejor guiada que muchos otros grupos de trabajadores.»[11]

Pero si bien un partido de aquel tiempo formuló enérgicamente una opinión que más tarde fue aceptada por los historiadores, queda por explicar por qué precisamente el punto de vista de uno de los partidos contemporáneos —que no era precisamente el de los radicales o los liberales sino el de los *tories*— pudo convertirse en la opinión casi indiscutible de los historiadores económicos de la segunda mitad del siglo. La solución del enigma parece consistir en que el interés que suscitó la historia económica estaba estrechamente enlazado con el interés por el socialismo, por el que se inclinaba una buena parte de quienes se consagraron al estudio de la historia económica. No solamente el gran impulso procedente de la «concepción materialista de la historia» de Karl Marx estimuló indudablemente el estudio de la historia económica; además, prácticamente todas las escuelas socialistas representaban una filosofía de la historia que se proponía mostrar el carácter relativo de las distintas instituciones económicas, y exponer la

---

[10] Esta carta se cita en «Reuben», *A Brief History of the Rise and Progress of the Anti-Corn-Law League* (Londres [1845]). La Sra. Cooke Taylor, quien parece haber sido la esposa del radical Dr. Cooke Taylor, había visitado la fábrica de Henry Ashworth en Turton, cerca de Bolton, que a la sazón era todavía un distrito rural, por lo que era probablemente más atractivo que algunos de los distritos urbanos industriales.

[11] *Ibid.*

ineludible sucesión de los diversos sistemas económicos a lo largo del tiempo. Todas intentaban probar que el sistema de propiedad privada de los medios de producción, combatido por ellas, era una forma degenerada de un sistema de propiedad colectiva anterior y más natural; los prejuicios teóricos en que se inspiraban exigían que el avance del capitalismo se produjera en perjuicio de las clases trabajadoras, por lo que no es sorprendente que encontrasen lo que buscaban.

Prescindiendo por completo de aquellos que han hecho del estudio de la historia económica un instrumento de agitación política—lo cual ha ocurrido en muchos casos, desde Marx y Engels hasta Werner Sombart y Sidney y Beatrice Webb—, también muchos científicos que creían honestamente poder explicar los hechos al margen de todo prejuicio llegaron a resultados igualmente sesgados. Esto debe atribuirse en parte al empleo del método de la Escuela Histórica, proclamado como rebelión contra el análisis teórico de la Economía clásica que había formulado molestas condenas de atractivos proyectos encaminados a remediar las dificultades habituales.[12] No es ninguna casualidad que el grupo mayor y más influyente de los historiadores económicos en los sesenta años anteriores a la Primera Guerra Mundial, la Escuela Histórica Alemana, también se llamase así mismo, con orgullo, «socialistas de cátedra», o que sus herederos espirituales, los «institucionalistas» americanos, fueran predominantemente socialistas en sus tendencias. La atmósfera general de estas escuelas era tal que un joven científico habría necesitado una independencia intelectual extraordinaria para no sucumbir a la presión de las opiniones académicas. Ningún reproche era más temido

[12] Sólo como ilustración de la actitud general de esa escuela, podríamos citar una afirmación característica de uno de sus representantes más conocidos, Adolf Held. Según Held, en manos de David Ricardo «se convirtió la economía en el dócil sirviente de los intereses exclusivos del capital móvil», y su teoría de la renta «estaba dictada simplemente por el odio que sentía el capitalista adinerado contra los terratenientes» [*Zwei Bücher zur sozialen Geschichte Englands* (Duncker & Humblot, Leipzig 1881), p. 178]

ni más aniquilador para una carrera universitaria que el de «apologista» del sistema capitalista; e incluso cuando un científico se atrevía a contradecir la doctrina dominante en algún punto determinado, debía protegerse prudentemente contra tal reproche uniendo su voz al coro general de condena del sistema capitalista.[13] Se consideraba como prueba de auténtico espíritu científico tratar el orden económico existente sólo como una «fase histórica» y el predecir, gracias a las «leyes del desarrollo histórico», la aparición de un sistema futuro mejor.

Muchas tergiversaciones de los hechos que hicieron los primeros historiadores económicos han de atribuirse a un intento de contemplar estos hechos sin ninguna concepción teórica previa. Quien imagina que es posible trazar la conexión causal de cualesquiera acontecimientos sin aplicar teoría alguna, y quien espera que tal teoría surgirá automáticamente del amontonamiento de un número suficiente de hechos, se hace a sí mismo víctima de una pura ilusión. Los procesos sociales son tan complejos que, sin los instrumentos analíticos que suministra una teoría sistemática, es seguro que serán mal interpretados; y quien evita la aplicación consciente de un argumento lógico elaborado y comprobado con precisión es, generalmente, víctima de las opiniones populares de su tiempo. El «sano sentido común» es una guía insegura en este terreno, y explicaciones aparentemente «iluminadoras» no son, a menudo, otra cosa que productos de una superstición generalmente aceptada. Puede parecer evidente que la introducción de máquinas debe producir una contracción general de la demanda de trabajo. Pero si uno se esfuerza seriamente en estudiar el problema, llega al resultado de que esta creencia se apoya sobre un error de lógica, consistente en exagerar un efecto de la modificación de datos que se supone, y en no observar otros efectos. Además, los hechos no confir-

---

[13] Se encontrará una buena exposición de la atmósfera política general prevalente en la Escuela Histórica Alemana de economistas en Ludwig Pohle, *Die gegenwärtige Krise in der deutschen Volkswirtschaftslehre* (A. Deichert, Leipzig 1911).

man, en absoluto, esta creencia. Y, sin embargo, quienes así piensan encontrarán muy probablemente algo que les parecerá una prueba convincente. Es bastante fácil hallar ejemplos de extrema pobreza en los primeros años del siglo XIX y sacar la conclusión de que han de atribuirse a la introducción de las máquinas, sin preguntarse si las circunstancias habían sido mejores anteriormente, o si por ventura habían sido aún peores. También se puede pensar que en caso de aumento de la producción, más pronto o más tarde, una parte del producto debe quedar invendida, y se puede entonces considerar la crisis de ventas como una confirmación de las expectativas, aunque existe una larga serie de explicaciones más plausibles que la «sobreproducción» o el «subconsumo» generales.

Muchas de estas interpretaciones erróneas son, sin duda, sostenidas de buena fe; y no hay ningún motivo para no respetar las razones que movieron a muchas de estas personas a pintar la miseria de los pobres con los colores más negros con el fin de conmover la conciencia política. A esta clase de agitación que forzó a los recalcitrantes a enfrentarse con los hechos desagradables debemos algunas de las más hermosas y magnánimas medidas de la acción pública que van de la abolición de la esclavitud a la abolición de impuestos sobre la importación de alimentos, y la eliminación de muchos monopolios y abusos arraigados. Y tenemos toda la razón para recordar en qué miseria se encontraba la mayoría de la población hace menos de cien o ciento cincuenta años. Pero no debemos admitir que largo tiempo después —aunque sea sólo por celo humanitario— los hechos sean desfigurados y de esta manera se enturbie nuestro juicio sobre los méritos de un sistema que, por primera vez en la historia de los hombres, hizo surgir el sentimiento de que tal miseria podía ser evitada. No hay duda de que gracias a la libertad de empresa muchas personas perdieron sus posiciones privilegiadas, perdiendo al mismo tiempo el poder de asegurarse unos ingresos cómodos al

margen de la competencia. También, por otras razones diversas, pudieron muchas personas deplorar el desarrollo del moderno industrialismo, pues éste puso en peligro, sin duda, ciertos valores estéticos y morales a los que las clases privilegiadas concedían gran importancia. Muchos pueden incluso dudar de si el incremento extraordinariamente fuerte de población o, mejor dicho, la disminución de la mortalidad infantil, fue, en conjunto, algo positivo. Pero cuando se toman como criterio los efectos sobre el nivel de vida de las masas trabajadoras, apenas puede dudarse de que la industrialización tuvo como consecuencia un movimiento ascendente general.

Este hecho tuvo que esperar su reconocimiento científico hasta la aparición de una generación de historiadores de la economía que ya no se consideraban contrarios a la ciencia económica y que no estaban interesados en mostrar los errores de los teóricos de la Economía, sino que eran ellos mismos economistas de sólida formación consagrados al estudio del desarrollo económico. Sin embargo, los resultados que, desde hace una generación, ha venido obteniendo esta moderna investigación histórico-económica apenas ha encontrado eco fuera de los círculos profesionales. El proceso a través del cual los resultados de la investigación acaban convirtiéndose en patrimonio intelectual general se ha mostrado en este caso más lento que de costumbre.[14] En este caso, los nuevos resultados no eran tales que los intelectuales los hicieran suyos con entusiasmo por responder a sus propios prejuicios, sino que, por el contrario, contradecían el conjunto de las ideas dominantes. Sin embargo, si hemos valorado correctamente la importancia que las valoraciones erróneas ejercieron en la formación de la opinión pública, podemos concluir que ha llegado la hora de que la verdad acabe imponiéndose sobre la leyenda que ha dominado tanto tiempo a esa opinión.

---

[14] Sobre este punto, véase mi ensayo «The Intellectuals and Socialism», *University of Chicago Law Review*, vol. 16, 1949.

El reconocimiento de que la clase trabajadora en su conjunto obtuvo una ventaja del desarrollo de la moderna industria es, naturalmente, del todo compatible con el hecho de que algunos individuos o grupos, de esta o de aquella clase, por un cierto tiempo, tuvieran que sufrir las consecuencias de la industrialización. El nuevo orden ocasionó un rápido cambio de circunstancias, y el bienestar velozmente creciente era, en su mayor parte, consecuencia de la mayor rapidez de adaptación a las modificaciones de los datos, posible gracias al nuevo orden económico. En los sectores en que la movilidad de un mercado organizado competitivamente en alto grado fue efectiva el ampliado campo de acción de las posibilidades compensó sobradamente la menor seguridad de ciertas actividades económicas. La expansión del nuevo orden tuvo lugar, sin embargo, lenta y desigualmente. Quedaron —y aún persisten— reductos económicos cuya producción estaba expuesta a los caprichos del mercado, pero que, por otro lado, estaban demasiado aislados de las corrientes ecònómicas principales para conocer las posibilidades que el mercado abría en otras partes. Son famosos los numerosos ejemplos del descenso económico y social de antiguas ramas artesanas que fueron desplazadas por un proceso de trabajo mecánico (el ejemplo clásico universalmente citado es el destino de los tejedores a mano). Pero es más que dudoso que la suma de los sufrimientos ocasionados por estas causas pueda compararse con la miseria que una serie de malas cosechas podía producir en cualquier comarca antes de que el capitalismo hubiese elevado considerablemente la movilidad de los bienes y del capital. La desgracia que afecta a un pequeño grupo, en medio de una sociedad floreciente, se siente probablemente como una injusticia y un reproche, más que la penuria general de tiempos anteriores, que se había considerado como un destino inmodificable.

Para comprender las verdaderas causas de las dificultades y para encontrar el camino de su posible solución se precisa

un conocimiento de cómo funciona la economía de mercado mejor que el que tenían la mayor parte de los historiadores anteriores. Muchas de las cosas que se han reprochado al sistema capitalista deben más bien atribuirse a restos o resurgimientos de formas precapitalistas: a elementos monopolísticos, que o bien eran fruto inmediato de erróneas intervenciones estatales, o bien obedecían al desconocimiento de que para que el orden de la competencia funcione sin fricciones es necesario que exista el correspondiente marco legal. Nos hemos ocupado de algunos fenómenos y tendencias que generalmente se reprochan al capitalismo, pero que, en realidad, han de atribuirse a que no se deja que funcionen sus mecanismos fundamentales; la cuestión especial de por qué y hasta qué grado su benéfica función se ve perturbada por el monopolio plantea un problema demasiado grave para que aquí podamos decir algo más al respecto.

Esta introducción sólo trata de indicar el contexto general en el que debe verse la discusión más específica de los ensayos que siguen. Espero que estos estudios, que tratan de manera concreta específicos problemas, corrijan mi inevitable tendencia a caer en generalidades. Cubren sólo una parte de un tema mucho más amplio, e intentan proporcionar una base de discusión. De las tres cuestiones planteadas, íntimamente relacionadas entre sí —cuáles fueron los hechos, cómo los presentaron los historiadores y por qué—, los estudios se ocupan primordialmente del primero y sólo indirectamente del segundo. Sólo el ensayo de M. de Jouvenel, que sí posee un carácter algo diferente, se ocupa sobre todo del tercer interrogante, planteando ciertos problemas que van incluso más allá de la problemática aquí bosquejada.

CAPÍTULO II

EL TRATAMIENTO DEL CAPITALISMO POR LOS HISTORIADORES

T.S. ASHTON

Ocupar una cátedra de Historia Económica en la Universidad de Londres significa que, en vez de poder dedicar uno sus vacaciones al descanso del cuerpo y del espíritu o a proseguir ampliando conocimientos, se ve obligado a emplear mucho tiempo de esas vacaciones en leer ejercicios no sólo de los propios alumnos, sino también de varios cientos de jóvenes, hombres y mujeres, de todas las partes de Inglaterra y hasta de las regiones más remotas de la tierra. Esta situación no es envidiable. Pero al menos permite a uno hablar con seguridad sobre las ideas que, acerca del pasado económico, tienen aquellos que, dentro de poco, ocuparán posiciones clave en la industria, el comercio, el periodismo, la política y la administración, y que por lo mismo influirán en formar lo que llamamos «opinión pública».

Es una verdad evidente que las ideas económicas y políticas de los hombres dependen tanto de las experiencias de la generación precedente como de las necesidades de la propia. Cuando Lionel Robbins preguntó a los estudiantes de una clase de la London School of Economics cuál era para ellos el principal problema de la actualidad, la mayor parte contestó sin dudar: «Mantener el pleno empleo.» Después de una década de pleno empleo e incluso de falta de mano de obra en Inglaterra, la sombra de la década de los años 1930 oculta a los ojos de mucha gente los problemas reales de la Inglaterra de la postguerra. Sin embargo, existe una sombra más densa que oscurece la realidad y nubla las opiniones. Es la que arro-

jan las injusticias —reales o supuestas— que se cometieron con los obreros que vivieron y murieron hace un siglo. Según un gran número de los escritos que me ha tocado leer, el transcurso de la historia de Inglaterra, desde aproximadamente el año 1760 hasta el establecimiento del Estado-providencia en 1945, se caracterizó casi exclusivamente por la fatiga, el sudor y la opresión.

Las fuerzas económicas, al parecer, son malignas por naturaleza. Todo ingenio que ahorra trabajo ha llevado a una disminución de la habilidad y a un aumento del desempleo. ¿No es bien sabido que cuando los precios se elevan, los salarios quedan rezagados y el nivel de vida de los trabajadores baja? Pero ¿qué ocurre si los precios descienden? ¿No es igualmente muy conocido que esto tiene que dar lugar a una depresión del comercio y de la industria, a una caída de salarios y al desempleo, de forma que una vez más el nivel de vida de los trabajadores disminuye?

La juventud moderna es propensa a la melancolía. Al igual que Raquel, rechaza todo consuelo. Pero pienso que algo más que el pesimismo de la adolescencia es responsable de este clima de opinión. Los estudiantes escuchan conferencias y leen libros de texto, y es de sentido común prestar alguna atención a lo que han oído y leído. Bastante —demasiado, ciertamente— de lo que aparece en sus ejercicios es una reproducción literal de lo que han leído u oído. Y la mayor parte de la responsabilidad hay que atribuírsela al historiador profesional de la economía.

El estudioso de historia económica inglesa tiene la suerte de tener a su disposición los informes de una larga serie de Comisiones Reales y Comités de Investigación, que comienzan en el siglo XVIII, pero que alcanzan pleno desarrollo en las décadas de 1830, 1840 y 1850. Estos informes constituyen una de las glorias de comienzos de la época victoriana. Reflejan un reavivarse de la conciencia social, una sensibilidad ante el sufrimiento que no se había manifestado en ningún otro pe-

riodo ni en ningún otro país. Ingentes cantidades de páginas proporcionaban evidencia estadística y verbal de que no todo marchaba bien para gran número de habitantes de Inglaterra y llamaban la atención de los legisladores y de los lectores sobre la necesidad de reformas. Los historiadores de la economía de las generaciones siguientes no pudieron hacer otra cosa que apoyarse en este material, beneficiándose así tanto la ciencia como la sociedad. Sin embargo, hubo ventajas e inconvenientes. Un cuadro del sistema económico formado con los Libros Azules que se ocupaban de las injusticias sociales y no del proceso normal del desarrollo económico tenía que ser forzosamente unilateral. Una imagen así de los comienzos de la sociedad victoriana es la que se grabó en la mente de los escritores populares y la que se reproduce en los ejercicios de mis estudiantes. Una lectura detallada de los informes llevaría en realidad a la conclusión de que mucho de lo que estaba mal era resultado de leyes, costumbres, hábitos y formas de organización que pertenecían a periodos anteriores y que estaban quedando anticuados rápidamente. Se habría advertido claramente que no fue entre los obreros de las fábricas, sino entre los trabajadores domésticos, cuyas tradiciones y métodos eran del siglo XVIII, donde los salarios eran más bajos. Habría resultado evidente que no fue en las grandes fábricas que utilizaban el vapor, sino en los talleres situados en sótanos y desvanes, donde las condiciones de trabajo eran peores. Se habría llegado a la conclusión de que no fue en las ciudades de creciente industrialización, ni en los campos carboníferos en explotación, sino en las aldeas remotas y en los medios rurales, donde las limitaciones a la libertad personal y los malos tratos fueron más señalados. Pero pocos tuvieron la paciencia de examinar cuidadosamente estos enormes volúmenes. Era mucho más fácil recoger de aquí y de allá las pruebas más sensacionales de la injusticia y componer con ellas una dramática historia de explotación. El resultado ha sido que una generación que tuvo la iniciativa y la diligencia de recoger los

hechos, la honestidad de revelarlos y la energía para emprender la reforma ha sido difamada como autora no de los Libros Azules, sino de las propias injusticias que en ellos se denuncian. Las condiciones en los talleres y en las ciudades industriales eran, al parecer, tan malas que tenía que haber habido un empeoramiento; y como el supuesto empeoramiento se había producido al tiempo que se extendía el uso de las máquinas, éstas y sus propietarios tenían que ser los responsables de tal empeoramiento.

Al mismo tiempo, el despertar romántico de la literatura llevó a una visión idílica de la vida de entonces. La idea de que la agricultura es la única actividad natural y saludable para los seres humanos ha persistido y se ha extendido, como si la mayoría de nosotros hubiésemos escapado a la maldición de Adán o, como se dice con prolija frase, «nos hubiéramos separado de la tierra». Hace un año un estudiante observó agudamente en su ejercicio de examen que «en los primeros siglos la agricultura estaba muy difundida en Inglaterra», pero añadía pesarosamente: «Hoy ha quedado confinada a las áreas rurales.»

Existió una idealización similar de la condición del trabajo doméstico, que había dado sólo el primer paso en la mencionada separación de la tierra. Permítaseme citar algunos pasajes con los que Friedrich Engels (generalmente tenido por realista) comienza su descripción de «las condiciones de la clase trabajadora en Inglaterra en 1844». Se basaba, naturalmente, en los escritos del reverendo Philip Gaskell, cuya seriedad y honestidad están fuera de duda, pero cuya mente no había recibido preparación histórica alguna. El libro de Engels comienza con la afirmación de que «la historia del proletariado en Inglaterra empieza con la invención de la máquina de vapor y las máquinas para elaborar el algodón». Antes de ese tiempo, prosigue, «los trabajadores vegetaban en una existencia relativamente confortable, llevando una vida limpia y pacífica con toda piedad y probidad, y su situación material era

mucho mejor que la de sus sucesores. No necesitaban trabajar en exceso. No hacían más de lo que habían decidido hacer y, sin embargo, ganaban lo necesario. Disponían de tiempo libre para el saludable trabajo en su jardín o en su huerto, trabajo que constituía un solaz para ellos, y podían participar en los juegos y diversiones de sus vecinos, y todos estos juegos: bolos, cricket, football, etc., contribuían a su salud y vigor físico. En su mayor parte eran fuertes y bien formados, y en su físico poca o ninguna diferencia podía apreciarse con respecto a sus vecinos campesinos. Sus hijos crecían al aire libre en los campos, y si ayudaban a sus padres en el trabajo, era de manera meramente ocasional; al tiempo que la jornada de ocho a doce horas era algo que no les concernía.»[1]

Es difícil decir si se aleja más de la realidad esta descripción o la lóbrega imagen de la vida de los descendientes de estas gentes que aparece en páginas posteriores del libro. Engels no tuvo ninguna duda sobre la causa del empeoramiento en las condiciones de trabajo. «El proletariado», repite, «surgió de la introducción de las máquinas.» Y añade: «Las consecuencias del perfeccionamiento de la máquina bajo nuestras actuales condiciones sociales son para el trabajador únicamente perjudiciales, y con frecuencia opresivas en grado sumo. Todo nuevo avance trae consigo pérdida de empleo, pobreza y sufrimientos.»

Engels ha tenido muchos discípulos incluso entre los que no aceptan el materialismo histórico de Marx, con el que estos puntos de vista suelen relacionarse. La oposición a la má-

[1] Londres 1892. Engels prosigue: «Se trataba de gente respetable, de buenos maridos y buenos padres que llevaban una vida morigerada, porque no tenían ninguna tentación de ser inmorales, dado que no había en los alrededores burdel alguno, y porque el dueño de la taberna en que a veces apagaban su sed era también un hombre respetable, por lo general un importante rentero agrícola, orgulloso del buen orden y de la buena cerveza, lo mismo que del hecho de cerrar pronto. Sus hijos permanecían en casa todo el día, y se educaban en la obediencia y en el temor de Dios... Los jóvenes crecían en idílica sencillez y familiaridad con sus compañeros de juego hasta que se casaban», etc.

quina va unida a la hostilidad a sus productos y, ciertamente, a toda innovación en el consumo. Uno de los logros más sobresalientes de la nueva era industrial puede verse en el gran aumento en la cantidad y en la variedad de tejidos ofrecidos en el mercado. Sin embargo, los cambios en el vestir se toman como pruebas de creciente pobreza. «El vestuario de la clase trabajadora», afirma Engels, está, en la mayoría de los casos, en pésimas condiciones. La tela utilizada no es la más adecuada. La lana y el lino casi han desaparecido de los armarios de ambos sexos, y el algodón ha ocupado su lugar. Las faldas están hechas con tejidos de algodón blancos o de color, y las enaguas de lana son difíciles de encontrar entre la ropa interior.» La verdad es que nunca habían abundado entre la ropa de lavar, pues los géneros de lana encogen fácilmente. Los trabajadores de épocas anteriores tenían que hacer durar sus prendas de vestir (algunas eran de segunda o tercera mano), y el jabón y el agua eran enemigos de la duración de los tejidos. Los nuevos tejidos baratos puede que no fueran tan resistentes como los de paño fino, pero eran más abundantes y el que pudieran lavarse sin sufrir daños suponía una mejora, si no en la propia vida de los tejidos, sí al menos en la de los que los usaban.

La misma hostilidad aparece con respecto a la innovación en la comida y en la bebida. Generaciones de escritores han seguido a William Cobbet en su aversión hacia el té. Se podía pensar que el enorme aumento de su consumo entre comienzos del siglo XVIII y mediados del XIX fue un aspecto del creciente aumento del nivel de vida. Pero hace tan sólo unos años, el profesor Parkinson afirmaba que fue «la creciente pobreza la que hizo que el té fuera cada vez más imprescindible para las clases inferiores al quedar la cerveza fuera del alcance de sus posibilidades».[2] (Esto, puedo añadir yo, significaba desgraciadamente que se veían obligados a consumir azúcar, por

[2] C.N. Parkinson, *Trade in the Eastern Seas*, Cambridge 1937, p. 94.

lo que cabe suponer que esta costumbre llevó también a un descenso en el nivel de vida.) De igual forma, el Dr. Salaman nos ha asegurado recientemente que la introducción por entonces de la patata en la dieta de los trabajadores fue un factor perjudicial para la salud y permitió a los patronos bajar el nivel de los salarios, el cual, como es sabido, está siempre determinado por el mínimo de alimento que se necesita para subsistir.[3]

Poco a poco, quienes mantuvieron estas imágenes pesimistas de los efectos producidos por la industria se vieron obligados a cambiar de opinión. Las detalladas investigaciones de Bowley y Wood han demostrado que a lo largo de la mayor parte de este periodo, y también posteriormente, la trayectoria de los salarios reales fue ascendente. La prueba no es nada fácil, pues está claro que hubo sectores de las clases trabajadoras a las que esto no puede aplicarse. En la primera mitad del siglo XIX, la población de Inglaterra crecía, en parte por el incremento natural, y en parte como resultado de la afluencia irlandesa. Para los que tenían poca o ninguna especialización, la productividad marginal, y por ello los salarios, permanecieron bajos. Una gran parte de sus ingresos los gastaban principalmente en alimentos, bebidas y alojamiento, cuyo coste apenas había sido afectado por el desarrollo técnico. Esta es la razón por la que muchos economistas, como McCulloch y Mill, pusieran en duda los beneficios del sistema industrial. Hubo, sin embargo, sectores amplios y crecientes de trabajadores cualificados y mejor pagados, cuyos ingresos monetarios fueron aumentando, y que contaron con un margen importante para gastar en productos manufacturados, cuyos costes descendían progresivamente. La controversia radica en cuál de los dos grupos aumentó más rápidamente. En general, se está hoy de acuerdo en que para la mayoría hubo un aumento importante en los salarios reales.

[3] R.N. Salaman, *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge 1949.

Pero esto no pone fin a la controversia. Se dijo que las ganancias reales podían haber subido, pero lo importante era la calidad de la vida y no la cantidad de bienes consumidos. Sobre todo se invocaron el mal estado de las viviendas y las condiciones insalubres de las ciudades como prueba de que las condiciones de trabajo habían empeorado. «Todo lo que produce horror e indignación —escribió Engels de Manchester en 1844— es de origen reciente, pertenece a la época industrial», y se deja que el lector deduzca que las condiciones igualmente repulsivas de ciudades como Dublín y Edimburgo, que apenas fueron afectadas por la nueva industria, eran también, de una forma u otra, consecuencia de las máquinas.

Esta leyenda se ha extendido por todo el mundo y ha determinado la actitud de millones de hombres y mujeres con respecto a las máquinas ahorradoras de trabajo y a sus propietarios. Indios y chinos, egipcios y negros, para cuyos compatriotas actuales las viviendas de los ingleses de mediados del siglo pasado serían opulentas, manifiestan solemnemente, en ejercicios que me ha tocado leer, que los trabajadores ingleses vivían en condiciones indignas de las bestias. Escriben indignados sobre la ineficacia de las instalaciones higiénicas y la ausencia de servicios públicos cuya verdadera naturaleza desconocen aún los trabajadores.

Actualmente nadie que haya leído los informes del Comité sobre las condiciones sanitarias de las clases trabajadoras de 1842 o los de la Comisión sobre la salubridad de las ciudades de 1844 puede dudar de que la situación en estos campos era deplorable desde el punto de vista de la moderna civilización occidental. Pero igualmente nadie que haya leído el relato de Dorothy George sobre las condiciones de vida en el Londres del siglo XVIII puede estar seguro de que éstas hubiesen empeorado.[4] La propia Dorothy George cree que habían me-

---

[4] M. Dorothy George, *London Life in the Eighteenth Century*, Londres, K. Paul, Trench, Trubner; Nueva York, A.A. Knopf, 1926.

jorado y Clapham manifestó que las ciudades inglesas de mediados del siglo pasado estaban «menos abarrotadas que las grandes ciudades de otros países y, por lo general, no eran más insalubres».[5]

Pero la cuestión que quiero plantear aquí es la de la responsabilidad. Engels, como ya hemos visto, atribuía los males a la máquina; otros no son menos enfáticos en atribuirlos a la Revolución Industrial, que casi viene a ser lo mismo. Ningún historiador, que yo sepa, ha examinado el problema poniéndose en el lugar de quienes tenían la misión de construir y mantener las ciudades.

El problema presentaba dos aspectos principales: proporcionar vivienda al ritmo de la demanda, y las cuestiones técnicas de alcantarillado, higiene y ventilación. A principios del siglo XIX, según uno de mis ejercicios de examen, «los trabajadores se amontonaban en casas pegadas unas a otras como sardinas en banasta». Muchas de las casas eran realmente insuficientes e insalubres, y por ello es corriente vituperar al industrial que las levantó, a quien comúnmente se le llama *jerry-builder* [constructor de emergencia]. Con frecuencia me he preguntado quién era este personaje. Cuando yo era joven, el párroco de la iglesia a la que asistía predicó en una ocasión un sermón sobre «Jerry», de quien afirmaba con plena convicción que en ese mismo instante se estaba quemando en el infierno por sus crímenes. He buscado informes sobre él, pero en vano. Según el *Etymological Dictionary of Modern English* de Weekley, parece ser que «jerry» es una corrupción de *jury*, palabra de origen náutico que se aplica a cualquier parte de un buque concebida para uso temporal, *jury mast* y *jury rig*, aplicándose también por extensión a otras cosas, por ejemplo, *jury leg* para referirse a una «pata de palo». Vemos que «jerry» significa provisional, inferior, o solución de emergencia; y no hay duda de que otros usos de la palabra evocan una solución de circuns-

[5] J.H. Claphan, *An Economic History of Modern Britain*, Cambridge 1926, I, p. 548.

tancias para un caso de emergencia. Según el *Dictionary of Slang and Unconventional English* de Partridge, se utilizó por primera vez en Liverpool hacia 1830. El lugar y la época son significativos. Liverpool era el puerto de Lancashire suroriental, área industrial en rápido desarrollo. Era la puerta de entrada de los enjambres de emigrantes irlandeses. Probablemente fue aquí donde más se hizo sentir la presión de la población sobre la oferta de alojamientos. Las casas se construyeron rápidamente, muchas de ellas eran de estructura endeble y sus paredes tenían sólo cuatro pulgadas y media de espesor. El 5 de diciembre de 1822, algunas de ellas, junto con otros muchos edificios en otras partes, fueron derribadas por el viento como consecuencia de un gran huracán que asoló las Islas Británicas. En febrero de 1823, el gran jurado de Liverpool llamaba la atención de los magistrados «sobre los terribles efectos del último huracán... debidos a la inseguridad de las modernas técnicas de la construcción». Un año más tarde, el mismo organismo se refirió de nuevo «a la forma irresponsable y peligrosa de levantar casas para viviendas que actualmente se practica en esta ciudad y sus proximidades», y pedía que se tomasen «medidas para conseguir una legislación que pudiese conceder poderes a un adecuado funcionario para examinar cuidadosamente en el futuro todo edificio que se construyera, y, en caso de inseguridad, se eliminase la causa del peligro».[6]

El súbito derrumbamiento de edificios no era ninguna nueva experiencia. En 1738 Samuel Johnson escribía que Londres era un lugar donde «el estruendo de las casas que se hunden retumba sobre la cabeza»; y para dar un ejemplo concreto, en 1796 se hundieron dos casas, sepultando a 16 personas, en Houghton Street, donde ahora se hallan los edificios de hormigón de la London School of Economics.[7]

---

[6] Sir James A. Picton, *City of Liverpool Archives and Records*, Liverpool, C.G. Walmsley, 1886, pp. 367-68. Agradezco al Dr. W.H. Chaloner sus informaciones sobre la etimología de *jerry*.

[7] George, *op. cit.*, p. 73.

El principal problema parece haber sido el uso de materiales de inferior calidad tales como cenizas y barreduras de las calles, para la fabricación de ladrillos, y la poca solidez de las paredes, siempre que el alquiler de la vivienda fuese para un corto periodo de años.[8] A juzgar por Liverpool, parece que los problemas tendieron a empeorar a principios de la década de 1820, y las quejas sobre edificios de mala calidad en otras zonas refuerzan esta creencia. La explicación no es difícil de encontrar: a principios de la década de los 1820 hubo un resurgimiento de la construcción, después de un largo periodo de interrupción, o, en todo caso, de débil actividad, a lo largo de casi un cuarto de siglo de guerra, y este resurgimiento tuvo lugar en circunstancias en que los costes de la construcción se habían elevado desmesuradamente.

Es necesario tener en cuenta la organización de esta industria. El constructor típico era un hombre de escasos medios, un albañil o un carpintero que compraba un pequeño solar, realizaba él mismo una sola actividad, tal como poner los ladrillos, y empleaba artesanos contratados para los demás procesos de la construcción. Es cierto que a mediados del siglo XIX se crearon empresas de gran volumen, controladas por hombres como Thomas Cubitt, pero éstas se dedicaban a la construcción de edificios públicos o casas señoriales, pero no de las viviendas de los pobres. Los *jerry-builders* no fueron capitalistas, en el sentido convencional de la palabra, sino trabajadores. Dice el informe de Chadwick de 1842: «En los distritos rurales, las peores entre las nuevas viviendas son las levantadas sobre los límites comunales por los propios jornaleros. En los distritos industriales, los alojamientos construidos por cooperativas de viviendas y por constructores especuladores de la clase trabajadora son frecuentemente objeto de queja por ser los menos adecuados y los más faltos de las de-

[8] «La solidez del edificio se mide por la duración del alquiler del terreno, como el tamaño del zapato se mide por el del pie», afirmó Grosley, *ib.*, p. 76.

bidas instalaciones. Los únicos ejemplos claros de buenas viviendas son, en los mejores distritos rurales, las levantadas por ricos y bondadosos propietarios de tierras para los jornaleros en sus propias haciendas, y en los distritos industriales, las mandadas construir por fabricantes ricos para el alojamiento de sus trabajadores.»[9]

En Liverpool los constructores de las llamadas *slop houses* eran generalmente de Gales, en gran medida procedentes de las canteras de Caernarvonshire. Estaban respaldados por agentes que disponían de tierras para arrendar, pero que no estaban dispuestos a convertirse en constructores. Compraban sus materiales, de tipo barato y adulterado, sobre la base de créditos trimestrales. Procuraban emplear una gran cantidad de aprendices, y por eso se decía que la mano de obra era de mala calidad.[10] Necesitaban créditos a cada paso: para obtener la licencia de construir, para adquirir los materiales y pagar a los carpinteros, revocadores, cubridores de tejados, fontaneros, pintores, etc., quienes realizaban sus tareas específicas como contratistas o subcontratistas. El precio del dinero fue un elemento importante en los costes de la construcción. Bajo la vigencia de las leyes contra la usura, era ilegal ofrecer o pedir más del 5 por 100, y esto significaba que cuando el propio Estado ofrecía 4,5 o más, era totalmente imposible para los constructores conseguir préstamos. Permitiendo que el tipo de interés subiese al 4,5 o 5 por 100 sobre la deuda pública y prohibiendo a los industriales ofrecer más, el Estado había conseguido frenar las actividades de los constructores durante más de 20 años, haciendo afluir hacia él mismo los recursos

[9] *Report on the Sanitary Conditions of the Labouring Population of Great Britain*, Londres 1842, p. 233. «Un enorme número de las casitas habitadas por la parte más pobre de la población en los suburbios de Manchester son de la peor calidad; están construidas por miembros de cooperativas de construcción y por otras personas, y las casas nuevas se levantan con una rapidez que sorprende a quien no conoce su frágil estructura» (*ib.*, p. 248).

[10] *Morning Chronicle*, 16 de septiembre de 1850.

de hombres y materiales que necesitaba para proseguir la guerra contra Napoleón. Después de 1815 el tipo de interés bajó lentamente, pero sólo en los primeros años de la década de 1820 pudieron los constructores reanudar su actividad. Tuvieron que hacer frente a una demanda que se había desarrollado enormemente, como consecuencia de un gran aumento de la población, que ahora comprendía un número excepcional de jóvenes adultos que buscaban su propio hogar.

También tuvieron que hacer frente a un enorme aumento de costes. Según el índice de Silberling, en 1821 los precios al por mayor estaban en general un 20 por 100 por encima del nivel del año 1788. En el mismo periodo el precio de los materiales de construcción había subido mucho más: el de los ladrillos y frisos de madera se había duplicado, el de las tablas de pino había alcanzado un 60 por 100 más y el del plomo un 58 por 100. Los salarios de los jornaleros y obreros habían aumentado aproximadamente en un 80 por 100. El precio de un gran número de operaciones específicas se registraba anualmente en los *Builder's Price Books*, publicados en Londres. Estos precios representaban un aumento del 120 por 100 para el mero enladrillado. El precio del roble para la construcción había subido un 150 por 100, y el del abeto nada menos que un 237 por 100. El precio de la decoración corriente se había duplicado, y el del acristalamiento había aumentado en un 140 por 100.[11]

Por lo general, el productor de los materiales no era el responsable. Durante la guerra los impuestos del Estado sobre

---

[11] Los materiales empleados en la industria de la construcción no habían sufrido mucho los efectos de los cambios de la técnica industrial. El precio de algunos productos metálicos había aumentado muy poco. Los «clavos de dos peniques», que costaban un chelín y ocho peniques el millar en 1788, podían comprarse a un chelín y nueve peniques en 1821; las hojas de plomo habían subido sólo de 22 chelines a 34 el quintal, y la aleación para soldaduras de 9 a 12 peniques por libra. Pero los «ladrillos de primera calidad» habían aumentado de 9 libras y 12 chelines el *rod* [5,029 m.] a 18 libras y 5 chelines, la «madera de encina cepillada de primera calidad» de 2 a 5 chelines por pie cúbico y el «suministro de cristal de Newcastle de segunda calidad» de 1/6*d* [peniques] 3/6*d* el pie.

ladrillos y baldosas, la piedra, la pizarra y el papel para decoración habían aumentado enormemente. En esta época el precio de la madera era el elemento principal en el coste total de los materiales de construcción, viniendo a suponer, según cálculos, la mitad del total. Impuestos casi prohibitivos habían gravado la madera y las tablas procedentes del Báltico, y los constructores de casas para obreros tenían que utilizar las maderas consideradas comúnmente como de calidad inferior, traídas a gran precio a través del Atlántico desde Canadá. Joseph Hume afirmó en 1850 que si se hubiesen suprimido los impuestos sobre el ladrillo y la madera, una vivienda humilde cuyo coste de construcción era de 60 libras, podría haberse construido por 40 libras.[12]

Todas estas cargas tenían que salir de los alquileres. Pero el inquilino de una casa tenía que soportar además otras cargas impuestas por el Estado. Las ventanas habían pagado impuestos desde los tiempos de Guillermo III (1696). Antes de estallar las dos guerras con Francia, todas las casas pagaban una tasa fija de 6 chelines anuales, y las de 7 o más ventanas, impuestos adicionales que aumentaban con el número de ventanas. Para evitar impuestos, se cegaron muchas de ellas. Y así, en 1798 había menos casas sujetas a impuestos que en 1750. Es cierto que las viviendas de los muy pobres estaban exentas y las que tenían menos de 8 ventanas estaban igualmente excluidas en 1825. Pero estas concesiones no produjeron alivio alguno a los pobres de ciudades como Londres, Newcastle, Edimburgo y Glasgow, donde muchos trabajadores vivían en grandes caserones que seguían teniendo que pagar impuestos. Además existía la pesada carga de los impuestos locales. Cuando se trataba de casas populares, los impuestos los pagaban los propietarios, pero éstos los repercutían sobre los alquileres. Los impuestos locales subieron de manera alarmante. También es cierto que había excepciones. Quedaba a dis-

[12] Hansard, CVIII, 1850, p. 479.

creción de los jueces de paz el eximir de impuestos a los inquilinos considerados demasiado pobres para pagarlos. Hacia mediados del siglo, aproximadamente, una tercera parte de las casas de los condados rurales de Suffolk y Hampshire y una séptima parte de las de la zona industrial de Lancashire (donde la pobreza era menos acusada) habían quedado exentas del pago de impuestos.[13] Pero se ha argüido, con cierta razón, que la exención benefició poco a los pobres, ya que permitió a los propietarios recargar los alquileres de las casas más de lo que normalmente habrían hecho. En cualquier caso, esto llevó a un aumento de los alquileres de las casas no exentas, y por este motivo se decía que «los contribuyentes tenían aversión hacia los constructores de viviendas humildes, considerándolos como enemigos públicos». El odio se acumulaba sobre «Jerry».

En los años que siguieron a la larga guerra, los constructores tuvieron el cometido de compensar el retraso en la construcción y satisfacer las necesidades de una población en rápido crecimiento, pero se vieron obstaculizados por los costes, gran parte de los cuales eran provocados por la presión fiscal. Los gastos de ocupación de una casa se veían gravados por fuertes tasas locales, y por lo mismo se reducía el alquiler neto que la mayoría de los trabajadores podían permitirse pagar. En estas condiciones, si los relativamente pobres debían tener una vivienda, los edificios tenían que ser necesariamente más pequeños, menos sólidos y estar dotados de menos servicios de lo que era de desear.[14] No se podía en absoluto inculpar a la máquina, ni a la Revolución Industrial, ni siquiera al albañil

[13] *Ib.*, p. 470 (P. Scrope).

[14] Se calculaba que el coste de una casa para obreros en Liverpool, acaso incluyendo también el coste del solar, variaba en 1850 entre 100 y 120 libras y que una casa por el estilo costaba 12 libras de alquiler al año (*Morning Chronicle*, 16 de septiembre de 1850). Una renta del 10 o 12 por ciento puede parecer alta, pero tenía que cubrir los costes de cobranza y el riesgo de que en parte de su periodo de existencia permaneciera sin alquilar.

o al carpintero, que construían por especulación. Fueron pocos, al parecer, los constructores que se hicieron ricos y muchos los casos de quiebra. El problema fundamental era la penuria de las viviendas. Quienes echan la culpa al *jerry-builder* recuerdan a aquel párroco, de que nos habla Edwin Cannan, que solía reprochar a los feligreses reunidos la escasa asistencia a la iglesia.

Muchos escritores han insistido justamente sobre lo inadecuado de las normas para proteger a la población del exceso de construcciones en zonas limitadas. Pero Londres, Manchester y otras grandes ciudades tenían sus ordenanzas de construcción desde hacía generaciones,[15] y nadie que haya examinado los *Builder's Price Books* puede creer que los londinenses adolecieran de falta de reglamentos. Por el contrario, John Summerson ha sugerido que la deprimente monotonía de las nuevas calles de la capital fue consecuencia directa no de la libre empresa, como se supone con frecuencia, sino de las cláusulas de lo que los constructores llamaron la «ley negra» de 1774, una serie de normas de una extensión aproximada de 35.000 palabras.[16] Es cierto que la principal preocupación de quienes prepararon estas normas fue evitar los incendios. Pero algunos escritores como los Webb[17] (según ha expuesto Redford) han sido injustos con la labor desarrollada por los primeros órganos de la Administración local para resolver problemas tales como la pavimentación, el alumbrado y la limpieza de las calles. Si no se hizo más, la culpa no fue de los constructores. Thomas Cubbitt dijo en la Cámara de los Comunes que no permitiría se construyese una sola casa si no se

[15] La primera ley sobre la pavimentación de Westminster fue promulgada en 1762; en Manchester hubo una «ley de mejora» en 1776, y un reglamento de policía en 1792 (A. Redford, *A History of Local Government in Manchester*, Londres y Nueva York, Longmans, Green and Co., 1939-40). Los «Liverpool Improvement Acts» son de 1875 y 1825.

[16] John N. Summerson, *Georgian London*, Londres, Pleiades Books, 1945, p. 108.

[17] Redford, *op. cit.*

podía demostrar que existía un buen drenaje y un buen alcantarillado. «Creo que un funcionario público, pagado por el Estado, debiera hacerse responsable de esto.» Si las ciudades se hallaban infestadas de enfermedades, al menos alguna responsabilidad les corresponde a los legisladores, quienes al gravar las ventanas con impuestos, pusieron precio a la luz y al aire, y, al gravar ladrillos y baldosas, disuadían de construir desagües y alcantarillado. Quienes insisten en los horrores debidos al hecho de que los productos del alcantarillado se mezclaban con frecuencia con el agua potable, y lo atribuyen, como todas las demás calamidades, a la Revolución Industrial, deberían tener presente el hecho evidente de que sin tubos de hierro, uno de los productos de dicha revolución, jamás se habría podido resolver el problema de poner a la gente en condiciones de vivir higiénicamente en las ciudades.[18]

Si mi primera crítica a las tesis corrientes sobre el desarrollo económico del siglo XIX se refieren a su pesimismo, la segunda es que carecen de toda sensibilidad económica. En la generación de Adam Smith y sus inmediatos sucesores se publicaron muchos tratados sobre la historia del comercio, de la industria, de la moneda, de las rentas públicas, de la población y de la pobreza. Quienes los escribieron —hombres como Anderson, Macpherson, Chalmers, Colquhoun, Lord Liverpool, Sinclair, Eden, Malthus y Tooke— eran economistas o por lo menos se interesaban por los problemas que preocupaban a Adam Smith, Ricardo y Mill. Hubo, es cierto, tanto a la derecha como a la izquierda, muchos que se rebelaron contra las doctrinas propugnadas por los economistas; pero pocos de éstos sentían inclinación por la historia. En consecuencia, no hubo una separación clara entre historia y teoría. En la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, se produjo una gran bre-

[18] John Wilkinson suministraba tubos de hierro al acueducto de París en 1781, pero durante la guerra, junto con los demás fabricantes de hierro, construía cañones y no tubos. En 1810 seguían empleándose tubos de madera de olmo.

cha. No quiero ponerme a discutir en qué medida esto se debió a la influencia directa de los escritos de Marx y Engels, a la aparición de la Escuela Histórica de Economía en Alemania, o al hecho de que los historiadores de economía ingleses, siguiendo a Toynbee, fuesen principalmente reformadores sociales. Pero no hay duda de que la tendencia fue escribir la historia en términos distintos de los económicos. Se introdujeron toda una serie de frases para designar lo que se creía era la característica dominante de los diversos periodos. Muchas de éstas eran de carácter más bien político que económico. La consabida expresión de «la Revolución Industrial» fue acuñada (como ha demostrado Miss Bezanson[19]), no por economistas o industriales ingleses, sino por escritores franceses de finales del siglo XVIII, bajo la influencia del fermento político de su propio país. Usada por Engels y Marx, Arnold Toynbee la utilizó como título de su obra pionera. Podemos preguntarnos si no habrá durado más de lo conveniente, pero lo cierto es que ha contribuido a reforzar la opinión de que la introducción de la producción en gran escala produjo efectos catastróficos más que benéficos. Todavía más desafortunada, creo, ha sido la intrusión en la historia de la economía de otra frase de intención política, procedente del mismo origen, aunque de época anterior. Según el profesor Macgregor, la expresión *laissez faire* se remonta a 1755, cuando la utilizó por primera vez el marqués D'Argenson, para indicar un principio tanto económico como político.[20] Este autor ha descrito su curiosa evolución desde la época en que significaba no interferencia en la industria, hasta el uso que, en 1907, hizo de ella Alfred Marshall para significar «dejad que el Estado vigile y actúe». A la vista de la ambivalencia de su significado, no debe extrañarnos que algunos la hayan extendido hasta un perio-

[19] Anne Bezanson, «The Early Use of the Term 'Industrial Revolution'», *Quarterly Journal of Economics*, XXXVI, n.° 2, febrero de 1922, p. 343.

[20] D.H. Macgregor, *Economic Throught and Policy*, Londres 1949.

do de la historia de Inglaterra que otros denominan «Época de la Reforma», expresión ésta procedente también de la política y no de la economía. De ahí que no debamos ser demasiado duros con aquel estudiante que decía: «Hacia el año 1900 los hombres abandonaron el *laissez faire* y comenzaron a hacer las cosas por sí mismos.» El título de una obra escrita por Fisher Unwin en 1904 ha fijado sobre la década que conoció el espectacular desarrollo del ferrocarril y la abolición de las leyes sobre los cereales el estigma de «los hambrientos años cuarenta», y hace pocos días una revista titulada *Womanfare* se refería a la década anterior a la última guerra mundial como los «hambrientos años treinta». Se está formando la leyenda de que los años 1930-39 estuvieron marcados por la miseria. Tal vez en la próxima generación será una locución común «los hambrientos años treinta».

Durante dos generaciones los historiadores de la economía han desatendido los problemas económicos o los han tratado superficialmente. Jamás adoptaron una posición precisa sobre cuestiones elementales como si se debe buscar la abundancia o la penuria, si bien, por lo general, son favorables a los regímenes de restricciones. Los esfuerzos que se hicieron en Lancashire para proporcionar telas de algodón baratas a la gente que anteriormente había ido semidesnuda se reconocen sólo en la frase que dice que «los huesos de los tejedores de algodón blanqueaban las llanuras de la India». En el mismo libro de texto para la primera enseñanza se dice que el impuesto sobre las importaciones de trigo llevó a la pobreza y a la miseria en la primera mitad del siglo XIX, y que la falta de tal impuesto, que servía de dique contra la afluencia de trigo barato que llegaba a través del Atlántico, fue la causa principal de la pobreza y de la miseria de las últimas décadas del siglo, periodo tan infelizmente conocido como la Gran Depresión. Algunos historiadores de economía han escrito capítulos dedicados a responder a preguntas tales como si el comercio procede de la industria o la industria del comercio, si el

transporte desarrolla los mercados o estos originan el transporte. Se han ocupado de investigar el origen de la demanda que hace posible la producción. Siempre que surge un problema real, se le esquiva con observaciones tales como «se presentó una crisis» o «se extendió la especulación», pero raras veces se descubren su naturaleza y su verdadera causa. Y si se dan detalles, la lógica brilla por su ausencia. Al explicar la depresión francesa de 1846, el profesor Clough dice que «la reducción de la producción agrícola disminuyó el poder adquisitivo de los agricultores, y el elevado coste de la vida impidió a la población industrial comprar algo fuera de los alimentos». Es éste ciertamente un caso en el que se ha tomado lo peor de ambas partes. Con frecuencia se ha dicho que, al menos antes de Keynes, el economista teórico se movía en un mundo de abstracciones y no tenía nada importante que ofrecer al historiador. Pero solamente con que los historiadores hubiesen reflexionado un poco sobre el análisis marginal, se habrían evitado afirmaciones tan absurdas como que el comercio sólo puede prosperar cuando hay un excedente, o que las inversiones en el extranjero tienen lugar únicamente cuando el mercado nacional de capitales está saturado. La ignorancia de las bases de la teoría económica llevó a los historiadores a dar interpretaciones políticas a toda tendencia favorable. En muchísimos libros las mejoras en las condiciones de trabajo en el siglo XIX se atribuyen a la legislación industrial, pero casi en ninguno se señala que la creciente productividad del trabajo masculino tuvo algo que ver con la disminución del número de niños explotados en las fábricas o el número de mujeres degradadas en las minas. Hasta que el profesor Rostow escribió en 1948 su obra sobre la *Economía inglesa en el siglo XIX*, los historiadores apenas habían discutido el problema de la relación entre inversiones y beneficios.

Nadie ha subrayado más que Sombart la necesidad de la teoría al escribir historia. Para él «los hechos son como perlas y necesitan un hilo que las una... Sin teoría no hay historia.»

Lástima que él encontrase su propia teoría no en los escritos de los economistas de su tiempo, sino en los de Karl Marx; pues, aunque más tarde ha reaccionado enérgicamente contra las interpretaciones de Marx, sus escritos han llevado a un gran número de historiadores en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos a enhebrar sus hechos con un hilo marxista. En especial, todo lo que ha ocurrido desde la alta Edad Media se explica en términos de capitalismo, palabra ésta que, si no acuñada por Marx, sí fue ampliamente difundida por él. Marx, desde luego, la asociaba con la explotación. Sombart la utilizó para referirse a un sistema de producción distinto del artesano en cuanto que los medios de producción son poseídos por una clase diferente de los trabajadores, clase cuya motivación es el beneficio y cuyos métodos son racionales, en oposición a los métodos tradicionales de los artesanos. Sobre todo, destacó el espíritu capitalista. Otros elementos, como el hecho de que las innovaciones en el sistema se realizan con dinero prestado o tomado a crédito, fueron añadidos por escritores posteriores como Schumpeter. Pero casi todos están de acuerdo en que el capitalismo implica la existencia de una técnica racional, un proletariado que vende su trabajo (y no el producto de él) y una clase capitalista cuyo objetivo es el beneficio ilimitado. Se supone que en alguna fase de la historia humana —tal vez en el siglo XI después de Cristo— los hombres se hicieron por primera vez racionales y deseosos de ganancias. El principal esfuerzo de los historiadores posteriores a Sombart fue indagar los orígenes de la racionalidad y del deseo de beneficios. Es lo que llamaron el «planteamiento genético» del problema del capitalismo.

Mil años son un periodo demasiado largo, por lo que el capitalismo tuvo que ser presentado como una serie de etapas: respectivamente, las épocas del capitalismo inicial, del apogeo del capitalismo y del capitalismo tardío, o bien del capitalismo mercantil, del capitalismo industrial, del capitalismo financiero y del capitalismo de Estado. Por supuesto, quienes

utilizan esta clasificación admiten que hay superposiciones, que la parte final de una época coincide con la inicial o, como ellos dicen, el «periodo emergente» de la siguiente. Pero enseñar historia económica de esta forma —afirmar que el comercio, la industria, las finanzas y el control estatal son fuerzas que han dominado *sucesivamente*— es ocultar al estudiante, creo yo, la interacción e interdependencia de todas estas fuerzas en cada uno de los periodos, y es una mala economía.

Quienes así escriben tienden a forzar los hechos. Es parte de la leyenda que la forma dominante de organización bajo el capitalismo industrial, o sea la fábrica, surgió no de la demanda del pueblo ordinario, sino de la de los ricos y dirigentes. Permítaseme citar aquí al profesor Nussbaum. «En términos personales, fueron los intereses de los príncipes (el Estado) y de los industriales; en términos impersonales, la guerra y el lujo favorecieron —casi podría decirse que causaron— el desarrollo del sistema de fábrica.» Para apoyar esta monstruosa tesis da una lista de industrias capitalistas hacia 1800. Esta lista incluye «azúcar, chocolate, encajes, bordado, bisutería, tapicería, espejos, porcelanas, joyería, relojes e imprenta».[21] Todo lo que puedo decir es que, aparte del azúcar, no puedo encontrar ni un solo ejemplo en que uno de estos bienes se produjera en una fábrica inglesa de aquel tiempo.[22] Nussbaum admite que las telas de algodón «constituían un campo en el que se encontraba casi exclusivamente la organización capitalista», pero dice que esto fue así porque eran «al principio y durante mucho tiempo mercancías de lujo». Al parecer, cree que Arkwright y sus colegas fabricaban finas muselinas y ter-

[21] Frederick L. Nussbaum, *A History of the Economic Institution of Modern Europe*, Nueva York, F.S. Crofts and Co., 1933, p. 334.

[22] Como ejemplo de manera de razonar, puede compararse con la afirmación de Nussbaum (*op. cit.*, p. 251) de que la escasez de mineral y de combustible en el siglo XVIII «produjo altos costes de producción y por lo tanto una reducción del mercado, y por consiguiente costes aún mayores y en general una fuerte limitación del desarrollo de la organización capitalista».

ciopelos para las cortes reales y no calicós para los trabajadores ingleses y los campesinos indios. Pero esta leyenda sobre la guerra y el lujo es demasiado absurda para que tengan que refutarla quienes se hayan tomado la molestia de ojear documentos de la primera generación de industriales ingleses.

La verdad es, como ha dicho el profesor Koebner, que ni Marx ni Sombart —ni, en este punto, Adam Smith— tuvieron idea de la verdadera naturaleza de lo que hoy llamamos Revolución Industrial. Atribuyeron demasiada importancia al papel de la ciencia y no concebían un sistema económico que se desarrollara espontáneamente, sin ayuda del Estado o de los filósofos. Creo, sin embargo, que lo que más daño ha hecho ha sido el énfasis sobre el espíritu del capitalismo. En efecto, de ser una frase que evoca una actitud mental o emocional, se ha convertido en una fuerza impersonal y sobrehumana. No son ya hombres o mujeres que ejercitan su libre elección y realizan los cambios, sino sólo el capitalismo o el espíritu capitalista. «El capitalismo», dice Schumpeter, «desarrolla la racionalidad.» «El capitalismo exalta la unidad monetaria.» «El capitalismo produjo la actitud mental de la ciencia moderna.» «El pacifismo, la moralidad internacional y el feminismo de nuestro tiempo son productos del capitalismo.» Todo esto podrá ser cualquier cosa menos historia económica. Se ha introducido un nuevo misticismo en la mera narración de los hechos. ¿Qué puedo hacer con un estudiante que trata de explicar los motivos de la aparición de la sociedad anónima en Inglaterra en la década de los cincuenta del siglo pasado con los siguientes términos que cito textualmente: «El individualismo se vio obligado a ceder el paso al *laissez faire* cuando el desarrollo del capitalismo encontró que el estado inicial y emergente del capitalismo empresarial constituía un obstáculo a ese desarrollo expansivo racional que es el verdadero *ethos* del capitalismo»?

Sombart, Schumpeter y sus seguidores se preocupan más de las causas finales que de las eficientes. Incluso un historia-

dor tan sobrio como el profesor Pares se ha dejado influir. «El propio capitalismo», escribe, «causa, en cierta medida, la producción de cosechas comerciales, ya que requiere el pago en moneda que pueda cambiarse en el propio país.»[23] Se trata de una concepción *ex post* y no *ex ante*. Sobre el «modo genético» en general, el profesor Gras dice justamente: «Saca los hechos de su marco. Al poner el acento sobre la génesis o sobre la evolución, supone un impulso inicial que, una vez comenzado, continúa hasta el fin.» Con otras palabras, las cosas suceden porque el capitalismo hace que sucedan así, incluso —podemos añadir— por un fin que todavía no se ha alcanzado. «Una forma socialista de la sociedad surgirá inevitablemente de una igualmente inevitable descomposición de la sociedad capitalista», escribió Schumpeter. Puede ser. Pero a mí no me gusta que se escriba la historia como si su cometido fuese simplemente presentar la gradualidad de lo inevitable.

No quiero dar la impresión de ser irreverente con Sombart y Schumpeter. En comparación con sus grandes aportaciones, mi pequeña contribución a la historia de la economía tiene que parecer como la chapucería de un aficionado. Pero sostengo enérgicamente que el futuro de nuestra materia está en una cooperación más estrecha con el trabajo de los economistas y que aquellas expresiones, que tal vez sirvieron a una finalidad hace una generación, deben desecharse. Una de las mejores defensas históricas de la civilización económica norteamericana, siguiendo la línea de Sombart, la ha escrito el profesor Hacker. Únicamente puedo decir que esta exposición habría perdido muy poco o nada de su lucidez y habría sido igualmente convincente si se hubiese presentado totalmente con las propias palabras del profesor Hacker. Sobre todo, yo no creo que los siglos no hayan aportado otra cosa que crueldad y explotación. Creo con George Unwin que el progreso —para

[23] Bernard Pares, «The Economic Factors in the History of the Empire», *Economic History Review*, VII, n.° 2, mayo de 1927.

usar un término anacrónico— brota de las acciones espontáneas y de las opciones de la gente común, y que no es cierto que todo marche hacia un fin predeterminado, impulsado por la dinámica (cualquiera que sea su significado) de una fuerza impersonal llamada capitalismo. Creo que los resultados creativos del Estado se han valorado excesivamente, y que, para usar las palabras de Calvin Coolidge, «donde es el pueblo el que gobierna, la gente no se libera de sus cargas tratando de pasárselas al gobierno». Mirando a mi alrededor, observo que los hombres están aprendiendo por amarga experiencia la verdad de estas palabras. En otro tiempo solía abrigar la esperanza de que el estudio de la historia podría ahorrarnos el tener que aprender de esta manera. Si he subrayado lo que considero tendencias ilógicas y antiliberales de algunos de mis colegas, quiero terminar diciendo que me alegra la noticia de que en la London School of Economics y en otras partes de Gran Bretaña y de los Estados Unidos existe un grupo de jóvenes profesores que no son contrarios al modo de pensar económico y a las ideas liberales. No creo que los que considero como reductos del error se rindan a ningún ataque frontal, pero sí estoy convencido de que, tanto en el campo académico como en el mundo de la acción, existen fuerzas activas que prometen cosas mejores.

CAPÍTULO III

LOS PREJUICIOS ANTICAPITALISTAS DE LOS HISTORIADORES NORTEAMERICANOS

LOUIS M. HACKER

Trataré el mismo tema de que se ha ocupado el profesor Ashton. En la primera parte de mi trabajo comentaré el significado general de las ideas que él ha examinado; en la segunda discutiré la actitud actual de los historiadores norteamericanos ante el capitalismo.

I

La presentación de Ashton tiene esa agùdeza que estamos acostumbrados a esperar de él, pues tiene la cualidad, rara entre los historiadores de economía, de ver claramente el todo y cada una de las partes. Nadie nos ha dado una serie de descripciones del desarrollo sectorial de la empresa industrial en Inglaterra más claras que las suyas, y nadie ha conseguido mejor que él darnos una visión filosófica global del carácter y del significado del siglo XIX en términos económicos o, por mejor decir, en términos de economía política. Está de moda hoy (más que hace una generación, cuando la autoridad de los Webb y los Hammond no se discutía) calumniar al siglo XIX. Charles A. Beard[1] en Estados Unidos y E.H. Carr[2] en In-

[1] A. Charles, Mary R. Beard, *The Rise of American Civilization*, 2 vols., Macmillan Co., Nueva York 1927; *America in Midpassage*, Macmillan Co., Nueva York 1939; *The American Spirit: A Study of the Idea of Civilization in the United States*, Macmillan Co., Nueva York 1942.

[2] Edward H. Carr, *Conditions of Peace*, Macmillan Co., Nueva York 1942; *The Soviet Impact on the Western World*, Macmillan Co., Nueva York 1947.

glaterra, para citar los más importantes, insisten continuamente sobre su fracaso moral. Se preocupó de hacer dinero (con mercancías baratas, por supuesto, pero incluso el término «baratas» tiene una connotación siniestra), pero perdió de vista aquellos valores más profundos que se piensa dieron a épocas anteriores una dirección y un significado interior. El siglo XIX no tuvo sentido de la responsabilidad, y en su afán por los bienes materiales, hizo materialistas y vulgares las actitudes comunes. Nuestro mundo no sólo carece de unidad, sino que también le falta una finalidad y confianza en sí mismo, mientras que se presume que el siglo XVIII poseyó ambas cosas y que no es demasiado tarde para que el siglo XX las recupere.

Ashton tiene toda la razón al protestar contra los intentos que comúnmente se hacen para idealizar nuestro mundo preindustrial, lo mismo que Boissonade[3] cuando tan eficazmente desbarató las pretensiones de quienes intentaban hacer lo propio con el mundo medieval. Yo mismo he tratado de poner en guardia contra la suposición de que la Europa preindustrial tuviese una actitud moral respecto a la población trabajadora.[4] Todo lo contrario: si antes del siglo XIX la vida de la gran mayoría era dura, sórdida y breve (tanto bajo el sistema feudal como bajo el sistema del trabajo a domicilio, o en los tiempos de la esclavitud en las plantaciones americanas), ello se debió precisamente a que, a pesar de la pretendida salvaguardia que ofrecían la condición social y la tradición, no existía interés alguno por mejorar. No hay actitud de mayor desconfianza respecto a la naturaleza humana que la que aparece en los moralistas del siglo XVIII (me refiero a Defoe y Mandeville), quienes consideraban a los hombres incapaces de con-

[3] P. Boissonade, *Life and Work in Medieval Europe*, A.A. Knopf, Nueva York 1927.

[4] L.M. Hacker, *Shaping of the American Tradition*, 2 vols., Columbia University Press, Nueva York 1947; *England and America - The Ties That Bind: An Inaugural Lecture*, Clarendon Press, Oxford 1948.

seguir su propia salvación.[5] El hombre necesita una autoridad superior —la tradición, la ley, el castigo— para mantener el mecanismo que garantice su equilibrio interior. Hoy llamamos a esa autoridad «planificación social», pero ambas actitudes revelan una fundamental desconfianza en la capacidad del hombre para ejercitar su inteligencia en orden a vivir una vida equilibrada.

La acusación que continuamente se hace al siglo XIX de haber sido inhumano —pues tal es la interpretación corriente de la política del *laissez faire*, ¿no es cierto?— sería una torpe calumnia, si no fuese tan burda. La acusación es falsa. Por lo menos en tres aspectos. El siglo XIX introdujo, por primera vez, una política estatal en gran escala a favor de la salud y de la instrucción públicas. El siglo XIX, al producir mercancías baratas, hizo posible la sorprendente elevación de los salarios reales en las economías industrializadas. El siglo XIX, al permitir la transferencia de grandes cantidades de capital, abrió perspectivas de desarrollo y de producción dentro de los países atrasados. En efecto, no debemos olvidar que las inversiones de las compañías comerciales antes del siglo XIX pocas veces se efectuaban más allá de las zonas costeras. Las primeras inversiones no llevaron a una apreciable mejora del capital; el mantenimiento de bases comerciales no sirvió mucho para mejorar el sistema de producción o de transporte de los pueblos con los que se entraba en contacto, y por lo tanto para aumentar la productividad marginal de su trabajo. La experiencia de Inglaterra en América y en la India, antes del siglo XIX, es clara en este punto, como lo es la francesa. Puede observarse una excepción, y es el caso de los productos de las plantaciones de las Indias Occidentales. Pero es indudable que

[5] Véase el excelente análisis de este punto en *The Position of the Laborer in a System of Nationalism* de E.S. Furniss, Houghton Mifflin and Co., Boston 1920. Es curioso que el importante trabajo de Heckscher sobre Keynes y el mercantilismo, que sigue muy de cerca sus huellas, evite tratar las implicaciones morales de la doctrina mercantilista.

hasta el siglo XIX el capital francés o inglés no se invirtió en Ultramar en considerable cuantía en los sectores industrial, de los transportes y bancario.

Ashton ha indicado los motivos por los que en la primera mitad del siglo XIX, por lo menos en Inglaterra, hubo obstáculos para que se alcanzara un progreso mayor del que efectivamente se produjo. El extraordinario desarrollo de las ciudades fue una de las características de la industrialización. Resultó difícil para la inversión privada dar abasto a la demanda de viviendas; tal es el origen de aquellos *slums* y de aquellas casas mal construidas que los reformadores sociales han denunciado tan elocuentemente. Ashton ha señalado que los tipos de interés artificialmente fijados y una mala política fiscal obstaculizaron las inversiones de capital. Tampoco debemos olvidar que a la gran expansión de las ciudades contribuyeron el reestablecimiento del «cercado»,* la gran inmigración irlandesa y la disminución de la mortalidad. Es evidente que ninguna de estas causas llevaba la marca siniestra de la explotación que los críticos del sistema industrial pretenden descubrir en él. Esto es lo que quiero decir cuando elogio a Ashton por su perspicacia al fijarse en detalles que podrían parecer sin importancia. El impuesto sobre las ventanas afectó al carácter de las viviendas urbanas de varios vecinos. Los impuestos sobre los materiales de construcción elevaron los costes. Las casas pobres y superpobladas no eran prueba de que la nueva clase industrial eludiese la responsabilidad moral, sino el resultado de las fuerzas naturales de la inmigración de los movimientos internos de población y de una mala política fiscal.

* Con este término (*enclosure* en inglés) se indica el movimiento, que se inició en Inglaterra ya en 1500 y que alcanzó su punto máximo en el siglo XVIII y principios del XIX, mediante el cual los grandes propietarios de tierras se apropiaban, en diversas formas, de terrenos comunes, a los que podían acceder libremente y explotar todos los habitantes de sus aldeas, y los «cercaban», generalmente para criar ovejas. (N. del T.)

En este punto, Ashton asesta un duro golpe a la teoría de la explotación de los marxistas y de los fabianos, e igualmente realista es su crítica a la amplia interpretación genética de marxistas y sombartianos. Teme que un análisis teórico del desarrollo económico en términos capitalistas resulte de escasa utilidad e incluso perjudicial. Debe recordarse que, con fines dialécticos, Marx y Engels consideraron indispensable dividir la historia económica de la humanidad en una serie de etapas, todas ellas enlazadas entre sí por la ley de la dialéctica. Bajo la acción de principios dialécticos inmutables, la esclavitud de la época clásica se transformó en esclavitud de la gleba y ésta, a su vez, en explotación industrial. Cada una de estas fases favoreció el progreso en un primer tiempo (pero ¿cómo explicar entonces la ciencia y la filosofía griegas, el derecho romano y el arte medieval?) y cada una de ellas se transformó en época de explotación y originó y alimentó los gérmenes de su propia destrucción. Estallaba la revolución —mediante la negación de la negación— y la sociedad se disponía a dar un nuevo paso incierto hacia la luz y la libertad. Todas estas etapas eran preliminares a la lucha final para la realización del socialismo; pero tuvieron que evolucionar de una forma ordenada. En este sentido, Marx y Engels fueron discípulos de Newton y Hegel. Darwin dio una peligrosa sacudida a su universo mecánicamente ordenado.

En el análisis marxista estas fuerzas y estas instancias —tesis, antítesis y síntesis— son totalmente materiales y se manifiestan plenamente en las relaciones de producción. Todo lo demás de la sociedad —la moral, el derecho, el arte, las relaciones sociales— es «superestructura». Y la moralidad, el derecho y el arte no pueden tener vida independiente o una razón de ser propia. Hay otro curioso defecto en la interpretación marxista de la historia: el feudalismo se transformó en capitalismo (es decir, en el capitalismo industrial) mediante un cambio dialéctico. Pero ¿qué decir de la gran época comercial de la Europa Occidental que se fue desarrollando desde el si-

glo XII al siglo XVIII simultáneamente en las ciudades de Italia, en la Alemania meridional, en Flandes y en Francia? Se trata de «capital mercantil» o «capital de usura» que no es productivo y, según frase de Marx, vivía parasitariamente en los intersticios de una sociedad productiva. Una de las cosas más aberrantes que Marx escribiera fue un panfleto sobre los judíos en el que explicaba, e implícitamente justificaba, el antisemitismo por el hecho de que los judíos eran capitalistas «usureros» y «mercantiles».

Tiene razón Ashton: el análisis «genético» o por etapas de Marx no sólo es falso, sino que ha infligido al mundo incalculables sufrimientos. Debemos señalar que el error depende de la unión de una teoría gradualista con la dialéctica y con la teoría de la «superestructura». Esto es lo que hace que esta interpretación del desarrollo económico sea determinista y fatalista.

Ashton tiene igualmente razón al rechazar a Sombart. Éste intentó salvar las deficiencias y llenar las grandes lagunas de Marx distinguiendo varias etapas de la evolución capitalista: capitalismo mercantil, capitalismo industrial, capitalismo financiero (o gran capitalismo) y capitalismo de Estado (o tardío). El capitalismo se caracteriza por su espíritu, que es racionalista, ávido de ganancias y planificador. Cuando decayó el espíritu capitalista, el capitalismo entró en otra etapa como consecuencia de una nueva racionalidad. Es decir, el capital mercantil se transfirió a la industria debido a la demanda de objetos de lujo y a las necesidades de la industria bélica, que eran los dos grandes puntales e intereses de las monarquías absolutas de los siglos XVII y XVIII. Sombart, en sus obras de historia económica, renunció a Marx, pero no renunció al hegelismo, como lo demuestran las ediciones sucesivas de su obra *El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX*. Rechazó el materialismo dialéctico, pero no el idealismo dialéctico. Si el espíritu debía gobernar al universo con la ley dialéctica, y si el nazismo anunciaba un renacimiento del espíritu teutónico

—ahora que el capitalismo financiero había cubierto su etapa—, entonces el nazismo tenía plena justificación histórica. Y así como el análisis marxista nos llevó inevitablemente al comunismo, la teoría sombartiana de las etapas nos llevó al Tercer Reich y a sus mil años de gloria.

Ashton sería el primero en admitir que Marx y Sombart aportaron extraordinarias contribuciones a la historia económica, y yo sería el primero en admitir que sus filosofías de la historia son un conjunto de disparates absurdos y peligrosos. Sin embargo, un análisis de las etapas del cambio económico tiene su utilidad, como también presenta muchos peligros un exceso de simplificación. Sabemos que cuando el sistema feudal dominaba en los campos y los mercaderes italianos establecían relaciones comerciales con el mundo bizantino y musulmán, los capitalistas alemanes ponían los fundamentos de la industria de las minas de carbón, con los enormes desembolsos de capital que semejante empresa requería. Tenemos aquí, en la terminología de las etapas, el feudalismo, el capitalismo mercantil y el capitalismo industrial, uno junto al otro. Sabemos que cuando en el siglo XVII, en Gran Bretaña, prosperaban las grandes sociedades comerciales, muchos pequeños productores —que no podían beneficiarse de las sociedades anónimas— trabajaban ya en las industrias del carbón y del hierro, de los materiales de construcción y en otras empresas industriales. Sabemos que en Estados Unidos, a comienzos del siglo XX, cuando aparentemente los capitalistas financieros, como los Morgan, los Rockefeller y otros, dominaban la empresa industrial, se desarrolló la gran industria automovilística mediante los experimentos, los riesgos y los fracasos de centenares de pequeños empresarios.

Sin embargo, un análisis por etapas —tal como lo he realizado en mi obra *El triunfo del capitalismo norteamericano*[6] y en obras posteriores— puede arrojar luz sobre el cambio econó-

[6] Ed. Simon and Schuster, Nueva York 1940.

mico. Pero este análisis no puede ser dialéctico o determinista (en términos marxistas) ni dialéctico o racionalista (en términos sombartianos). Por ejemplo, considerando la historia de los Estados Unidos, cualquier estudio de la revolución americana que ignorase la teoría del imperio y la teoría jurídica que se desarrolló en la América colonial sería totalmente inaceptable. La revolución americana no se puede explicar completamente en términos de rechazo del sistema mercantilista. Análogamente, al enjuiciar la guerra civil norteamericana, sería grave error prescindir del importante papel que desempeñó el abolicionismo, que hizo que se considerara la esclavitud como una inmoralidad. El conflicto entre el capitalismo agrario del sur y el opuesto capitalismo industrial del norte proporciona tan sólo una explicación parcial.

Pero un análisis por etapas contribuye también, en gran medida, a explicar los cambios en la actitud de los poderes públicos, y yo afirmo que la historia económica, a pesar de repetirse, no es completa sino cuando presta una atención constante al papel del Estado como poder de progreso o de inmovilismo. En este sentido, la idea del *laissez faire* es una ficción, ya que el Estado, con un comportamiento negativo —es decir, negándose a adoptar ciertas políticas— puede influir en los acontecimientos económicos de manera tan decisiva como cuando interviene.

El propio Ashton nos da un ejemplo importante. Sabemos que en Inglaterra la industria de la lana, por lo menos a partir del siglo XVI (si bien el estatuto isabelino de los trabajadores* tiene sus antecedentes en tiempos medievales), se hallaba sujeta a muchas y pesadas restricciones. La corona no extendió estas restricciones a la industria del algodón, y no fue casual que el gran progreso de la industria se verificara tan pron-

* Ley aprobada por el Parlamento inglés en 1351, después de que en 1348 la «peste negra» diezmara la población. Dicha ley prohibía pedir y conceder salarios superiores a los que se pagaban antes de la epidemia. (N. del T.)

to en este sector. De manera semejante, en América, desde 1836 a 1913 el gobierno federal se desinteresó de la política de los bancos centrales, y esta actitud negativa del gobierno americano tuvo profundas repercusiones en el desarrollo económico de los Estados Unidos.

Desearía añadir algo más en defensa del análisis por etapas, en el sentido que doy a este término. Opino que se admitirá que, en determinados momentos del desarrollo histórico de una nación, los intereses de un grupo u otro se hacen predominantes y articulados. Es entonces cuando toma forma, para bien o para mal, la acción de los poderes públicos. En Inglaterra, antes del periodo 1830-1850, el interés económico dominante era el comercial o mercantil en cuanto opuesto al interés industrial. De ahí que la acción de los poderes públicos fuese hostil, o por lo menos indiferente, a las necesidades de los empresarios industriales que entonces estaban surgiendo. Y no es casual que en el periodo mencionado fueran barridos muchos residuos del viejo sistema, a medida que los industriales, de manera creciente, hacían sentir su poder.

La *Reform Act*, la derogación de las leyes sobre el trigo, la abolición definitiva de las leyes sobre el comercio y la navegación, la radical reforma fiscal que terminó con el triunfo de Gladstone, la reestructuración bancaria del país, la nueva ley sobre las sociedades, la nueva ley orgánica sobre las posesiones de ultramar, ¿qué son sino pruebas de la madurez alcanzada por la clase capitalista industrial de Inglaterra? Ashton observa que los economistas de aquel periodo se interesaban constantemente por cuestiones públicas, es decir que eran economistas políticos. Lo cual no debe sorprendernos si tenemos en cuenta las nuevas funciones extraordinarias que el Estado debía cumplir en aquella época de transición.

Fijémonos en otro ejemplo tomado de la historia americana: desde los años 1830 hasta 1860 dominó en los Estados Unidos el interés económico del grupo agrariocapitalista esclavista del Sur. El mantenimiento de su economía se basaba en el libre

comercio, en los bajos costes de los transportes marítimos, en la fácil obtención de crédito o en la ausencia de un banco central, y en los bajos impuestos. Este grupo se oponía a los aranceles protectores, a los subsidios oficiales a los transportes oceánicos o por ferrocarril, al control federal de los bancos, a una política de fácil inmigración. Pero los que propugnaban la transformación de la economía americana en economía industrial necesitaban el apoyo del Estado en todos estos sectores, y no fue casual que el partido republicano hiciera votar leyes que contenían todas estas disposiciones entre 1861 y 1865, en plena guerra civil. En otras palabras, una descripción de la economía americana en el periodo comprendido entre los años 1830-1860 en términos de antagonismo entre los propietarios de plantaciones y sus aliados comerciantes, por un lado, y los jóvenes industriales, por otro, esclarece considerablemente los esfuerzos por continuar o cambiar drásticamente la política estatal.

La historia económica, por consiguiente, está compuesta de muchas partes. Debe estudiar con mejor sensibilidad de como lo ha hecho la influencia de las teorías políticas (Locke, Harrington, Montesquieu), de las ideas morales (Wilberforce, los abolicionistas americanos) y de la política fiscal sobre los cambios en la producción y en el consumo. Y hasta podríamos decir que sus problemas más importantes son el examen de la política fiscal y de la asunción de riesgos, y que ambos problemas están tan estrechamente ligados en tantos puntos importantes, que sería inútil e irreal intentar separarlos. Pienso además que el término «capitalismo» es un término importante, y que no sólo hay que conservarlo, sino incluso defenderlo. Debemos limpiar las escorias que se han venido acumulando sobre esta antigua ciudadela desde los tiempos en que escribieron Marx, Engels y Sombart. Como en el caso de las excavaciones de Troya, sólo la paciencia y la entrega nos permitirán triunfar al fin. Y estas escorias son muy pesadas: revolución dialéctica, espíritu racionalista, explotación del hom-

bre, avaricia personal; ¡toda la hipocresía, toda la cólera, todos los sentimientos torcidos de cien años! Merece la pena que dediquemos nuestros esfuerzos a excavar, pues en el fondo encontraremos un sistema y un conjunto de actitudes que han hecho posible el progreso material y el alivio del sufrimiento humano. A este sistema y a estas actitudes bien podemos darles el nombre de «capitalismo» y, si lo definimos, en orden al análisis histórico, como la función de asumir riesgos por parte de los individuos (quienes, si tienen éxito, crean capital) y como el desarrollo y el mantenimiento de una juiciosa política fiscal por parte del Estado, estimo que conseguiremos rescatar a esta palabra del oprobio que pesa sobre ella.

II

Aquí termina mi análisis general. ¿Cuál es la postura actual de los historiadores americanos respecto al papel del capitalismo en el desarrollo de su país? En general, puede decirse que existe un notable prejuicio anticapitalista.

Pero, por lo menos en los Estados Unidos, el prejuicio anticapitalista de muchos historiadores no se debe necesariamente a influencias marxistas. Las ideas de Marx han tenido una parte, pero su influencia ha sido breve y de poca importancia. Al hablar de ideas «marxistas», tengo que hacer una distinción entre los dos aspectos de la doctrina: el que se filtró a través de las actitudes no revolucionarias del fabianismo o de la socialdemocracia y el procedente del análisis más radical o revolucionario de Lenin. Algunos jóvenes americanos apasionados por la historia se convirtieron al marxismo por obra de *El imperialismo* y de *El Estado y la revolución*, y, por consiguiente, aprendieron a pensar en términos dialécticos. Pero de esto hablaré más tarde.

Se puede decir que, en general, la literatura histórica americana hasta la segunda mitad de los años veinte ha prestado

poca atención a la economía en sentido teórico. No hubo ningún intento de interpretar los acontecimientos históricos en un amplio contexto económico (Weber, Sombart, Sée y Pirenne eran desconocidos, o, cuando se les leía y comentaba, se hacía sólo en la literatura sociológica); no había interés y no se comprendía la parte que habían tenido los bancos centrales, los movimientos y la formación del capital en el desarrollo del país. Cuando se citaban datos económicos, como en la *Historia del pueblo americano* de McMaster, esos datos formaban parte de la historia social, de las innovaciones y de los cambios institucionales. Estos historiadores examinaron ciertamente los sistemas de transportes, la creación de las fábricas, las condiciones de los obreros y de los campesinos; pero apenas si rozaron el tema. Ello se debió a que los historiadores americanos tenían un gran interés por la historia política y militar y describieron el desarrollo de la historia americana casi exclusivamente en términos nacionalistas, es decir aislacionistas. Había algunos temas grandiosos, completamente exclusivos de América, que inevitablemente atrajeron su interés: la conquista de un continente virgen y el efecto de la frontera sobre las instituciones políticas y sobre las costumbres sociales; el flujo ininterrumpido —hasta 1920— de europeos que en América buscaban remedio a las desigualdades del viejo continente; la lucha constante entre las ideas jeffersonianas y las hamiltonianas (es decir sobre la creación y el mantenimiento de una autoridad central débil o fuerte; la inserción de temas morales en los debates públicos americanos: la esclavitud, los derechos de la mujer, el prohibicionismo). Estos temas no se trataron nunca desde un punto de vista general, o de economía universal, o en sus relaciones con Europa. Mejor dicho, raramente se puso en duda lo que se consideraba como el carácter esencial de la historia americana, es decir que se estaba verificando aisladamente.

El libro de Charles A. Beard *El origen de la civilización americana*, publicado en 1927, ejerció una poderosa influencia so-

bre los historiadores jóvenes, especialmente después del comienzo de la gran depresión. Este libro representaba la proyección en un plano más amplio de las ideas que Beard venía elaborando desde 1913. En este año Beard había escrito *Una interpretación económica de la constitución americana*; en este *tour de force* Beard demostraba que no conocía a los historiadores económicos europeos, empezando por Marx; de hecho, afirmó repetidas veces que una lectura del décimo ensayo de *El Federalista* de Madison había sido suficiente para proporcionarle las bases ideológicas para su análisis y, en cierto sentido, Beard llevaba razón. No tenía prejuicios deterministas originados en una lectura de obras marxistas o sombartianas; estaba dispuesto sencillamente a reconocer que los intereses financieros directos de la gente influyen de manera inmediata sobre las decisiones políticas que contribuyen a determinar. Por ejemplo, gran parte de los miembros de la convención constitucional de 1787 eran propietarios: comerciantes, especuladores de tierras, o poseedores de títulos de la deuda pública, por lo que era natural que buscaran en la creación de un gobierno central la salvaguardia de sus derechos de propiedad. Beard no quiso examinar las implicaciones económicas de tal posición y especialmente las consecuencias de una política que tuviera un fundamento semejante en relación con la creación y con las posibilidades de supervivencia de una nación nueva, ni siquiera quiso tomar posición en pro o en contra de la asunción de deudas públicas, de la creación de un sistema bancario central o de la protección a las industrias nacientes. Se puede suponer que deseaba realizar un análisis histórico objetivo y no le pasó por la mente la duda de si su obra tuviera un defecto fundamental: aun teniendo en cuenta la riqueza de algunos de los que participaron en la convención constitucional, era un error capital dar por descontado (y callar sobre este punto) que no apreciaran también ellos los intereses públicos del mismo modo que sus intereses privados.

En *El origen de la civilización americana* aparecieron los puntos esenciales de la concepción de Beard sobre un fondo más amplio, ya que Beard escribía ahora la historia de los Estados Unidos. Beard vio la influencia de fuerzas económicas por lo menos en tres momentos de la historia americana: en la sublevación americana contra los ingleses, en la disputa sobre el problema de la esclavitud que llevó a la guerra civil, y en el triunfo del partido republicano en el periodo comprendido entre 1865 y 1896. Y cuando llegó al final a la redacción de la enmienda XIV, a la redacción de la legislación arancelaria, a la «expoliación» de los recursos naturales del país y a la derrota política y económica de las organizaciones de cultivadores, Beard emitió su propio veredicto moral. La «edad de oro» o la «gran fiesta» había sido el terrible precio que los Estados Unidos debían pagar por el triunfo del partido republicano y del grupo emergente de los capitalistas industriales de los que era expresión: y este precio consistía en la explotación y estratificación de clases, en la acumulación de enormes fortunas con sistemas deshonestos, en la vulgarización del gusto. Este fue el momento crucial para América, y, a pesar de su creciente poder económico, a pesar de su cada vez más apremiante petición de un reconocimiento de su importancia en la política mundial, volvió las espaldas a su patrimonio moral y a sus promesas.

En el último de sus cuatro volúmenes, Beard examinó el significado de la idea de civilización en América, y llegó a la conclusión de que la edad de oro para América no había sido la de la concordia, de los trascendentalistas, de los abolicionistas, de los primeros defensores de los derechos femeninos y de la educación pública, sino la del iluminismo del siglo XVIII, un periodo de orden, de luz y de justicia abstracta. La imagen global que daba de los «filósofos americanos» del siglo XVIII era como el Moisés de Miguel Ángel: más grande que el natural, más divina que humana, inmutable y perfecta. Y su héroe ideal, un elegante Jefferson en el que se mezclan todas las

cualidades de Montesquieu y de Condorcet, se movía en un mundo enrarecido de pensamientos elevados sobre derechos abstractos. En este exquisito jardín del Edén, las mezquindades, el compromiso político, y los asuntos del mercado jamás hacían vulgares intrusiones.

Me ocupo con algún detalle de Charles A. Beard porque le considero uno de los elementos más importantes que hay que tener en cuenta para explicar el prejuicio anti-capitalista que encontramos en muchos historiadores americanos recientes. En efecto, Beard aceptó los prejuicios agrarios contra los procesos capitalistas, recibidos durante su adolescencia en Indiana, y sólo en su edad avanzada encontró una remota y mecánica justificación de la aversión que sentía. Jamás demostró interés por esos procesos capitalistas en cuanto tales, o por sus consecuencias económicas, sino que rechazó unos y otras por motivos morales, más que por razones de clase, de ideología o de dialéctica. En sus obras y en las que se nota su influencia no se observa ningún intento de analizar o comprender la aportación del capitalismo al extraordinario desarrollo de América.

Bastante parecida a la postura de Beard —condena por motivos morales— era la de Gustavus Myers, cuya *Historia de las grandes fortunas de América* se publicó en 1909. Myers era un socialdemócrata en la línea de Bernstein, Jaurès y de los fabianos. Predicaba la instauración de una comunidad socialista, pero no en términos revolucionarios o dialécticos. El capitalismo es perverso y debe ser sustituido, mediante elecciones, por el socialismo democrático. De ahí que su obra principal sea un revoltijo de anécdotas, narraciones, historias parcialmente verdaderas y relatos judiciales, examinados sin espíritu crítico, de las rapiñas y de la autoexaltación de quienes hicieron las grandes fortunas agrarias, comerciales y ferroviarias en América. Sus instrumentos fueron en gran medida el peculado, el fraude y el robo; sus fortunas eran ganancias ilícitas, y una sociedad que hubiera desheredado a los herederos ha-

bría realizado un acto de justicia histórica. Myers era un clásico de la literatura socialista y, como tal, conocido sólo por un escaso grupo de elegidos; pero en 1934, al publicarse el libro *Barones ladrones* de Josephson (basado casi completamente en Myers),[7] su influencia se difundió ampliamente. Las actitudes que podemos referir a la influencia de Myers y Josephson, o a un conjunto del pensamiento de Beard y Myers, son las siguientes: 1) que las grandes fortunas de América se constituyeron mediante el fraude; 2) que de este modo se saquearon los recursos naturales del país, y 3) que las consecuencias sociales de la propiedad y de la riqueza privada fueron perjudiciales, ya que hicieron surgir las clases y pasar a segundo plano la agricultura, crearon los *slums*, etc.

Estas influencias anticapitalistas no eran leninistas, es decir dialécticas. Un pequeño grupo de historiadores americanos, declaradamente afiliado al partido comunista, o simpatizante del mismo, se puso a escribir, a partir de los años treinta, la historia americana en términos dialécticos.[8] Siguiendo el ejemplo de Lenin, vieron el capitalismo agonizante, y sus estertores finales se revelaban en la amenaza inquietante de una guerra mundial y en la obstinación en una actitud colonialista. Se empleó el clásico modelo leninista de una sociedad capitalista que se vuelve más rígida a causa de la concentración monopolista, de la explotación de la clase trabajadora, del empeoramiento del ciclo económico. El resultado fue que toda la historia americana era una preparación al gran acto final, cuando la revolución destruiría a una sociedad corrompida ya en su interior, y permitiría al proletariado, una vez conseguida la conciencia de clase, conquistar el poder.

Estos ejercicios, curiosos y a menudo divertidos, se escri-

---

[7] Matthew Josephson, *The Robber Barons*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York 1934.

[8] Un interesante ejemplo de este tipo de escritos es *History of the Labour Movement in the United States* de P.S. Foner, International Publishers, Nueva York 1947.

bían en la dura jerga leninista, utilizando una serie de instrumentos de análisis tan ajenos al vocabulario y al modo de pensar americano que fueron pocos los que, fuera del partido comunista, leyeron estas obras. Se puede afirmar que, a diferencia de lo que ocurrió con la literatura creativa, la influencia comunista sobre las obras históricas fue escasa. En pocas palabras, lo que quiero decir es que los prejuicios anticapitalistas de las obras históricas americanas no proceden de fuentes comunistas, es decir dialécticas.

La descripción de los efectos del pensamiento de Beard y de Myers no agota el tema. El anticapitalismo de gran parte de las obras históricas americanas tiene su verdadera base en una discusión política que posee un encanto perenne para los escritores americanos de historia. Simplificando excesivamente las cosas, esta fascinación gira en torno a la lucha entre hamiltonismo y jeffersonismo. A los europeos no debería sorprenderles que los americanos se refieran una y otra vez a este tema; también en su producción histórica hay tradiciones que poseen un encanto inagotable: en Francia es el jacobinismo; en Inglaterra, el protestantismo de izquierda.

El conflicto entre el hamiltonismo y el jeffersonismo no debe examinarse demasiado ingenuamente; es algo más que una disputa sobre la estructura del Estado (gobierno central con poderes amplios o limitados) y algo más que una diversidad de opiniones sobre el problema de la intervención del Estado (todo o nada). Parte del problema consiste en ver a favor de quién y con qué fin se hace la intervención. En casi todos los casos en que aflora el problema, éste se afronta desde el punto de vista puramente político, es decir se apela a cuestiones de carácter moral. Aquí, evidentemente, se distingue entre la política por un lado y la economía por otro.

Se puede decir que en los últimos años los prejuicios anticapitalistas de los historiadores americanos proceden de la aceptación de las ideas jeffersonianas frente a las teorías hamiltonianas. Es éste un fenómeno común; en efecto, hasta hace unos

veinte años el interés por Jefferson era escaso. Surgió de esta relativa oscuridad por un conjunto de motivos, todos ellos relacionados con el interrogante al que los americanos tratan hoy de responder. Jefferson campeón de los derechos naturales (o «derechos del hombre», como hoy se dice), Jefferson portavoz del igualitarismo, Jefferson enemigo de una religión oficial, Jefferson, sobre todo, el hombre que trató de desafiar a los «monopolios»: he ahí el maestro cuyas palabras (y no las obras) hoy se evocan, y puesto que sus adversarios o los enemigos de sus ideas (o de sus implicaciones) eran identificados a menudo con instituciones o con políticas capitalistas, los historiadores que buscan la inspiración en Jefferson o en el jeffersonismo son anticapitalistas. Nótense también las amplias implicaciones del ataque de Jefferson a los «monopolios»; sólo en la amplia difusión de la propiedad (es decir, de la riqueza) podían encontrarse la estabilidad social y el progreso económico.

Hay por lo menos cinco puntos en los estudios históricos de los últimos años en los que Jefferson o sus secuaces son preferidos a quienes tenían ideas opuestas. Examinémoslos brevemente.

1. En una revisión de la historia de la fundación de la república, es decir de los años que siguieron inmediatamente a la revolución americana, los historiadores tratan de demostrar que los intentos para constituir un gobierno central fuerte en el periodo 1787-1789 no tuvieron en cuenta los resultados positivos que habían conseguido los trece estados soberanos para crear condiciones de estabilidad. Actuaban algunas fuerzas que habían superado el caos inicial, y había surgido una federación operante capaz de resolver los problemas urgentes del comercio, los problemas monetarios y los de las relaciones internacionales. Pero el federalismo, es decir, las ideas hamiltonianas ganaron la partida, en parte con la violencia y el engaño, y las consecuencias fueron desastrosas. La creación de una Corte Suprema para anular la voluntad legislativa y la acep-

tación de la idea de poderes implícitos en el gobierno central fueron algunos de los resultados políticos. Y como los federalistas (es decir, los hamiltonianos) se movían para obtener un gobierno central, toda su labor se condenó en bloque. Un sólido sistema monetario, un banco central, la solvencia de la nueva república, el apoyo de las industrias nacientes —el núcleo esencial del programa político-económico de Hamilton—, todo esto tenía que ser rechazado junto con las ideas antidemocráticas y antipluralistas de Hamilton. Es interesante observar que el aspecto económico del hamiltonismo —es decir el curso que los poderes públicos debían seguir en un país nuevo y subdesarrollado, en un mundo bajo la constante amenaza de las grandes potencias, Francia, España y Gran Bretaña— no fue nunca examinado en cuanto tal. Para estos historiadores igualitarios el hamiltonismo era un mal desde el punto de vista político, y por esta razón se formula un juicio moral y no económico de sus extraordinarios éxitos.[9]

2. La misma metodología se sigue al escribir la historia del periodo jacksoniano. Jackson, hombre rico y propietario de esclavos, se convirtió en «igualitarista» jeffersoniano; trató de hablar para el hombre de la calle, desafiando de manera especial al poder del gobierno central. Sus adversarios políticos, los *whigs*, siguiendo una vez más las ideas de Hamilton, esperaban convertir al gobierno central en instrumento para la realización de un programa económico-político que comprendía aranceles protectores, política bancaria centralizada y ayuda pública para las mejoras internas. Jackson lanzó el grito de «monopolio», y triunfó: los *whigs* fueron derrotados junto con su programa. Los políticos, en vez de preocuparse de los problemas económicos que afectarían a la generación siguiente, vieron en el expansionismo una válvula de escape. El proble-

[9] Véase Merril Jensen, *The New Nation: A History of the United States during the Confederation, 1781-1785*, A.A. Knopf, Nueva York 1950; Dumas Malone, *Jefferson and the Rights of Man*, Little, Brown and Co., Boston 1951.

ma de la esclavitud ardía bajo las cenizas y acabó estallando en 1860. Basta decir que los historiadores que ven a Jackson con simpatía eran también anticapitalistas. Que un arancel proteccionista, un sólido sistema monetario y un plan gubernativo de obras públicas hubieran podido acelerar la industrialización, y por lo tanto acabar automáticamente con la esclavitud, era algo que no se tenía en cuenta. Los *whigs* eran antiigualitarios y favorables a un gobierno fuerte; y, por lo tanto, sus ideas tenían que ser rechazadas.[10]

3. La reciente defensa del sistema esclavista como sociedad moral (G.J. Randall adopta abiertamente esta postura y en este punto le siguen casi todos los historiadores americanos contemporáneos que se ocupan de las causas que condujeron a la guerra civil) ha desembocado en una campaña de calumnias contra sus opositores. Los enemigos del Sur formaban un grupo variado: algunos eran abolicionistas, otros eran igualitaristas, otros constituían el grupo de jóvenes industriales en auge que vieron en el renacimiento de las ideas de Hamilton la salvación de la república. Puesto que los defensores del esclavismo defendían también los derechos de los estados (únicos restos que quedaban del jeffersonismo), sus actuales defensores están dispuestos a condenar las concepciones económicas además de la doctrina política de los republicanos radicales. Es extraño que el programa de reconstrucción de los abolicionistas, en pro de la igualdad social y política de los negros, sea rechazado, lo mismo que su programa económico. En el hamiltonismo, en las doctrinas *whigs* y en el republicanismo aparecen los mismos motivos de fondo: intervención del gobierno para asegurar la estabilidad monetaria y el progreso económico; sistema arancelario proteccionista; programa bancario nacional; ayudas oficiales a los ferrocarriles; concesión de tierras a los campesinos; facilidades a la inmigración:

---

[10] Véase A.M. Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, Little, Brown and Co., Boston 1945.

sólo en los detalles los fundadores del partido republicano se diferenciaban de los federalistas y de los *whigs*.[11]

4. Las organizaciones campesinas desafiaron a los nuevos industriales en la generación que siguió a la guerra civil. Los agricultores, cargados de deudas y ante la perspectiva de una caída de los precios (si bien el precio de los productos agrícolas no descendió tanto como los del acero, de los productos petrolíferos y de los tejidos), se opusieron enérgicamente al partido republicano y a su acción. Adoptaron los eslóganes «la tierra del pueblo», «el dinero del pueblo», «los medios de transporte del pueblo». Con el primero pedían la expropiación de los grandes pastos de propiedad extranjera y la confiscación de las tierras no registradas de los ferrocarriles en concesión (la mayor parte de las cuales eran propiedad de extranjeros). Con el segundo propugnaban una política de dinero fácil y el fin de los bancos nacionales. Con el tercero exigían la nacionalización de los ferrocarriles. La causa de los campesinos se convirtió en cruzada moral; se pensaba que eran víctimas de los mismos monopolistas que habían sido objeto de las iras de Jefferson y de Jackson. Y sus defensores actuales (que consideran como una calamidad el declinar de la influencia política de los campesinos) condenan los tratos de la industrialización porque, según ellos, los agricultores americanos fueron sus víctimas. He aquí un nuevo ejemplo de un prejuicio anticapitalista basado no en motivos económicos, sino en razones políticas y morales.[12]

5. Franklin D. Roosevelt ocupó el puesto de Jefferson y de Jackson como igualitarista y defensor de los derechos del hom-

---

[11] Véase J.G. Randall, *The Civil War and Reconstruction*, D.C. Heath and Co., Boston 1937; *Lincoln the President*, 2 vols., Dodd, Mead and Co., Nueva York 1945; *Lincoln the Liberal Statesman*, Dodd, Mead and Co., Nueva York 1947; A.O. Craven, *The Repressible Conflict*, Louisiana State University Press, 1939; *The Coming of the Civil War*, C. Scribner's Sons, Nueva York 1942.

[12] J.C. Ransom y otros, *I'll Take My Stand: The South and the Agrarian Tradition. By Twelve Southerners*, Harper and Bros., Nueva York 1930; *Who Owns America?*, ed. H. Agar y A. Tate, Houghton Mifflin Co., Nueva York 1936.

bre. Es decir se identificó social y moralmente, pero no políticamente, con el jeffersonismo. En efecto, Roosevelt invocó la intervención estatal en gran escala para conseguir sus fines: el «gran Estado», que Jefferson y Jackson habían temido y combatido, fue creación suya. Pero, como hablaba un lenguaje a lo Jefferson, sus defensores se han lanzado contra las concepciones económicas de las fuerzas antirooseveltianas. El capitalismo es estacionario y está dominado por los monopolistas; sin la intervención estatal no puede superarse el ciclo económico, las injusticias sociales no pueden aliviarse ni pueden aumentar los salarios reales. Una vez más, el anticapitalismo de los artífices del *New Deal* es político y moral, pues realmente ningún proceso serio se ha instruido contra el capitalismo en cuanto tal.[13]

No quisiera que se me interpretara mal. No quiero condenar el hecho de que los historiadores americanos den importancia a ideas morales y políticas. Lo que me preocupa es la facilidad con que se acepta la tesis de que sólo un interés igualitarista (que en América hay que identificar, poco más o menos, con el jeffersonismo-jacksonismo-populismo) puede fundar una grandiosa política pública para alcanzar el bienestar. La causa del conservadurismo en América no se ha presentado a menudo en términos morales; de hecho su voz es muy débil. Burke, Coleridge, Tocqueville y Acton no tienen en América seguidores o personas que puedan compararárseles, y es realmente grave que la causa del capitalismo no tenga defensores importantes. Adam Smith consiguió demostrar la identidad entre libre iniciativa y progreso, y lo mismo, es interesante observar, hizo Hamilton, que había leído atentamente las obras de Smith y había aceptado sus principios liberales además de sus concepciones económicas.

La causa del capitalismo americano, considerado como fenómeno histórico, si se presentara correctamente, contendría

[13] Véase J.N. Frank, *Save America First*, Harper and Bros., Nueva York 1938.

muchas enseñanzas importantes para el mundo de hoy. No debemos olvidar que sus problemas iniciales fueron los de un país nuevo y subdesarrollado y que sus esfuerzos para crear la estabilidad y los fundamentos de un ordenado progreso económico en el interior estaban relacionados con la necesidad suprema de afirmar la solvencia de la nación. En semejante historia del capitalismo americano las luchas sobre los problemas de los bancos centrales, de los aranceles, de la ayuda estatal para las mejoras internas y de una política agrícola libre desempeñan un papel importante. Es ésta la esfera de los poderes públicos; ¿cuál es la de la empresa privada? La voluntad y la capacidad de asumir riesgos para conseguir la creación de capital (con las quiebras, además de los éxitos registrados) constituye el núcleo del problema. Entre paréntesis, hay que destacar que el número de fracasos comerciales en las primeras industrias telegráficas, de canales, ferroviarias, mineras y automovilísticas en América fue enorme. Una sana política monetaria y crediticia, como función pública, y la asunción de riesgos como función privada, tal es en síntesis la historia del capitalismo. Sólo cuando se ha puesto firmemente una base semejante, se puede construir el edificio del éxito. Y aquí me refiero a la extraordinaria elevación de los salarios reales (sin intervención del Estado) en los países industriales a partir de la segunda mitad del siglo XIX y a todos aquellos beneficios auxiliares en materia de sanidad e instrucción pública que sólo pueden derivarse del aumento de la renta nacional.

Podemos hacer dos observaciones marginales. Si Engels y Marx hubieran esperado a escribir un decenio más —cuando los signos del progreso económico y el impresionante aumento de los salarios eran evidentes por doquier— ¿podríamos afirmar que se habrían escrito *Las condiciones de la clase obrera en Inglaterra en 1844* y el *Manifiesto Comunista*?

Mi segunda observación se refiere al concepto de beneficio. El capitalismo ha sido llamado el sistema del beneficio y Marx

le hizo sinónimo de explotación. Yo afirmo que los historiadores económicos han sido en parte responsables de la persistencia de esta calumnia. Han registrado los beneficios de las empresas que triunfaban sin preocuparse de contraponer a los mismos las pérdidas debidas a los fracasos. Han pecado de omisión al no examinar la errónea contabilidad de las primeras empresas industriales que, cuando se trataba de empresas individuales, tendían a minusvalorar el valor real, y en el caso de las sociedades anónimas no tenían debidamente en cuenta la depreciación y el agotamiento. Un divertido ejemplo de subcapitalización fue el caso de la Carnegie Steel Company, que fue valorada en 1892 en 25 millones de dólares y en 1900 en 320 millones. Es claro que basar los beneficios de la producción del acero en los valores contables registrados para los años en torno a 1870 y a 1880 es pura estupidez. Carnegie mantuvo intencionadamente bajos los valores de capitalización para mantener una posición ventajosa sobre sus socios activos. En 1900, cuando Carnegie estaba a punto de retirarse del mundo del acero —y una vez liberado del importuno H.C. Frick—, permitió que se hiciera una valoración exacta del activo de la sociedad.

De ahí que cuando los historiadores aprendan a analizar con mayor perspicacia sus fuentes y a hacer correcciones en el sentido explicado, las concepciones de la gente sobre los beneficios como explotación serán sometidas a una drástica revisión.

CAPÍTULO IV

LOS INTELECTUALES EUROPEOS Y EL CAPITALISMO

B. DE JOUVENEL

Observamos con grave preocupación la actitud de los intelectuales occidentales respecto a la sociedad en que viven. El hombre posee imágenes mentales, representaciones a escala progresiva del Universo, de los objetos y de las fuerzas presentes en él, de sí mismo y de su relación con estos objetos y estas fuerzas. Estas imágenes se pueden comparar, poco más o menos, a los antiguos mapas adornados con pequeñas figuras. Obrar racionalmente significa, en cierto sentido, orientarse con la ayuda de los mapas, aun cuando sean inexactos, de que cada uno puede disponer. La amplitud, la riqueza de detalles y la precisión de estos mapas o representaciones dependen enteramente de la comunicación entre los individuos. La educación consiste en la transmisión de cierto número de estas imágenes y en el fomento de la natural facultad de producirlas. En cualquier grupo social elegido al azar se puede observar que no todos los miembros son igualmente activos en la comunicación; en toda sociedad organizada conocida, una parte de los miembros está especializada en el tratamiento de la misma. Su importancia para la sociedad es inmensa: la acción «racional», individual o colectiva, ha de realizarse sobre la base «conocida» de las imágenes de la realidad que han sido difundidas. Estas imágenes pueden ser engañosas, y entonces la acción «racional» que se basa en «mapas» mal trazados es absurda a la luz de un conocimiento mejor y puede resultar perjudicial; el estudio de las sociedades primitivas nos proporciona numerosos ejemplos.

Desde el punto de vista subjetivo, es racional combatir contra los molinos de viento, si se está plenamente convencido de que son gigantes malvados que tienen prisioneras a encantadoras princesas. Pero es más exacto considerarlos como aparatos, no muy eficaces, para aprovechar —con el fin de moler cereales— una forma de energía que aparece de manera muy irregular. Puede suceder que no tengamos simpatía por el molinero, que puede ser una mala persona; pero es pura fantasía poética, en el mejor de los casos, ver en él a un personaje que causa perjuicios a los campos desplegando sus malvadas alas. No faltan entre los intelectuales occidentales alucinaciones de este tipo, derivadas del injerto de un fuerte sentimiento sobre un débil tronco de conocimiento positivo.

El conocimiento positivo es un modo de entender las cosas que nos rodean que nos permite seguir el mejor camino hacia nuestra meta. Así, una cierta comprensión de las fuerzas que operan en el ambiente en que nos movemos nos ha permitido dirigirlas hacia nuestros fines y es un hecho demostrado por la experiencia que se puede cambiar la disposición de los hombres (es decir, de la sociedad), lo mismo que la disposición de las cosas (es decir, de la naturaleza). Como en el ejemplo anterior, ello exige conocimiento: al ignorante los mecanismos sociales le parecen inútilmente complicados, lo mismo que le parece enormemente complicada una máquina. En realidad, como sabemos, toda estructura orgánica es mucho más compleja que una estructura inorgánica, pero los hombres son mucho más reacios a admitir su propia ignorancia en cuestiones sociales que cuando se trata de fenómenos físicos: *de re mea agitur*. Añádase que en el campo de la sociedad humana el criterio de juicio es doble.

Los hombres expresan juicios de valor, algunos de los cuales son éticos y se refieren al *bonum honestum*; estos juicios no se refieren nunca a fuerzas o entidades que se sepa carecen de inteligencia. Un niño o un salvaje llevados a ver un horno siderúrgico pueden asustarse del ruido y llamarlo «malo».

Pero abandonarán esta idea apenas comprendan que el horno no tiene alma. Nadie que tenga en la materia conocimientos fundados pensará que el horno es malo sólo porque es intensamente rojo, emite a veces torrentes de lava incandescente y se nutre de chatarra y carbón, que es negro. Se trata sencillamente de un ingenio, bueno en cuanto instrumento, ya que permite producir instrumentos y máquinas que sirven a los fines del hombre. Ninguna persona razonable echará la culpa al horno por la maldad de ciertos fines para los que las máquinas son usadas por los hombres (como una guerra de agresión), y todos comprenden que la máquina es un buen servidor y que sólo los hombres son responsables del mal uso que de ellas se hace; al escolar que se obstine en una concepción animista el maestro le demostrará que se trata de una superstición, y, sin embargo, el mismo maestro considera acaso el «capitalismo» de la misma manera que el alumno supersticioso e ignorante considera el horno, y ve en él el monstruo malvado autor de daños y perjuicios y no instrumento, útil lo mismo que el horno, para la producción de bienes instrumentales.

Es indiscutible que las consideraciones morales tienen su importancia cuando se valoran los aparatos sociales, al contrario de lo que ocurre respecto de los ingenios mecánicos. Todo sucede porque en los aparatos sociales intervienen factores morales, por lo que dichos aparatos se prestan a un doble criterio de valoración: la eficiencia y la moralidad. Una discusión general sobre la compatibilidad de estos criterios nos llevaría al campo de la metafísica, pero nosotros trataremos de permanecer en un plano menos elevado. Puesto que el atributo de bueno y de malo (desde un punto de vista moral) se refiere sólo a las conciencias, un instrumento puede ser malo sólo indirectamente. Es claramente digno de ser condenado el instrumento que hace peores a los hombres; tal es el criterio en que se basó Platón para definir como «mala» la política de Pericles. Algunos de los más grandes pensadores de la

humanidad han sostenido que el hombre se hace peor desarrollando sus necesidades y se hace mejor reprimiéndolas; los estoicos subrayaron que nos hacemos esclavos de nuestros deseos, los cínicos añadieron que toda renuncia a un deseo representa la conquista de un grado de libertad, los primeros Padres de la Iglesia enseñaron que el interés por los bienes materiales nos pone bajo el dominio del «príncipe de este mundo», y, en una época más cercana a nosotros, Rousseau reelaboró este tema con fascinadora elocuencia. Si se adopta este punto de vista, son realmente «malos» aquellos instrumentos que tratan, de cualquier manera, de ampliar la esfera de nuestras necesidades, satisfaciéndolas una tras otra, haciendo entrever la esperanza de poder satisfacer cualquier nueva necesidad. Según este criterio, aquel instrumento social que es el capitalismo es «malo», pero, por la misma razón, lo son también los aparatos mecánicos de la industria. Sin embargo, esta opinión no la admiten los contemporáneos, los cuales más bien desean ardientemente que sus necesidades puedan ser satisfechas cada vez mejor. Por esta razón, parece que las invectivas contra el «dinero» carecen de sentido: si los hombres desean «bienes», no pueden menos de desear el dinero, que es el denominador común de estos bienes, la puerta que da entrada a los mismos, y el «poder del dinero» no es otra cosa que la materialización del poder de estos bienes sobre los deseos humanos.

Señalar a los hombres la limitación de algunos objetos de sus deseos es tarea de los maestros espirituales y morales. La prohibición de la autoridad temporal de adquirir estos bienes empuja a cometer violaciones de la ley y a crear un conjunto de intereses criminales. Estos son ejemplos claros del efecto perjudicial que los instrumentos sociales pueden tener sobre el carácter del hombre. El mundo civilizado se ha asombrado de la existencia de una sociedad criminal poderosamente organizada tras la fachada de la vida americana; su rápido desarrollo se debió a la prohibición de los juegos de azar. Estos

fenómenos nos advierten que se puede obtener un resultado contrario a las intenciones cuando se emplean instrumentos sociales para elevar el nivel moral del comportamiento humano. Es además bien sabido que todo intento de modificar las acciones humanas con medios distintos de una educación del espíritu del hombre suele ser vano y, en todo caso, no constituye un progreso moral.

El capitalismo como instrumento social ofrece un cuadro poco grato al intelectual. ¿Por qué? Para usar su vocabulario, porque nos hallamos en presencia de egoístas en busca de exaltación personal. ¿De qué manera ocurre esto? Proporcionando a los consumidores lo que éstos desean o pueden ser inducidos a desear. Sorprende el hecho de que el mismo intelectual no se escandalice ante el funcionamiento de la democracia hedonista: también aquí hombres que piensan sólo en sí mismos realizan su propia exaltación mediante la promesa a otros hombres de cuanto estos quieren o pueden ser inducidos a pedir. La diferencia parece consistir principalmente en que el capitalista cumple las promesas y, en todo el mundo occidental, el cumplimiento de las promesas políticas parece depender de los éxitos del capitalismo. Otro aspecto del capitalismo que le hace desagradable a los intelectuales es la «degradación de los trabajadores a la condición de puros instrumentos». En palabras de Kant, es siempre inmoral tratar a los hombres como medios y no como fines. Pero la experiencia nos enseña que éste no es un comportamiento insólito ni característico del capitalismo. Rousseau opina que esta conducta se halla implícita en una sociedad civilizada en que se multiplican los contactos ocasionales, basados en la utilidad más bien que en el afecto, y que dicha conducta se va extendiendo cada vez más a medida que los contactos aumentan y los intereses se interfieren. El punto de vista de Marx es menos filosófico y se apoya más en la historia. Cuando el capitalista apareció, dice, encontró al alcance de la mano una población que había sido tratada como instrumento por anteriores explotadores,

antes de que se adueñara de ella el burgués emprendedor, y la existencia de un proletariado que podía ser tratado de esta manera tenía su origen en la expropiación de los campesinos. He aquí el motivo que impulsó a los trabajadores, privados de sus instrumentos de producción, a trabajar para otros que disponían de ellos. Si esta teoría (que se inspira claramente en el cercado de las tierras) fuese cierta, el capitalismo habría encontrado sus mayores dificultades para imponer «salarios de esclavos» en los países en que era más fácil adquirir tierras, es decir, en los Estados Unidos.

No hay que excluir que la representación mental del capitalismo haya reflejado una dicotomía que los economistas clásicos consideraban necesaria en el plano lógico: la distinción entre consumidor y trabajador. El empresario era representado como sirviendo al consumidor y sirviéndose del trabajador. Semejante distinción puede hacerse también en el caso de Robinson Crusoe: se pueden representar sus recursos físicos («el trabajador») en el acto de ser explotados para satisfacer sus necesidades («el consumidor»). Esta materialización de los dos aspectos del público podía sostenerse intelectualmente al comienzo de lo que llamamos época capitalista. En efecto, hasta entonces el público consumidor formado por los industriales se distinguía netamente del público trabajador formado por los artesanos, dedicados principalmente a la producción de bienes de lujo para uso de los ricos, los cuales vivían de ingresos no ganados procedentes de los productos del campo. Pero precisamente en la época capitalista los asalariados productores de bienes industriales y los compradores de tales bienes en el mercado se fueron identificando cada vez más. Podría hacerse una extraordinaria ilustración de la evolución social averiguando qué parte de los bienes de consumo producidos industrialmente fue a parar a los asalariados ocupados en su producción. Esta parte ha ido en constante aumento con el capitalismo, de suerte que la distinción se ha convertido cada vez más en un concepto teórico. Es innecesario

observar que esta distinción es intelectualmente útil en toda la economía en la que prevalece la división del trabajo. También el trabajador soviético es empleado para servir al consumidor soviético; la diferencia consiste en que es empleado más despiadadamente como trabajador y se le da menos como consumidor.

Gran parte de los intelectuales occidentales contemporáneos se construyen y difunden una imagen deformada de nuestras instituciones económicas. Se trata de un hecho peligroso, pues tiende a apartar de tareas realizables y constructivas un sano estímulo a la reforma orientándolo hacia tareas irrealizables y destructivas. La parte que el historiador ha tenido en la deformación de la imagen ha sido ya examinada, especialmente en lo que concierne a la interpretación de la «revolución industrial». No tengo mucho que añadir. Los historiadores, al describir las miserables condiciones sociales cuyas pruebas han encontrado ampliamente han cumplido con lo que evidentemente era su deber; pero han sido sumamente incautos en la interpretación de los hechos. En primer lugar, han dado, al parecer, por demostrado que el repentino aumento de la conciencia social y de la indignación ante la miseria fuera un indicio seguro de un aumento de la indigencia; no parece que hayan pensado mucho en la posibilidad de que este aumento de conciencia dependiera también de los nuevos medios de expresión (debido, en parte, a la concentración de los trabajadores, y, en parte, a una mayor libertad de palabra), de una creciente sensibilidad filantrópica (como lo demuestra la lucha por la reforma de las leyes penales) y de una nueva conciencia del poder del hombre para combatir las cosas, causada por la propia revolución industrial. En segundo lugar, no parece que distinguieran suficientemente entre los sufrimientos que acompañan a toda gran migración (y hubo una emigración hacia la ciudad) y los producidos por el sistema de fábrica. Finalmente, no parece que hayan atribuido suficiente importancia a la revolución demográfica. Si hubie-

ran empleado el método comparativo, tal vez habrían descubierto que una fuerte afluencia hacia las ciudades, con sus secuelas de pobreza y miseria, se produjo también en países no afectados por la revolución industrial, donde aparecieron miles de mendigos en lugar de trabajadores mal pagados. En igualdad de presión demográfica, ¿habrían sido mejores las condiciones sin el desarrollo capitalista? La respuesta está implícita en las condiciones de los países superpoblados y subdesarrollados.[1] Pero los errores metodológicos de este tipo son insuficientes frente a los errores de fondo.

La gran mejora en las condiciones de los trabajadores, obtenida a lo largo de los últimos cien años, la atribuyen muchos a la presión sindical y a buenas leyes que han corregido un mal sistema. Por otra parte, podemos preguntar si esta mejora se habría verificado sin los éxitos de este mal sistema, y si la acción política no se limitó a hacer caer del árbol el fruto que aquél había hecho madurar. La búsqueda de la causa verdadera tiene su importancia, ya que una errónea atribución del mérito puede conducir a la convicción de que el fruto se produce sacudiendo el árbol.

Finalmente, podemos preguntarnos si los tiempos duros, que con tanto rencor se recuerdan y de los que se hace culpable al capitalismo, fueron una característica específica del

[1] ¿No se ve acaso que estos países tienen una desesperada necesidad de capital para emplear el exceso de mano de obra procedente del campo? Nótese que esta mano de obra puede ser empleada en condiciones que nos parecen humanas sólo si su producto sirve a mercados extranjeros más ricos. Pero, mientras la producción se dirige al mercado interior, el horario tiene que ser largo y el salario bajo para que el producto esté al alcance de la población pobre. Mejor dicho, las primeras fábricas, que buscan sus clientes en un amplio estrato de la población local, no pueden menos de dar trabajo a sus obreros en condiciones mucho peores que las que ellos podían obtener con anterioridad cuando eran artesanos y producían sólo para un mercado restringido de ricos terratenientes. De ahí que a la revolución industrial le haya acompañado lógicamente al principio una caída de los salarios reales, si se compara —aunque la comparación no sea del todo fundada— la remuneración anterior del artesano con la remuneración actual del obrero.

desarrollo capitalista, o son más bien un aspecto del rápido desarrollo industrial (sin ayudas exteriores) que se encuentra en cualquier sistema social. ¿Acaso la Magnitogorsk de los años 1930 aventaja tanto a la Manchester de 1830?

Es extraño que el historiador no logre «perdonar» los horrores de un proceso que ha tenido una parte evidente en lo que él llama «progreso», cabalmente en una época enferma de «historicismo», cuando se encuentran comúnmente excusas para explicar los horrores que se verifican hoy justificándolos con la afirmación de que conducirán a algo bueno, afirmación que por ahora no se puede demostrar. Indiscutiblemente, la indignación estaría más justificada si se dirigiera contra lo que hoy ocurre, contra acontecimientos sobre los que podemos esperar tener cierta influencia, más bien que contra lo que ya no se puede remediar. Y, sin embargo, vienen con facilidad a la mente ejemplos de escritores que han cargado el acento sobre las privaciones de la clase trabajadora británica en el siglo XIX, mientras nada tienen que decir sobre el forzoso encuadramiento de los campesinos rusos en los koljoz. Aquí el prejuicio es descarado.

¿Existen razones específicas que expliquen el prejuicio del historiador? Creo que no. La actitud del historiador presentaría un problema especial sólo si se pudiera demostrar que él fue el primero que puso de relieve los males del capitalismo, que los demás intelectuales no habían percibido anteriormente, induciéndoles de este modo a cambiar su punto de vista. Pero en realidad no ocurrió así. Concepciones negativas del capitalismo, sistemas enteros de pensamiento contrarios a él, prevalecían en amplios sectores del mundo intelectual antes de que los historiadores expusieran las injusticias pasadas del capitalismo, o antes incluso de que prestaran atención a la historia social. El mayor éxito de Marx es probablemente el haber dado origen a este estudio, que nació y creció en un clima anticapitalista. El historiador no busca hechos sin un fin; su atención se fija en ciertas cuestiones bajo la influencia de

sus problemas o de otros problemas corrientes relacionados con su época, y éstos le inducen a buscar ciertos datos que tal vez han sido descartados por anteriores generaciones de historiadores en cuanto considerados de escasa importancia; él los examina empleando esquemas mentales y juicios de valor que comparte al menos con algunos de los pensadores contemporáneos suyos. El estudio del pasado lleva así siempre la impronta de las opiniones del presente. La ciencia histórica cambia con el tiempo y está sujeta al proceso histórico. Ninguna filosofía de la historia es posible si no es aplicando la filosofía a la historia. Resumiendo, la actitud del historiador refleja una actitud difundida entre los intelectuales en general. De ahí que sea a la actitud de los intelectuales a la que debamos dirigir nuestra atención.

La sociología y la historia social son disciplinas que hoy están muy en auge y debemos buscar en ellas una ayuda. Sus cultores, por desgracia, han dedicado poca o ninguna atención a los problemas referentes al intelectual. ¿Cuál es, y cuál ha sido, su puesto en la sociedad? ¿A qué tensiones da lugar? ¿Cuáles son los rasgos característicos de la actividad intelectual, y qué complejos tiende ésta a crear? ¿Cómo han evolucionado las actitudes del intelectual hacia la sociedad, y cuáles son los factores de esta evolución? Todos estos y otros muchos problemas deberían atraer a los estudiosos de ciencias sociales; su importancia ha sido señalada por los mayores pensadores (como Pareto, Sorel, Michels, Schumpeter y, primero entre todos, J.J. Rousseau), pero la «infantería de la ciencia», por decirlo así, no los ha seguido, y ha dejado sin explorar este vasto y fructífero campo de estudio. Por ello debemos contentarnos con los escasos datos que poseemos y rogamos se nos disculpe la inexperiencia y la confusión en nuestro intento de investigación, realizada sin los medios adecuados.

La historia de los intelectuales occidentales a lo largo de los diez últimos siglos se puede dividir fácilmente en tres partes.

En el primer periodo, la *intelligentsia* fue levítica: los únicos intelectuales fueron los llamados y ordenados al servicio de Dios; ellos eran guardianes e intérpretes del verbo divino. En el segundo periodo asistimos a la aparición de la intelectualidad laica, siendo sus primeros representantes los consejeros reales; el desarrollo de la profesión legal proporcionó durante mucho tiempo el mayor número de intelectuales laicos; otra fuente fue la de los juglares de corte, que poco a poco fueron ampliando sus intereses, pero fue una fuente numéricamente muy poco importante. Esta intelectualidad laica aumentó lentamente en número, pero rápidamente en influencia, y condujo una agresiva batalla contra los intelectuales eclesiásticos, que fueron poco a poco sustituidos en las funciones principales de la clase intelectual. En un tercer periodo, que coincide con la revolución industrial, nos hallamos ante una extraordinaria proliferación de los intelectuales laicos, favorecida por la generalización de la educación laica y por el hecho de que la prensa (y más tarde la radio) se convirtió en una gran industria (efecto también de la revolución industrial). Esta «intelectualidad» laica es desde este momento con mucho la más influyente y constituye el objeto de nuestro estudio.

Los intelectuales occidentales, en grandísima mayoría, muestran y proclaman su hostilidad hacia las instituciones que denominan globalmente capitalismo. Cuando se les pregunta sobre los motivos de esa hostilidad, dan razones afectivas, como el interés por el «trabajador», la antipatía hacia «el capitalista», y razones morales como «la crueldad y la injusticia del sistema». Esta actitud revela una singular semejanza superficial con la actitud de la intelectualidad clerical de la Edad Media (y un estridente contraste, según veremos, con la de la intelectualidad laica hasta el siglo XVIII). El centro de la atención y de la actividad de la Iglesia medieval lo constituían los desgraciados; ella era la protectora de los pobres y se ocupaba de todas las funciones que ahora han pasado al «Estado providencia»: alimentar a los indigentes, curar a los enfermos,

educar al pueblo. Todos estos servicios eran gratuitos, sostenidos por la riqueza que la Iglesia sacaba de las tasas eclesiásticas y de las cuantiosas donaciones, enérgicamente solicitadas. La iglesia no sólo ponía siempre la condición de los pobres ante los ojos de los ricos, sino que reprendía continuamente a éstos, actitud que no debe considerarse como un mero intento de ablandar el corazón de los ricos por su bien moral y en beneficio material de los pobres. No sólo se exhortaba a los ricos a que dieran, sino también a que se abstuvieran de perseguir la riqueza. Consecuencia, perfectamente lógica, del ideal de la *imitación de Cristo*. El afán de bienes terrenales no estrictamente necesarios se consideraba decididamente como «malo»: «Teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos. Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia» (I Tim. 6, 8-10). Es claro que una fe que ponía a los hombres en guardia contra los bienes terrenos («No améis al mundo ni lo que hay en el mundo», 1.ª carta de San Juan, 2, 15) no podía menos de considerar a los más entusiastas y afortunados buscadores de tales bienes como una vanguardia que arrastraba a sus propios seguidores a la destrucción espiritual. Los modernos, por otra parte, tienen una visión mucho más positiva de los bienes de este mundo: el aumento de la riqueza les parece una cosa excelente, y la misma lógica les debería llevar a considerar a aquellos mismos hombres como una vanguardia que conduce a quienes la siguen a aumentar las riquezas materiales.

En la situación material de la Edad Media esta concepción habría sido poco realista. Mientras la riqueza procedía de la tierra, en la cual no se realizaban mejoras, y mientras los ricos no efectuaban inversiones productivas, en nada podía beneficiarse la multitud de la existencia de los ricos, si bien esta existencia hizo surgir las industrias artesanas a partir de las

cuales se desarrollaron, mucho después, las industrias que producían para las masas; además, su existencia sirvió al desarrollo de la cultura. Es tal vez digno de notarse que el uso moderno del beneficio, la expansión derivada de las ganancias retenidas, surgió y se erigió en sistema en los monasterios; los santos varones que los gobernaban no vieron nada malo en extender sus propiedades y en cultivar nuevas tierras, en construir edificios mejores, en emplear cada vez un número mayor de personas. Ellos fueron el primer ejemplo del tipo de capitalista ascético y no consumidor. Berdiaef ha observado con razón que el ascetismo cristiano tuvo una parte fundamental en el desarrollo del capitalismo; es una de las condiciones para que haya reinversión.

Me complace observar que los intelectuales modernos consideran favorablemente la acumulación de riqueza por parte de organismos que llevan el sello del Estado (empresas nacionalizadas), que no dejan de tener cierta semejanza con las empresas monásticas. Sin embargo, no reconocen el mismo fenómeno cuando falta el sello estatal.

El intelectual se considera un aliado natural del trabajador. Esta alianza se concibe, por lo menos en Europa, como una alianza de armas. En la mente del intelectual está arraigada la imagen del hombre de pelo largo y del hombre de mono azul, en pie en las barricadas, uno junto al otro. Parece que esta imagen tiene su origen en la revolución francesa de 1830, y que encontró el fervor general en la de 1848. La imagen se proyectó entonces hacia atrás en la historia. Se dio por demostrada la alianza permanente entre la minoría de los pensadores y la masa de los trabajadores, y la poesía romántica expresó y difundió esta concepción. Pero el historiador no encuentra vestigio alguno de esta alianza en el caso de la intelectualidad laica. Sin duda el clero estaba entregado a curar y confortar a los pobres y a los infelices; más aún, sus filas se nutrían continuamente con personas procedentes de las clases más bajas; de ahí que la intelectualidad eclesiástica fuera el camino por

el que los pobres de talento podían llegar a dominar a príncipes y reyes. Pero la intelectualidad laica, alejándose en su desarrollo de su origen clerical, parece que se desentendió de las preocupaciones de la Iglesia. Las muestras de su interés por lo que en el siglo XIX se llamó la «cuestión social» son, hasta este siglo, muy escasas. Existe, en cambio, una amplia documentación de la lucha de los intelectuales laicos contra las instituciones de beneficencia de la época administrada por la Iglesia. En la Edad Media la Iglesia había amasado una inmensa riqueza con las donaciones de los fieles y las fundaciones para fines benéficos. Desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII estas riquezas fueron restituidas a la propiedad privada mediante extensas confiscaciones y en este movimiento los intelectuales desempeñaron una función de primer plano. Puesto que estaban al servicio del poder temporal, empezaron a observar que los bienes eclesiásticos eran los que soportaban menos impuestos, y poco a poco llegaron a pensar que la propiedad sería más productiva en manos de los particulares, y, por consiguiente, que la empresa privada era la que mejor servía a las cajas del tesoro del príncipe; finalmente, resultó evidente que el príncipe perdía sus rentas y el súbdito sus oportunidades a causa de la acumulación de riquezas en manos perpetuas (véase el informe de D'Aguesseau sobre las fundaciones perpetuas).[2]

Los intelectuales laicos tenían en poca consideración las necesidades sociales a que hacían frente las instituciones que ellos trataban de destruir: se tenía que haber hecho una redada de mendigos y mandarlos a los trabajos forzados; he ahí el

[2] Este informe, que forma el preámbulo del Edicto Real Francés de agosto de 1749, fija el principio de que la acumulación de propiedades territoriales en manos de colectividades que no ceden nunca sus bienes hace difícil la disponibilidad del capital para el individuo, el cual debería poder obtener y controlar un «fondo de riqueza» en el que emplear su energía. Los lectores de este y de otros documentos oficiales están tal vez de acuerdo en considerar «las ideas de la Revolución francesa iguales a las que inspiraron a los ministros de Luis XV».

gran remedio, en abierto contraste con la actitud medieval. Es oportuno comparar la actitud de los intelectuales laicos y la de los más violentos opositores de los servicios sociales en nuestros días, sólo que aquéllos fueron mucho más lejos, adoptando una actitud que acaso reaparezca en nuestra época, dentro de algunas generaciones, en caso de que los servicios sociales absorban gran parte de la riqueza nacional de una economía pobre.

En abierta contradicción con los monjes, que tenían que vivir en pobreza junto con los trabajadores, los intelectuales laicos fueron al principio compañeros y servidores de los poderosos. Se les puede llamar amigos del hombre común en el sentido de que combatieron las distinciones debidas al nacimiento y vieron con favor la subida de los plebeyos, especialmente de los comerciantes.[3] Existía un natural vínculo de simpatía entre el comerciante y el funcionario, ya que la importancia de ambos iba en aumento, pero ambos eran tratados aún como socialmente inferiores. Existía una semejanza natural en el sentido de que ambos eran calculadores, sopesadores «racionales». Existía, en fin, una natural alianza entre los intereses de los príncipes y los de los comerciantes. La fuerza del príncipe dependía de la riqueza del país, y ésta dependía de la iniciativa individual; estas relaciones las percibieron y expresaron, ya a comienzos del siglo XIV, los consejeros laicos de Felipe el Hermoso de Francia. Los letrados al servicio de los príncipes tendían a liberar la propiedad de las trabas medievales para estimular una economía en expansión, en beneficio de las finanzas públicas. Todos estos términos son aquí anacrónicos, pero no expresan mal la política de entonces.

La hostilidad hacia quien se enriquece, hacia el «homme d'argent», es una actitud reciente de la intelectualidad laica. Cualquier historia de la literatura europea no puede menos

---

[3] El comerciante, naturalmente, era también un promotor de actividad industrial, ya que encargaba al artesano los bienes que ofrecía en venta.

de citar los nombres de numerosos personajes, hábiles para hacer dinero, que protegieron a intelectuales y, a lo que parece, se ganaron el afecto y el respeto de sus protegidos; así, la valentía que demostraron los hombres de letras que defendieron a Fouquet (cuando este financiero y ministro de Hacienda de Luis XIV fue hecho prisionero) demuestra los profundos sentimientos que había inspirado. Los nombres de Helvetius y de Holbach deben aparecer necesariamente en cualquier historia del pensamiento antes de la Revolución francesa; estos dos «hommes d'argent» eran muy admirados en su ambiente, mientras que el personaje más popular entre los intelectuales franceses en tiempos de la Revolución era el banquero Necker; en la revolución de 1830 otro banquero, Lafitte, es el personaje de primer plano. Pero a partir de entonces los caminos se separan: en adelante los intelectuales no aceptan ya la amistad de los capitalistas, los cuales, a su vez, dejan de ser posibles figuras inspiradoras como había sido Necker.[4]

Es bastante extraño que la pérdida de popularidad de quien se enriquece coincida con un aumento de su utilidad social. Los ricos a quienes tanto habían admirado los intelectuales franceses de los siglos XVII y XVIII eran en gran parte concesionarios de impuestos (publicanos). El fundamento económico de la concesión es sencillo: las sociedades concesionarias alquilaban el privilegio de exigir un determinado impuesto pagando cierta cantidad de dinero al fisco, y se preocupaban de que mucho más del montante oficial fuera a llenar sus arcas; la diferencia constituía su beneficio bruto; restando de éste el coste de la exacción, se obtenía un pingüe beneficio. Esta manera de proceder merece ciertamente el nombre de «explotación» mucho más que cualquier forma moderna de obtener beneficio. Por lo demás, estos beneficios sólo en raras ocasiones se empleaban en inversiones productivas para el país; los

[4] Uno de los últimos ejemplos es, naturalmente, el de Engels.

concesionarios de impuestos eran famosos por la pompa de sus consumos. Como su privilegio era lucrativo, se ganaban a las personas influyentes de la corte ayudándolas, «en caso de dificultad», con gran generosidad. De esta manera, el concesionario de impuestos reunía en sí todos los caracteres que suelen atribuirse al «mal capitalista», sin ninguna de las cualidades que rescatan a este último; no producía nada, sus beneficios eran proporcionales al rigor de sus agentes, y mantenía su privilegio con la corrupción. ¡Es realmente paradójico que este tipo de hombre que se enriquece fuera admirado por el intelectual de su tiempo, y que cayera en la impopularidad cuando su forma principal de hacer dinero fue la producción de bienes para uso popular!

Hasta finales del siglo XVIII la intelectualidad laica no fue numerosa; de ahí que su nivel intelectual medio fuera alto. Por lo demás, sus miembros se formaban en colegios eclesiásticos, donde recibían una sólida preparación en la lógica, preparación que la «instrucción científica» de nuestros días parece incapaz de sustituir. Por ello su mente se sentía inclinada a la coherencia; es sorprendente lo común que en sus obras, si las comparamos con las de nuestros contemporáneos, era el mérito de la coherencia del razonamiento. Para mentes así formadas, tan pronto y en la medida en que se separaban las preocupaciones de este mundo de las verdades espirituales, el criterio para definir un bien terreno era necesariamente lo que nosotros llamamos eficacia. Si, siguiendo el ejemplo de Descartes, aislamos lo que sucede en el espacio y lo percibimos directamente, podemos afirmar con razón que un movimiento es mayor o menor que otro, y legítimamente definir mayor o menor la «fuerza» que lo causa. Si los acontecimientos sociales se consideran como movimientos, algunos de los cuales deseables, entonces es un «bien» que estos sean producidos, y las fuerzas que tienden a producirlos son «buenas», y los medios que tienden a hacerlas surgir y a aplicarlas al fin son mejores o peores en proporción a su eficacia. Muchos in-

telectuales europeos piensan ingenuamente que la «eficiencia» es un fetiche americano reciente. Pero no es cierto. En cualquier cosa que se considera *instrumentaliter* como un agente para producir otra cosa se debe tener en cuenta la mayor o menor eficiencia del agente, y Descartes habló más de una vez, en este sentido, de la mayor o menor «virtud» del agente. Parece claro que, cuanto más nos inclinamos hacia una concepción monista del universo que establece como resultado a alcanzar la riqueza de la sociedad, tanto más necesario es tender a hacer coincidir la eficiencia al servicio de las necesidades y de los deseos con el bien social. Es, sin embargo, bastante sorprendente que no se haya producido en los últimos 150 años semejante evolución del juicio intelectual, en consonancia con la evolución hacia el monismo materialista. Juicios morales, desastrosamente separados de su base metafísica, brotan y se propagan desordenadamente obstaculizando la acción temporal.

Parece por lo menos plausible buscar alguna relación entre este cambio de actitud y la ola de romanticismo que se abatió sobre los intelectuales occidentales. Los constructores de fábricas pisotearon las bellezas de la naturaleza precisamente cuando éstas eran descubiertas; el éxodo de los campos coincidió con una admiración totalmente nueva por la vida campestre. Un brusco cambio de ambiente separó al hombre de las costumbres antiguas precisamente cuando éstas se ponían de moda; finalmente, la vida en las ciudades se convirtió en una vida entre extraños precisamente en el momento en que se proclamaba que la sociedad civil era insuficiente para el bienestar del hombre y se insistía sobre la necesidad de un sentimiento y de un vínculo comunitario. Todos estos temas pueden encontrarse en Rousseau. Este gran filósofo sabía perfectamente que los valores que amaba se oponían al progreso de la sociedad occidental; por ello no deseaba en absoluto el progreso: no quería la sucesiva aceleración de nuevas necesidades, el monstruoso expandirse de las ciudades, la vulgari-

zación del saber, etc. Era coherente, pero los intelectuales de Occidente no pudieron apartarse de su entusiasmo por el progreso. De ahí que consideraran el desarrollo industrial como un gran despliegue de las alas del hombre, y, al mismo tiempo, los aspectos del mismo que negaban abiertamente los valores «bucólicos» como deplorables defectos. Sin duda estos defectos dependían de la avidez, pero ¡también dependía de ella el proceso de desarrollo industrial! Hay una natural homogeneidad entre las actitudes que se refieren a un determinado proceso general.

La actitud del intelectual respecto al proceso económico general es en realidad doble. Por un lado, está orgulloso de los resultados de la técnica y se alegra de que los hombres obtengan un mayor número de «bienes» deseados. Por otro, siente que el ejército victorioso de la industria destruye valores, y que su disciplina es dura. Estas dos actitudes se concilian convenientemente atribuyendo a la «fuerza» del «progreso» todos los aspectos del progreso que gustan, y a la «fuerza» del «capitalismo» todo lo que no gusta.

Tal vez convenga observar que el mismo error que se comete a propósito de creación económica se comete, a nivel metafísico, a propósito de la Creación, ya que la mente humana tiene una capacidad limitada y le falta la variedad, incluso en los errores. La atribución a fuerzas esencialmente distintas de lo que se considera bueno y de lo que se considera malo en el proceso estrictamente vinculado al desarrollo económico nos hace pensar naturalmente en el maniqueísmo. Este tipo de error no ha desaparecido, sino que tiende a agravarse en réplicas del tipo de las de Pope, para quien todo es bueno y todo aspecto desagradable es la condición para algún bien.

No debe extrañarnos que la discusión del problema del mal en la sociedad tienda a seguir el esquema de la más antigua y amplia discusión del problema del mal en el universo, cuestión a la que se ha aplicado una concentración intelectual muy superior a la que se ha dedicado a la más limitada versión

moderna. Vemos que la intelectualidad laica emite juicios sobre la organización temporal, no considerando su correspondencia con el fin propuesto, sino desde un punto de vista «ético» (si bien los principios morales a que se apela jamás se enuncian claramente, y tal vez ni siquiera se conciben). Oímos a los estudiantes occidentales afirmar que el bienestar de los trabajadores debe ser el fin de los responsables de la economía y que, a pesar de que este fin se ha alcanzado en los Estados Unidos y no en la URSS, él es el motivo inspirador de los responsables de la economía soviética y no de los occidentales (por lo menos eso dicen los estudiantes), y, por lo tanto, hay que admirar a aquéllos y condenar a éstos. Nos hallamos claramente ante un caso de jurisdicción *in temporalia, ratione peccati*. El intelectual laico, en este caso, no juzga los mecanismos sociales como mecanismos (¡y el mecanismo que consigue el bien de los trabajadores con la indiferencia de los responsables es ciertamente, *ex hipothesi*, un excelente ingenio si se le compara con el que no produce el bien de los trabajadores a pesar de la promesa de los responsables!), sino que se presenta como guía espiritual con una preparación tal vez insuficiente.

Para ofrecer una rápida panorámica de las actitudes que sucesivamente han adoptado los intelectuales laicos de Occidente, diremos que la intelectualidad laica comenzó como reacción a la jurisdicción espiritual de la intelectualidad clerical, al servicio del poder temporal, y se preocupó de llevar un elemento de racionalidad a la organización de los fines terrenos, que eran considerados como datos. A lo largo de los siglos la intelectualidad desgastó el poder de la Iglesia y la autoridad de la revelación, dejando así libre el campo a los poderes temporales. El poder temporal toma las dos formas fundamentales de la espada y de la bolsa. La intelectualidad favoreció el poder de la bolsa y, después de liquidar el poder social de la Iglesia, dirigió su propia acción contra las clases de la espada, especialmente contra el soberano político, principal portador

de espada. El retroceso de los poderes eclesiástico y militar dio naturalmente plena libertad al poder del dinero. Pero los intelectuales cambian de nuevo y proclaman una cruzada espiritual contra los responsables de la economía de la sociedad moderna. ¿Se debe esto, tal vez, a que los intelectuales tienen que estar en contra de cualquier grupo dominante? ¿O existen causas especiales de antagonismo hacia los hombres de empresa?

El intelectual ejerce un tipo de autoridad llamada persuasión, y ésta le parece la única forma buena de autoridad. Es la única que admiten los intelectuales en sus «utopías», en las que se prescinde de los incentivos y de la disuasión representados por la recompensa material y por el castigo. Sin embargo, en las sociedades reales, la persuasión por sí sola es incapaz de producir la ordenada cooperación de muchos individuos. Es demasiado esperar que todo el que participa en un vasto proceso cumpla con sus propias funciones porque comparte exactamente las concepciones del promotor o del organizador. Tal es la hipótesis de la «Voluntad General» aplicada a cualquier parte o retícula del «cuerpo económico», lo cual es sumamente improbable. Es necesario que los líderes sociales dispongan de algún poder menos fluctuante que el que se obtiene mediante la persuasión; sin embargo, al intelectual le desagradan estas formas crudas de autoridad y quienes las ejercen. Siente desprecio por la moderada forma de autoridad derivada de la acumulación del capital en manos de los «reyes de los negocios» y se horroriza ante la ruda forma de autoridad derivada de la acumulación de poderes policíacos en manos de gobernantes totalitarios. Quienes disponen de tales medios le parece que están encallecidos por su uso, y sospecha que consideran a los hombres completamente maleables para sus objetivos. El esfuerzo del intelectual para reducir el uso de las alternativas a la persuasión es ciertamente un poder de progreso, pero, llevado demasiado lejos, conduce la sociedad a la alternativa entre anarquía y tiranía. No es raro

que el intelectual apele a la tiranía para implantar sus modelos.

La hostilidad del intelectual hacia el hombre de negocios no ofrece ningún misterio, ya que ambos tienen, por su función, dos criterios distintos de valor, de suerte que la conducta normal del hombre de negocios aparece desdeñable si se juzga con el metro válido para la conducta del intelectual. Este juicio podría evitarse en una sociedad dividida, abiertamente fraccionada en clases con funciones diferentes y con distintos códigos de honor. Pero no ocurre así en nuestra sociedad, cuyas ideas corrientes y cuya ley postulan que se forme un campo unitario y homogéneo. En este campo el hombre de negocios y el intelectual se mueven uno junto al otro. El hombre de negocios ofrece al público «bienes», definidos como «todo lo que el público desea comprar»; el intelectual trata de enseñar lo que está «bien», y para él algunos de los bienes que se ofrecen son cosas de ningún valor y se debería disuadir al público de desearlas. El mundo de los negocios es para el intelectual un mundo de valores falsos, de motivos bajos, de recompensas mal dirigidas. Una fácil vía de acceso a lo íntimo de la mentalidad del intelectual es su preferencia por los déficits. Se ha observado que tiene simpatía por las instituciones deficitarias, por las industrias nacionalizadas financiadas por la Hacienda pública, por los centros universitarios que dependen de subsidios y donaciones, por los periódicos incapaces de autofinanciarse. ¿Por qué? Porque sabe por personal experiencia que siempre que obra como piensa que debe obrar no hay coincidencia entre su esfuerzo y la manera en que éste es acogido: para expresarnos en lenguaje económico, el valor de mercado de la producción del intelectual es con mucho inferior al de los factores empleados. Ello se debe a que en el reino del intelecto una cosa verdaderamente buena es una cosa que sólo unos pocos pueden reconocer como tal. Puesto que la misión del intelectual es hacer comprender a la gente que son verdaderas y buenas ciertas cosas que antes no reconocía

como tales, encuentra una fortísima resistencia a la venta de su propio producto y trabaja con pérdidas. Cuando su éxito es fácil e inmediato, sabe que casi ciertamente no ha cumplido bien su función. Razonando sobre la base de su propia experiencia, el intelectual sospecha que todo lo que deja un margen de beneficio se ha hecho no por convicción y devoción hacia el objeto, sino porque se ha podido encontrar un número de personas deseosas del mismo suficiente para hacer rentable la empresa. Podéis discutir con el intelectual y convencerle de que la mayor parte de las cosas se hacen de este modo, pero él seguirá pensando que este modo de obrar es algo que no le va. Su filosofía de los beneficios y de las pérdidas puede resumirse de la siguiente manera: para él, una pérdida es el resultado natural de la devoción a algo que debe hacerse, mientras que el beneficio es el resultado natural del sometimiento a las opiniones de la gente.

La fundamental diferencia de actitud entre el hombre de negocios y el intelectual puede puntualizarse recurriendo a una fórmula trillada. El hombre de negocios debe decir: «El cliente siempre tiene razón.» El intelectual no puede aceptar este modo de pensar. La misma máxima: «Dad al público lo que quiere», que nos da un óptimo hombre de negocios, nos da un pésimo escritor. El hombre de negocios obra dentro de un sistema de gustos y de juicios de valor que el intelectual debe intentar siempre cambiar. La actividad suprema del intelectual es la del misionero que ofrece el Evangelio a naciones paganas; ofrecerles bebidas alcohólicas es una actividad menos peligrosa y más rentable. Existe cierto contraste entre ofrecer a los consumidores lo que deberían tener, pero no quieren, y ofrecerles lo que aceptan ávidamente, pero que no deberían tener. El comerciante que no se dirija hacia el producto más vendible es tachado de estúpido, pero el misionero que se dirigiera hacia él sería tachado de bribón.

Puesto que nosotros, los intelectuales, tenemos como misión enseñar la verdad, tendemos a adoptar respecto al hom-

bre de negocios la misma actitud de superioridad moral que el fariseo respecto al publicano, condenada por Jesús. Debería servirnos de lección el hecho de que el pobre que yacía al borde del camino fue ayudado por un comerciante (el samaritano) y no por el intelectual (el levita). ¿Tenemos acaso el valor de afirmar que la inmensa mejora que ha tenido lugar en la condición de la masa de los trabajadores ha sido eminentemente obra de los hombres de negocios?

Puede alegrarnos el hecho de que nosotros servimos a las necesidades más elevadas de la humanidad, pero sinceramente debería asustarnos esa responsabilidad. De los «bienes» que se ofrecen por lucro ¿cuántos podemos definir resueltamente como perjudiciales? ¿No son acaso mucho más numerosas las ideas perjudiciales que nosotros exponemos? ¿No existen acaso ideas perjudiciales para el funcionamiento de los mecanismos y de las instituciones que aseguran el progreso y la felicidad de la comunidad? Es significativo que todos los intelectuales estén de acuerdo sobre la existencia de tales ideas, aunque no todos lo estén sobre qué ideas son las nocivas. Y, lo que es aún peor, ¿no existen acaso ideas que hacen surgir la ira en el corazón de los hombres? Nuestra responsabilidad se ha acrecentado debido a que la difusión de ideas que pueden ser perjudiciales no puede ni debería impedirse mediante el empleo de la autoridad temporal, mientras que la venta de objetos perjudiciales sí puede impedirse de esta manera.

Es casi un misterio —y un campo de investigación prometedor para historiadores y sociólogos— que la comunidad intelectual se hiciera más severa en sus juicios sobre el mundo de los negocios precisamente cuando éste estaba mejorando de manera extraordinaria las condiciones de las masas, mejorando su propia ética de trabajo y agudizando la conciencia cívica. Juzgado por sus resultados sociales, por sus costumbres, por su espíritu, el capitalismo actual es inconmensurablemente más meritorio que el de épocas anteriores, cuando se le denunciaba en términos mucho menos duros. Si el cambio de

actitud de los intelectuales no puede explicarse por un empeoramiento de la situación que deben valorar, ¿no podrá entonces explicarse por un cambio de los propios intelectuales?

Este problema abre un vasto campo de investigación. Durante mucho tiempo se ha pensado que el gran problema del siglo XIX era el lugar que el trabajador industrial ocupaba en la sociedad, y se ha prestado poca atención a la aparición de una amplia clase intelectual cuyo puesto en la sociedad puede ser el problema más importante. Los intelectuales han sido los principales artífices de la destrucción de la antigua estructura de la sociedad occidental, que prevé tres distintos tipos de instituciones para los intelectuales, los guerreros y los productores. Ellos se han esforzado por hacer el campo social homogéneo y uniforme; sobre él soplan con mayor libertad los vientos de los deseos subjetivos; las apreciaciones subjetivas son el criterio de todos sus esfuerzos. Es natural que esta constitución de la sociedad conceda un premio a los «bienes» más deseados y ponga en primer plano a quienes constituyen la vanguardia en la producción de los mismos. Y así, los intelectuales han perdido, frente a esta clase «dirigente», la primacía de que gozaban cuando constituían el «primer estado». Su actitud actual puede explicarse en cierta medida por un complejo de inferioridad que han adquirido. La condición de los intelectuales en su conjunto no sólo ha descendido a una condición menos apreciada, sino que, además, el reconocimiento individual tiende a estar determinado por criterios de apreciación subjetiva del público, que los intelectuales rechazan por principio: de aquí la tendencia contrapuesta a exaltar a aquellos intelectuales que son tales sólo para los intelectuales.

No pretendo explicar este fenómeno; las consideraciones que preceden no son más que leves sugerencias. Lo único que deseo es subrayar que hay algo que debe explicarse y que parece haber llegado la hora de emprender un estudio de los conflictos que están surgiendo entre los intelectuales y la sociedad.

Capítulo V

EL NIVEL DE VIDA DE LOS TRABAJADORES EN INGLATERRA DESDE 1790 A 1830

T.S. Ashton

I

¿Qué cambios se verificaron en el nivel de vida de las clases trabajadoras británicas en los últimos decenios del siglo XVIII y en los primeros del siglo XIX? ¿Produjo la introducción del sistema industrial efectos benéficos o nocivos sobre los trabajadores? Se trata de dos preguntas distintas, aunque relacionadas entre sí. En efecto, es posible que el trabajo en las fábricas condujera a un aumento de los salarios reales, pero que esta tendencia estuviera más que contrarrestada por otras influencias, como el rápido aumento de la población, la inmigración irlandesa, las destrucciones de riqueza debidas a largos años de guerra, los desatinados aranceles, el fracaso de las medidas que se adoptaron para aliviar la miseria. Ambos problemas tienen su incidencia en algunas polémicas económico-políticas de nuestros días, lo cual hace más difícil considerarlos con completa objetividad. Se dice que un autor americano escribió en una ocasión un libro titulado *Historia imparcial de la guerra civil desde el punto de vista del Sur*.[1] Si trato de emular su imparcialidad, debería también tender a igualar su ingenuidad; permítaseme, pues, confesar desde el comienzo, que soy de los que creen que, en definitiva, las condiciones de los trabajadores fueron mejorando, por lo menos desde 1820, y que la difusión de las fábricas tuvo una parte no pequeña en esta mejora.

---

[1] Citado por Thomas Tones en *Rhymney Memories*, Welsh Outlook, 1939, p. 142.

Debemos admitir que existen respetables opiniones en contra. Gran parte de los economistas que vivieron en aquel periodo de rápidos cambios económicos se formó una idea algo pesimista del efecto de estos cambios sobre los trabajadores. «El aumento de la riqueza del país», escribe Thomas Malthus en 1798, «ha tenido poca o ninguna tendencia a mejorar las condiciones de los trabajadores pobres. No creo que puedan disponer de más de lo que es indispensable o conveniente para vivir; una parte mucho mayor que en tiempos de la Revolución [inglesa de 1688-89] trabaja en fábricas y vive apiñada en locales cerrados e insalubres.»[2] Dos generaciones más tarde, J.R. McCulloch declaró que «en conjunto, parece que existen pocas dudas sobre el hecho de que el sistema fabril tiene consecuencias desfavorables para la masa de quienes trabajan en él».[3] Y en 1848, John Stuart Mill escribió palabras que, al tiempo que ofrecían un destello de esperanza, eran sin embargo bastante críticas respecto a la sociedad en que se habían producido los cambios tecnológicos. «Hasta este momento», afirmó, «es discutible que las invenciones mecánicas realizadas hayan aliviado la fatiga diaria de cualquier ser humano. Han hecho posible que un número mayor de personas vivan la misma vida de ingrato trabajo y de reclusión, y que un número creciente de industriales y de otros acumulen fortunas. Han aumentado el bienestar de las clases medias, pero hasta ahora no han comenzado a realizar los grandes cambios en el destino humano que está en su naturaleza y que están llamadas a efectuar en el futuro.»[4] Junto a los economistas había un conglomerado de poetas, filósofos y demagogos, de clérigos,

---

[2] Thomas Malthus, *First Essay on Population* (1798), MacMillan and Co., Londres 1926, pp. 312-13.

[3] J.R. McCulloch, *Treatises and Essays on Money, Exchange, Interest, the Letting of Land, Absenteeism, the History of Commerce, Manufactures, etc.*, Edimburgo 1859, pp. 454-55.

[4] John Stuart Mill, *Principles of Political Economy*, ed. W.J. Ashley, Longmans, Green and Co., Londres-Nueva York 1909, p. 751.

deístas e infieles, de conservadores, de radicales y revolucionarios, de hombres que tenían ideas muy distintas sobre cuestiones fundamentales, pero que estaban unidos en su odio hacia las fábricas y en la convicción de que los cambios económicos habían conducido a la degradación del trabajo.

En el campo opuesto había publicistas cuyas opiniones no son menos dignas de respeto y cuyo desinterés y celo reformador apenas puede discutirse; hombres como Sir Frederic Eden, John Wesley, George Chalmers, Patrick Colquhoun, John Rickman y Edwin Chadwick. Para contrarrestar la cita de Mill, voy a citar dos párrafos de Chadwick, que seguramente conocía como nadie la pobreza y la miseria de amplios sectores de población urbana en los años cuarenta. «Es un hecho que, hasta este momento, en Inglaterra los salarios, o los medios para obtener lo necesario para vivir, han aumentado para el conjunto de los trabajadores, y los bienes económicos al alcance de estas clases han aumentado con el último aumento de población... Esta mejora se observa incluso en muchos distritos industriales, que se encuentran ahora en un estado de grave depresión.» (Escrito en 1842.)[5]

Si se hubiera podido hacer un sondeo de opinión, es probable que las personas del primer grupo hubieran sido más numerosas que las del segundo. Pero no se trata de una cuestión que pueda resolverse por recuento de votos. Se ha dicho que a las personas originarias del condado natal de Herbert Heaton les gusta decir la verdad... sobre todo cuando es desagradable; y esta simpática característica no es exclusiva de los nativos del Yorkshire. Rickman, en carta a Southey en 1816, observaba: «Si se presta oído a lo que comúnmente se dice, todo, en esta Inglaterra gruñona, va de mal en peor.»[6] Y en una

---

[5] Edwin Chadwick, *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population of Great Britain*, Londres 1843, p. 188.

[6] Citado por M. Dorothy George, *England in Transition*, George Routledge and Sons Ltd., Londres 1931, p. 104.

carta posterior, dirigida a un francés, en la cual señalaba cómo los pobres se habían beneficiado de la asistencia pública y del bajo precio de los productos alimenticios, tuvo buen cuidado de añadir: «... pero estos argumentos, en Inglaterra, encontrarán contradictores».[7]

El despertar romántico en literatura, que coincidió con el periodo de la revolución industrial, tendió a acentuar el pesimismo. Escritores populares como William Cobbett describieron la Inglaterra de los siglos anteriores como poblada de alegres campesinos o de robustos pequeños propietarios, devoradores de filetes y bebedores de cerveza, exactamente igual que sus predecesores de la época de Dryden habían evocado la visión de una Patagonia poblada de nobles salvajes.

Pero ni el espontáneo pesimismo ni el antihistoricismo romántico son suficientes por sí mismos para explicar por qué prevaleció la convicción de un empeoramiento de la condición de los trabajadores. Parte de mi tesis es que quienes sostenían esta concepción se fijaban sólo en un sector de las clases trabajadoras.

II

Puede ser útil comenzar echando una ojeada general al panorama económico y demográfico. En los primeros decenios del siglo XIX la población crecía rápidamente. Si es bueno o malo el que un mayor número de seres humanos experimenten la felicidad y los sufrimientos, las esperanzas y las ansiedades, las ambiciones y las frustraciones de la vida, es un problema cuya respuesta compete al filósofo o al teólogo. Pero el aumento de la población no era resultado de un aumento de la tasa de natalidad sino de una disminución de la mortalidad, y se podría pensar que esto era índice de condiciones de vida cua-

[7] *Ib.*, p. 137.

litativamente mejores. «El bienestar humano», escribía Rickman en su carta a Southey, «debe valorarse según el metro de la salud humana, y ésta según la duración de la vida humana... Desde 1780 la duración de la vida aumentó por 5 a 4, y los pobres eran una parte demasiado grande de la sociedad para ser excluidos de este fenómeno general; más bien fueron su causa principal, ya que las clases altas disfrutaban con anterioridad de comida y limpieza en abundancia.»[8] Este argumento no era fácil de refutar; pero Gaskell trató de hacerlo declarando rotundamente que no había relación directa alguna entre mortalidad y bienestar: invocó el caso del noble salvaje, y afirmó que para él la vida era «goce físico», y la enfermedad «muerte rápida», mientras que para el trabajador de una ciudad industrial la vida era «una larga enfermedad» y la muerte «el resultado del agotamiento físico».

De haberlo sabido, Gaskell habría podido responder a Rickman con una tajante negativa. En efecto, los estadísticos sostienen actualmente que la disminución de la tasa de mortalidad bruta fue consecuencia de un cambio en la distribución de la población por edades, y que no hubo en realidad prolongación de la vida media. (Las muertes por mil habitantes disminuyeron sencillamente porque los cambios de población, en la última parte del siglo XVIII, habían producido una sociedad en la que el número de jóvenes adultos era anormalmente alto). Pero aunque la expectativa de vida no aumentó, se puede responder que la disminución de la tasa de mortalidad condujo, en cierta medida, a un nivel de vida más elevado. En efecto, el pomposo ceremonial de la muerte y de la sepultura absorbía una parte apreciable de la renta anual de los trabajadores.[9] Cuando el porcentaje de muertos sobre el total de la población disminuyó, la proporción de renta dedicada a los muertos probablemente decreció y de este modo se desblo-

---

[8] *Ib.*, pp. 104-5.

[9] David Davies, *The Case of Labourers in Husbandry*, Bath 1795, pp. 23-27.

quearon algunos recursos que fueron a aumentar el bienestar de los vivos.

El aumento de la población, y en particular el aumento del número de personas en edad laboral, pudo muy bien tener como consecuencia una disminución de los salarios, pero al mismo tiempo se verificó un aumento en la oferta de otros factores de la producción. Las estimaciones de la renta nacional de este periodo son pocas y de escasa fiabilidad; pero todos los datos estadísticos sobre la producción, los gastos y el consumo indican que para este periodo, considerado en conjunto, la renta aumentó algo más rápidamente que la población. ¿Hay acaso motivo para pensar que la proporción de este aumento de renta que iba a los trabajadores disminuyera, y que otras clases obtuvieran una parte mayor? Se trata de una pregunta a la que no se puede responder con seguridad; lo único que se puede hacer es una estimación de las probabilidades, y para ello es importante distinguir entre el periodo de la guerra, el periodo de la deflación y reajuste y el sucesivo periodo de expansión económica.

Durante la guerra los enormes gastos del gobierno, de carácter improductivo, causaron un alto nivel de empleo pero un bajo grado de bienestar. La dificultad de importar bienes alimenticios llevó a una extensión de los cultivos marginales y a un aumento de los beneficios de los agricultores y de las rentas de los propietarios de tierras.[10] La escasez de madera, ladrillos, cristal y otros materiales, debida a la guerra, puso un freno a la construcción de viviendas; las elevadas tasas de interés y un gravoso impuesto sobre la propiedad redujeron el incentivo a construir. A causa del aumento de la población y de la mayor proporción de personas en edad de casarse, la

---

[10] Entre 1809 y 1815 los alquileres agrícolas en los condados del este y en el Gales septentrional aumentaron en un 40 por 100. Véase R.J. Thompson, «An Inquiry into the Rents of Agricultural Land in England and Wales during the Nineteenth Century», en *Journal of the Royal Statistical Society*, LXX, 1907, pp. 587-616.

demanda de viviendas se incrementó; subieron los alquileres en las ciudades, lo mismo que las rentas en el campo. La expansión de la deuda pública causó un incremento en el número de poseedores de títulos de renta fija.

El alto tipo a que se habían emitido los préstamos hinchó las rentas del *rentier* y, como el sistema fiscal era altamente represivo, su beneficio se produjo eminentemente a expensas de los pobres. Los precios en general subieron, y aunque también aumentaron los salarios, se trató de un movimiento más lento. Esto, como ha observado Earl Hamilton,[11] puso a disposición del empresario recursos adicionales, y la tendencia fue reforzada por otros factores de carácter institucional. El compromiso de pago del comerciante o del industrial, la «paga larga» o aplazada, y el sistema de pago en especie existían ya en épocas anteriores, pero es probable que la carencia de monedas, que se hizo aguda durante el periodo de la inflación, condujera a un aumento de ésta y de otros expedientes cuyo efecto era transferir parte del poder adquisitivo de los trabajadores a sus patronos. Así, pues, durante la guerra se verificó una serie de transferencias de renta —a propietarios de tierras, agricultores, propietarios de viviendas, poseedores de títulos de renta fija y empresarios— que casi ciertamente empeoró la condición económica de los trabajadores.

Los cinco o seis años que siguieron inmediatamente a la guerra produjeron escaso alivio. Los propietarios de tierras obtuvieron disposiciones legislativas que les permitieron perpetuar sus ganancias coyunturales. Los alquileres de las viviendas siguieron siendo elevados; el tipo de interés disminuyó sólo un poco.[12] Y, aunque los salarios fueron menos afec-

---

[11] Earl Hamilton, «Prices, Wages and the Industrial Revolution», en Wesley C. Mitchen y otros, *Studies in Economics and Industrial Relations*, University of Pensylvania Press, Filadelfia 1941.

[12] El rendimiento de los títulos de la deuda pública consolidada era del 4,9 por 100 en 1814 y del 4,5 por 100 en 1815. En 1820 seguía siendo notablemente alto: 4,4 por 100.

tados que los beneficios, la reducción del gasto público, la contracción monetaria, las quiebras bancarias, y una general repugnancia a efectuar inversiones a largo plazo redujeron el nivel de actividad. Las posibles ganancias derivadas de un retraso en la caída de los salarios respecto al descenso de los precios fueron probablemente neutralizadas por el alto nivel de desempleo. Es difícil creer que en estos años de deflación y de desórdenes públicos se produjera una clara mejora en la condición de los asalariados.

Pero, después de 1821 el juego de las fuerzas económicas repercutió con menor dureza sobre los trabajadores. Se volvió al «patrón-oro», y se dispuso de mayor cantidad de monedas de plata y de cobre para el pago de salarios. Se estaba reformando el sistema fiscal. Una serie de conversiones redujo el peso de la deuda pública y en 1824 el tipo de interés sobre los títulos del Estado había bajado al nivel de antes de la guerra del 3,3 por 100. La escasez del periodo bélico había desaparecido. Una mayor oferta de ladrillos y de madera, juntamente con facilidades monetarias, estimuló la construcción de fábricas y de casas. Al comienzo de los años treinta, por lo menos en el norte, los alquileres habían disminuido alrededor del 10 por 100, y, a pesar de diversas noticias poco halagüeñas sobre las condiciones en la ciudad, es bastante claro que el nivel cualitativo de las viviendas estaba mejorando. El descenso de los precios, menos marcado que en los años de la inmediata postguerra, era ahora el resultado no de una depresión, sino de una reducción de los costes reales. En síntesis, el horizonte económico se había aclarado y los trabajadores podían esperar para el futuro mejores condiciones de vida y de trabajo.

III

Hasta aquí nos hemos fijado sólo en las fuerzas que actuaban dentro de la economía. ¿Qué decir de las que actuaban fuera? Se ha dicho que durante la mayor parte de este periodo, el poder de cambio de las exportaciones británicas respecto a los bienes procedentes del exterior fue disminuyendo, y que la marcha desfavorable de la razón de cambio en términos reales tuvo que haber causado una disminución de rentas monetarias de los trabajadores o un aumento de los costes de los bienes importados. Por consiguiente, en igualdad de condiciones, tuvo que producirse un descenso del nivel de vida de los trabajadores.

Los defectos de las primeras estadísticas comerciales británicas son bien conocidos. Desde el momento en que tanto las importaciones como las exportaciones se medían oficialmente según una escala de precios que se había ido normalizando en la primera mitad del siglo XVIII, el movimiento de las cifras de un año a otro representaba cambios en el volumen y no en el valor del comercio con el exterior. Es cierto que a partir de 1798 existen cifras anuales sobre el valor de las exportaciones, tomadas de las declaraciones de los exportadores; pero hasta una época reciente no ha habido estimaciones correspondientes del valor de las importaciones para los años anteriores a 1854.

Esta laguna ha sido ahora llenada por Schlote y por Imlah.[13] Me complace poder en esta ocasión reconocer la diligencia y habilidad investigadora de Imlah; él debe recibir la gratitud de todos los estudiosos de historia del comercio internacional. Me he aventurado a utilizar las cifras que él da para construir

[13] Werner Schote, «Entwicklung und Strukturwandlungen des englischen Aussenhandels von 1700 bis zur Gegenwart», en *Probleme der Weltwirtschaft*, Jena 1938, especialmente el apéndice, cuadro 17. Véase también Albert H. Imlah, «Real Values in British Foreign Trade», *Journal of Economic History*, VIII, noviembre de 1948, pp. 133-52.

números índices brutos: a) del valor de las exportaciones británicas, b) de los precios de las exportaciones, y c) de la razón de cambio desde 1798 a 1830 (véase el Cuadro 1).[14]

Desde 1803 a 1834 la marcha de los precios de las exportaciones fue casi siempre hacia abajo; la de los precios de las importaciones fue menos constante: desde 1802 a 1812 hubo amplias fluctuaciones sin una tendencia clara, pero desde 1814 a 1821 hubo una clara disminución, menos acentuada a partir de entonces. La razón de cambio fue evolucionando muy desfavorablemente para Gran Bretaña durante la segunda fase de la guerra y con una marcha menos acusada, pero todavía notablemente desfavorable, desde 1816 hasta mediados de los años treinta. Sin embargo, antes de concluir apresuradamente que se daba un factor que ejercía una fuerte presión sobre los trabajadores británicos, se puede considerar la composición del índice de precios para la exportación. El Cuadro 2 nos da el índice de los precios de algunos importantes bienes de exportación durante los años 1814-1829.[15] Se observará que los precios de los hilados y de los tejidos de algodón disminuyeron mucho más rápidamente que los de los productos de la industria del lino, de la lana y del acero. Durante la guerra,

[14] Los números índices de los precios se han obtenido dividiendo el índice de los valores declarados o calculados por el de los valores oficiales tanto en el caso de las exportaciones como en el de las importaciones. El método es criticable, ya que el modo en que se han aplicado los pesos es curioso. El grado de importancia asignado a cada producto depende de la tasa a que una unidad del bien había sido sometida por el inspector general en un tiempo muy anterior al que se refiere el índice. Depende también de la cantidad del bien importado o exportado, y esto significa que los pesos cambian de un año a otro. Sin embargo, mi cerebro no matemático se siente inclinado a creer que esta particularidad no destruye completamente el valor de las cifras. En efecto, el índice de Schlote de la razón de cambio desde 1814 (obtenido dividiendo un índice de los precios de las exportaciones industriales por un índice de los precios que comprende todas las importaciones) está construido a base de métodos semejantes pero más refinados, y, si se refiere al mismo año base, muestra, por lo menos hasta 1832, movimientos particularmente conformes con los de la serie que aquí se presenta.

[15] Los precios se han obtenido dividiendo el valor de las exportaciones de cada producto por la cantidad exportada, según la obtiene Porter.

CUADRO 1

ÍNDICE DE LOS PRECIOS DE LAS EXPORTACIONES Y DE LAS IMPORTACIONES BRITÁNICAS Y DE LA RAZÓN DE CAMBIO

(1829 = 100)

Año	*Índice del valor de las exportaciones*	*Índice de los precios de las exportaciones*	*Índice de los precios de las importaciones*	*Índice de la relación intercambio en términos reales*	*Índice de la razón de cambio en térm. de renta*
1798	90	264	176	150	51
1799	103	252	183	138	56
1800	105	253	183	138	57
1801	113	255	189	135	60
1802	128	280	150	187	85
1803	103	281	164	171	63
1804	107	262,5	172	153	62
1805	106	255	178	143	60
1806	114	247	164	151	70
1807	104	248	167	148	62
1808	104	237,5	159	149	65
1809	132	220	193	114	68
1810	135	221	188	118	72
1811	92	227	155	146	59
1812	116	220	173	127	67
1813	–	–	–	–	–
1814	127	208	194	107	64
1815	144	187,5	172	109	84
1816	116	183	148	124	78
1817	117	162,5	160	102	73
1818	130	170	178	96	73
1819	98	164	148	111	66
1820	102	148	136	109	75
1821	103	141	120	117,5	86
1822	103	131	119	110	87
1823	99	127	118	108	84
1824	107	123	112	110	96
1825	109	128	137	93	80
1826	88	120	108	111	81
1827	104	111	107	104	97
1828	103	109	103	106	100
1829	100	100	100	100	100
1830	107	98	98	100	109
1831	104	95	102	93	102
1832	102	87,5	96	91	106
1833	111	89	104	85	107
1834	116	87,5	107	82	108
1835	132	94	114	82	116
1836	149	98	120	82	124

los productos de la industria algodonera habían ocupado el lugar de los de la industria lanera como renglón principal de las exportaciones británicas y durante toda la primera mitad del siglo XIX la distancia entre éste y los demás bienes exportados se incrementó. Causa de la marcha adversa de la balanza comercial fue la caída del precio de los hilados y tejidos de algodón; los precios de las exportaciones, excluidos los productos de la industria algodonera, descendieron menos rápidamente que los de las importaciones.

La razón de esta extraordinaria caída es doble. En vez de producirse muselinas, percales y otros bienes de alta calidad para los mercados europeos y de los Estados Unidos, las fábricas del Lancashire se dedicaban cada vez más a los calicós baratos para los mercados de la India y Extremo Oriente; en gran parte, la caída de los precios se explica por el cambio de

CUADRO 2

ÍNDICE DE LOS PRECIOS DE EXPORTACIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES DE FABRICACIÓN INTERNA

(1814 = 100)

Año	*Hilados de algodón*	*Algodón*	*Lino*	*Lana*	*Hierro*	*Total de las exportaciones*	*Total exportac. excluidos hilados y algodón*
1814	100	100	100	100	100	100	100
1815	83	80	86	101	106	90,6	99
1816	77	77	85	107	98	87,8	95
1817	71	67	79	97	93	78,5	90
1818	74	63	82	99	94	81,9	91
1819	64	70	81	101	92	79,6	88
1820	56	64	77	99	89	71,4	83
1821	49	62	77	87	80	67,6	79
1822	47	57	76	81	71	62,9	76
1823	44	55	71	76	70	60,7	73
1824	42	54	67	73	72	59,3	71
1825	45	54	71	77	90	62,0	78
1826	38	47	65	73	79	57,9	72
1827	36	46	60	65	72	53,6	69

naturaleza de la producción industrial. La otra razón fue una reducción de los costes causada por el progreso técnico y económico. Los nuevos talleres de la postguerra eran movidos por vapor en vez de agua; cada año se introducían mejoras en los telares y en los tornos de hilar; el telar mecánico sustituía cada vez más al menos eficiente telar manual; la baja del tipo de interés redujo los costes del capital, y con las innovaciones en el transporte y en el comercio, los gastos de distribución y de venta de los productos disminuyeron. Por tanto la caída de los precios del hilado y del tejido de algodón no fue el resultado de ninguna flexión de la demanda exterior, sino que reflejó una reducción de los costes reales. Y aunque el factor laboral en el coste de una libra de hilado o de una yarda de calicó disminuyera de forma espectacular, no hubo ninguna disminución correspondiente en las ganancias de los trabajadores. La marcha desfavorable de la razón de cambio no representó un empeoramiento de la situación económica ni para la nación en su conjunto ni para aquella parte de la nación cuyo sustento se basaba en los salarios.

Las cifras que parecen indicar alteraciones en la razón de cambio son de dudoso valor en estudios que abarcan un largo periodo; sólo se pueden sacar conclusiones de cierta seguridad en estudios que contemplen unos pocos años, en los que la naturaleza de los bienes que constituyen el comercio y la situación de los procesos técnicos no cambian mucho. En realidad, incluso en un periodo breve es difícil asegurar que una baja del índice deba considerarse como signo negativo. Según el Cuadro 1, la razón de cambio disminuyó bruscamente en los periodos 1809-10, 1812-15, 1817-18 y 1825, periodos todos en que el volumen de los intercambios alcanzó siempre cifras máximas. Subió bruscamente en los años 1811, 1816, 1819 y 1826, años todos ellos caracterizados por intercambios comerciales en descenso o estancados. La explicación, naturalmente, consiste en que los precios de las exportaciones británicas subían en periodos de prosperidad y bajaban en periodos de

depresión menos bruscamente que los precios de las importaciones, porque las materias primas y los géneros alimenticios que Gran Bretaña importaba tenían una demanda y una oferta anelásticas. Sin embargo, sería absurdo suponer que el bienestar de los trabajadores disminuyera cuando el comercio era activo y aumentase cuando disminuían los intercambios.

Un instrumento que registre sólo los precios es claramente inadecuado para medir los cambios en los beneficios derivados del comercio internacional. No sólo el coste de la vida, sino también las posibilidades de beneficio determinan el grado de bienestar. Las rentas ganadas con la exportación crean puestos de trabajo y producen otras rentas.

La parte que de estas rentas se emplea en la adquisición de bienes importados depende del precio de las importaciones. A la luz de este modo de razonar, mi colega Dorrance ha lanzado recientemente la hipótesis de que se puede obtener un mejor instrumento de medida de los efectos sociales del comercio internacional dividiendo los índices de los *valores* de las exportaciones por los de los *precios* de las importaciones.[16] He aplicado esta fórmula a las estadísticas del comercio de aquel periodo usando también aquí las cifras de Imlah. Los resultados aparecen en la última columna del Cuadro 1 bajo la denominación, no del todo satisfactoria, de «razón de cambio en términos de renta». Nos hallamos ante una serie de cifras sin las paradojas de las que aparecen en la columna anterior. Tanto la marcha como los cambios de un año a otro son conformes con lo que podía esperarse del examen de otras fuentes: el índice muestra escasos cambios durante la guerra, tiene un rápido aumento en 1815, pero disminuye de 1816 a 1819. En estos cuatro años de bajas inversiones y de desempleo, las fuerzas que actuaban desde el exterior aparentemente hicieron aumentar la miseria. Pero a partir de 1820 hay un

[16] G.S. Dorrance, «The Income Terms of Trade», *Review of Economic Studies*, XVI, n.º 39, 1948-49, pp. 50-56.

marcado movimiento de alza, interrumpido sólo por las depresiones de 1825-26 y de 1831. En los años veinte y treinta las rentas procedentes de las exportaciones aumentaron y esos ingresos se emplearon en comprar más bienes importados. El comercio ejercía una influencia cada vez más positiva sobre la vida económica británica, y, considerando el hecho de que gran parte de las importaciones estaba formada por bienes como té, café, azúcar y materias primas para la industria, es difícil creer que los trabajadores no recibieran una parte de este beneficio.

IV

Es ya hora de abandonar las conjeturas y de decir algo sobre las cifras que poseemos relativas a los salarios y al coste de la vida. La mayor contribución a nuestro conocimiento de los salarios fue aportada, hace más de cuarenta años, por A.L. Bowley y G.H. Wood. Se basa principalmente en documentos impresos, pero no es probable que ulteriores investigaciones puedan invalidarla seriamente. Sin embargo, debemos manifestar la esperanza de que dicha contribución pueda integrarse con los datos tomados de los libros de salarios que, a pesar de los bombardeos y de la destrucción de papeles, existen aún en muchas fábricas esparcidas acá y allá por toda Inglaterra. En manos de atentos estudiosos estas fuentes pueden proporcionar muchos datos relativos no sólo a los módulos de pago, sino también a los salarios efectivos y a veces sobre las horas de trabajo y los alquileres de las casas de obreros. Mientras este trabajo no se realice, seguirá siendo imposible hablar con seguridad sobre el tema que, con gran temeridad, he afrontado en este artículo.

Las informaciones acerca del coste de la vida son fruto casi totalmente de la labor de estudiosos americanos. Si algunas de mis siguientes observaciones tienen un cariz crítico, qui-

siera añadir que estoy lleno de vergüenza por el hecho de que los historiadores de economía ingleses hayan hecho tan poco en este campo, y de admiración por la tenacidad y la habilidad con que los estadísticos americanos han trabajado.

Ninguna contribución individual al estudio de la revolución industrial en Inglaterra supera en importancia a la de Norman J. Silberling, cuya prematura muerte ha privado a la historia económica y a la estadística de un exponente de primer orden. Su número índice de los precios al por mayor está destinado a ser un instrumento indispensable por más lejos que lancemos la mirada en el futuro. Es una lástima que, a mi entender, no se pueda decir lo mismo del producto secundario de sus fatigas, el índice anual del coste de la vida desde 1799 a 1850. Éste, no tengo necesidad de recordarlo, se basa en los precios de quince artículos elegidos por su supuesta importancia para los consumidores. Sin embargo, los precios son principalmente los del mercado al por mayor, no al por menor, el índice es válido sólo si se admite que los precios al por menor se movieron en la misma dirección y poco más o menos al tiempo que los precios al por mayor, y que la diferencia entre ambos permaneció casi constante. Ahora bien, es cierto que la estructura de los precios al consumidor parece haber sido mucho menos rígida de lo que es hoy. El tendero no había asumido aún completamente su función amortiguadora entre el comerciante al por mayor y el consumidor, y el precio de una hogaza de pan o de una libra de carne podía valer el doble o la mitad a la vuelta de pocos meses e incluso de semanas. Pero muchos de los bienes considerados en el índice no son en absoluto bienes de consumo, sino sólo materias primas para bienes de consumo. Mis antepasados de entonces no se nutrían desgranando trigo y avena, y no se cubrían de lana cruda, algodón y cáñamo; no iban literalmente «calzados de cuero». Según Silberling este hecho elemental tiene poca importancia. «Es bien sabido», escribe, «en el caso de las telas de algodón, que los precios se nivelaron con cierta rapi-

dez sobre el precio del algodón bruto.» Sin embargo, cuando se comparan los precios de ambos productos, se observa, como la mayor parte de nosotros esperaría, una amplitud de fluctuaciones considerablemente mayor en las cifras relativas al algodón crudo que en las relativas a los tejidos de algodón. No es ciertamente realista suponer que los precios de los géneros alimenticios, de las prendas de vestir y del calzado se hallen fielmente reflejados en los de las materias primas con que se hacían. Además, los precios empleados por Silberling han sido corregidos mediante la eliminación de los aranceles. En realidad, estos aranceles constituían una notable proporción de casi todo lo que se importaba en el país, proporción que además, como ha demostrado Imlah, aumentó constantemente hasta los años cuarenta.

Pero esto no es todo. El hombre cuyas opciones de gasto se conformaban a las compiladas por Silberling tenía bastantes peculiaridades. No ocupaba una casa, o por lo menos no se le exigía pagar el alquiler; se concedía sólo una pequeña cantidad de pan y muy poco *porridge* y no probaba jamás las patatas o los licores. Por otra parte, consumía cantidades considerables de carne de vaca y de cordero y tenía verdadera pasión por la mantequilla. Tal vez tenía diabetes. Para el inglés medio del siglo XVIII habría constituido un enigma, ya que el inglés medio de entonces, como su descendiente de hoy, era un animal granívoro y no carnívoro. La base de su dieta era el pan o, en la Inglaterra del Norte, la harina de avena; la carne era para él un lujo, que se permitía una vez o a lo sumo dos veces a la semana. El ser inventado por Silberling, que apagaba su sed sólo con té y café (con azúcar, pero sin leche), le habría parecido un pobre hombre, pues, si bien el inglés medio puede haber sido sobrio en lo que respecta a la carne y a otros muchos manjares, bebía cerveza ligera en las comidas principales en los días de trabajo, y cerveza fuerte, en no pequeña cantidad, siempre que tenía ocasión de hacer una fiesta.

El retrato que resulta de las eruditas páginas de Elizabeth

Gilboy presenta rasgos algo distintos.[17] En su índice los cereales tienen un peso del 50 por 100 sobre el total, frente al 32 por 100 asignado por Silberling, y a los productos de origen animal se les señala justamente un rango inferior. Pero los precios que ella toma en consideración eran los que se pagaban por hospitales, escuelas y oficinas del gobierno y no por los trabajadores individuales. Además, eran en su mayor parte precios vigentes en Londres. Una de las principales características de la vida inglesa era y sigue siendo la variedad regional. Los precios de los géneros alimenticios variaban mucho de una parte a otra del país, y no era raro el caso de existir en una zona condiciones próximas a la carestía local, al tiempo que había relativa abundancia a cien millas de distancia. Al mejorar los transportes por carretera, por canales y ríos, los precios en las provincias manifestaron una tendencia a alinearse con los de la metrópoli. «Todas las personas sensatas», escribió Arthur Young en 1769, «atribuían los precios elevados de su país a las carreteras de peaje, y el razonamiento confirma la verdad de sus opiniones... Imponed el peaje en una sola carretera en una región y los bajos precios desaparecerán inmediatamente.» Pero todavía cincuenta y más años después había muchas zonas de Inglaterra sin carreteras de peaje. En estas zonas el precio de los géneros alimenticios podía ser inferior o superior al de Londres, pero ciertamente estaba sujeto a mayores fluctuaciones.

Nadie ha hecho más que la señora Gilboy para informarnos sobre las variaciones locales del precio del trabajo, pero no se han tenido en la debida consideración las posibilidades de semejante variación de los precios al por menor, o de características locales en la alimentación. La harina de avena era el alimento básico para los pobres del norte, y el pan de cebada en los Midlands, mucho tiempo después de que el pan hecho

[17] Elizabeth W. Gilboy, «The Cost of Living and Real Wages in Eighteenth Century England», *Review of Economic Statistics*, XVIII.

con harina de trigo se hiciera de uso común en Londres y en el sur. Aplicar los precios de contratos firmados en el área metropolitana y un sistema de pesos basados en las costumbres de la metrópoli a las ganancias de los trabajadores en las provincias es realmente un procedimiento poco seguro. Aquellos a quienes alguien ha llamado poco amablemente los «albañiles de la señora Gilboy, vestidos de *bluecoats boys*» difícilmente hubieran sido reconocidos como hermanos por los mineros del Northumberland o por los tejedores del Lancashire o del Somerset.

Pero, si bien la composición del gasto variaba de una localidad a otra, variaba también de un periodo de tiempo al siguiente. Rufus T. Tucker, cuyo valeroso intento de reconstruir la marcha de los salarios reales de los artesanos londinenses a lo largo de los siglos no puede menos de suscitar admiración, se muestra consciente de esta dificultad. Su solución consiste en abandonar el uso de una medida única. Cuando un bien nuevo parece hacerse importante en el prèsupuesto del trabajador, se le encuentra un lugar, y se corrige la importancia atribuida a otros bienes. Tucker ha dividido las cifras en su índice de los salarios (para nuestro periodo, los salarios de cuatro tipos de trabajadores de la construcción en Greenwich y Chelsea) por su índice en cadena de los precios, con el fin de determinar «la posibilidad para un típico artesano londinense, regularmente ocupado, de adquirir bienes del tipo de los que los artesanos suelen adquirir».

Este típico artesano londinense no era un personaje estático. Primeramente, su consumo se limitaba a unos pocos bienes, entre los cuales algunos cereales de tipo inferior. Luego distribuyó sus gastos en una serie más amplia de productos, algunos de los cuales relativamente caros (los «bienes del tipo que los artesanos suelen adquirir» habían cambiado). Se habría podido pensar que esta mayor amplitud en la elección que ahora se le ofrecía era un indicio de un aumento del nivel de vida. Pero no fue así. Colin Clark ha empleado las cifras de

Tucker para apoyar su tesis de que la renta media real disminuyó «desde un nivel bastante elevado en el siglo XVII a un nivel asiático a principios del XIX». Este nivel asiático, permítaseme observar de pasada, comprendía el té y el azúcar y otros productos menores de Asia casi desconocidos por el artesano londinense del siglo XVII. ¿Le habría agradado realmente al hombre del siglo XIX volver a la dieta de sus antepasados? La acogida que dio a algunos intentos bien intencionados para inducirle a usar pan de cebada en lugar de trigo no dejan duda sobre la respuesta. Como los trabajadores del Nottinghamshire, habría respondido que había perdido los «dientes de la cebada».[18]

El artesano de Tucker era singular también en otro aspecto. Cualesquiera que fuesen sus ingresos, se gastaba siempre un sexto de los mismos en alquiler, o bien un quinto en alquiler y servicios juntamente. Es ésta una proporción mucho más alta que todas las que he podido encontrar en otras zonas, pero es indudable que en Londres las viviendas eran caras. Lo extraño es que este hábito no cambiara. Tucker afirma que un índice «trata de medir la capacidad del trabajador para comprarse una casa». Pero si es cierto que el trabajador gastaba siempre una proporción fija de sus ingresos en vivienda, ¿no bastarían las cifras de sus salarios para medir esta capacidad? De hecho, los alquileres son los precios más difíciles de encajar en un número índice. Pocos bienes de consumo pueden normalizarse completamente. Un pedazo de pan en un determinado tiempo y lugar puede ser un bien muy distinto de un pedazo de pan en otro tiempo y lugar. «La carne de ternera que ahora se vende tan barata en algunos condados lejanos», escribía Malthus, «se parece poco, aparte del nombre, a lo que suele llamarse así en Londres.»[19] Pero esta variación en la ca-

[18] Véase C.R. Fay, *The Corn Laws and Social England*, Cambridge University Press, Cambridge 1932, p. 4.

[19] *Op. cit.*, p. 317.

lidad es especialmente marcada en el caso de las viviendas. Una casita con un cuarto de estar y un único dormitorio es un bien muy distinto de otra casa con cuatro dormitorios y un lavadero anejo o un cobertizo para el telar. Una casita cercana a una fábrica habría producido normalmente un alquiler más elevado que otra más distante, ya que para el inquilino la primera no sólo evitaba un largo trayecto a pie para ir y volver del trabajo, sino que le permitía, si así lo deseaba, aumentar sus ingresos trabajando horas extraordinarias sin reducir indebidamente sus horas de sueño.[20]

La verdad es que no se puede comparar el bienestar de dos grupos de personas muy distintas en el tiempo y en el espacio. No podemos comparar la satisfacción derivada de una dieta que comprende pan, patatas, té, azúcar y carne con la que se deriva de una dieta que consiste principalmente en harina de avena, leche, queso y cerveza. Durante gran parte del siglo XVIII sólo había una limitada serie de productos disponibles para los ingresos sobrantes de los trabajadores. Esta es la razón por la que (para escándalo del observador acomodado) cualquier alivio en la condición del pobre se traducía en más bebidas alcohólicas y mayor ocio, o «disolución y vagancia», como de ordinario la describía el observador frío y que disponía de abundante tiempo libre. Más adelante la gama de productos disponibles se amplió, y después de las guerras contra Francia se abrieron nuevas oportunidades de viajes y de instrucción. Ningún número índice puede tener completamente en cuenta estos acontecimientos.

No he formulado estas críticas ni planteado estos problemas por buscar los tres pies al gato: mi finalidad es simplemente hacer ver las dificultades de una medida aritmética de los cambios del nivel de vida. Los pioneros, como sucede con frecuencia, han tratado de abarcar demasiado. Debemos reducir

[20] Esta opinión se sostiene en una tesis inédita de Walter Lazenby, *The Social and Industrial History of Styal, 1750-1850*, Universidad de Manchester, 1949.

nuestras ambiciones, percatarnos de los límites de nuestros artificios, y abstenernos de generalizaciones. No podemos medir los cambios en los salarios reales sirviéndonos de un índice de precios al por mayor o de precios vigentes para las instituciones. No podemos combinar los datos sobre los precios en una zona con los datos sobre los salarios en otra zona. No podemos con seguridad compilar un cuadro para una larga serie de años durante los cuales pueden haberse producido cambios no sólo en la naturaleza y en la variedad de los productos consumidos, sino también en las necesidades y en los deseos humanos. No nos sirve un único índice; necesitamos muchos, cada uno derivado de los precios al por menor, cada uno limitado a un periodo breve, cada uno relativo a una sola zona, acaso incluso a un solo grupo social o profesional dentro de cada zona.[21]

No puedo por ahora esperar satisfacer estos requisitos. Todo lo que puedo ofrecer son tres breves cuadros que muestran los cambios en el coste de productos alimenticios básicos en la zona de la que a menudo se habla como de la «cuna del sistema de fábrica». Su posible mérito deriva de que están basados en los precios al por menor registrados por los contemporáneos. Los primeros se refieren a Oldham, un centro de la industria textil a cinco o seis millas de Manchester. Las cifras están tomadas de un manuscrito inédito titulado *La Cronología, o los Anales de Oldham*, de William Rowbottom,[22] y debo manifestar mi gratitud a una colega de otro tiempo, Miss

[21] Tal es la opinión sostenida por un ilustre estadístico: «No creo que los números índices puedan servir para periodos muy largos. Si se emplea el mismo esquema para todo el periodo, la dificultad de cambios en el 'mapa de preferencias' es insuperable. Si el índice se obtiene uniendo diversos esquemas, entonces nos debemos esperar un prejuicio, prejuicio que tiende a ser amplificado en el tiempo. En general, los números índices deben limitarse a comparaciones en un periodo breve.» R.G. Aallen, «The Economic Theory of Index Numbers», en *Economica*, XVI, n.° 63, agosto de 1949, pp. 197-203.

[22] Copiado por Giles Shaw, ahora en la biblioteca pública de consulta de Manchester.

CUADRO 3
ÍNDICE DEL COSTE DE LA ALIMENTACIÓN EN OLDHAM
(1791 = 100)

Año	*Harina de avena*	*Harina*	*Patatas*	*Vaca*	*Cordero*	*Jamón Ahumado*	*Mantequilla*	*Queso*	*Coste total de la alimentación*
1791 Primavera	100	100	100	100	100	100	100	100	100
1792 Primavera	105	90	85	100	100	100	100	60	94
1793 Otoño	126	102	154	80	100	100	106	90	113
1794	–	–	–	–	–	–	–	–	–
1795 Enero	121	110	154	110	110	94	112	100	117
1795 Mayo-junio	132	151	185	120	120	106	112	110	138
1796	–	–	–	–	–	–	–	–	–
1797	84	82	100	130	130	106	112	130	98
1798	–	–	–	–	–	–	–	–	–
1799 Primavera	103	73	85	100	100	88	112	110	92
1800 Mayo	316	245	309	180	180	131	175	200	249
1801 Enero	290	270	309	160	160	150	188	180	25
1801 Octubre	112	122	92	160	170	150	125	140	124
1802 Enero	126	135	92	176	180	138	115	132	133
1803 Enero	100	116	123	160	160	138	138	132	123
1804 Enero	142	114	154	160	160	124	162	154	139
1805	–	–	–	–	–	–	–	–	–
1806 Enero	153	141	115	140	140	100	144	154	139
1807 Enero	–	–	–	–	–	–	–	–	–
1808 Enero	153	133	185	140	140	112	175	140	148
1809 Enero	163	176	123	154	154	112	175	170	158

Frances Collier, de la Universidad de Manchester, por el esfuerzo que ha tenido que hacer para conseguirlas. Como otros analistas de entonces, Rowbottom comenzó con la descripción de los acontecimientos más sensacionales, como asesinatos y robos, que tuvieron lugar en aquella localidad. Para 1787 y los tres años siguientes, hay poco en el manuscrito que tenga interés económico; pero en 1791 comenzó a anotar los precios exigidos por los tenderos de Oldham, y con el tiempo se amplió el campo de sus observaciones y su anotación se hizo más sistemática. Hay muchos meses y algunos años para los cuales no se da a penas información sobre los precios y hay muchos productos, como el azúcar, la melaza, la malta, el carbón

y las velas cuyos precios se mencionan con tan poca frecuencia que es imposible incluirlos en el índice.

Cuando Rowbottom comenzó a tomar sus notas, la mayoría de sus conciudadanos eran todavía trabajadores a domicilio, ocupados en tejer fustán, calicó y tejidos a cuadros o en confeccionar sombreros. La base de su alimentación estaba formada por pan, gachas de harina de avena, patatas y algo de carne de vaca y de cordero. Por consiguiente, en la compilación del índice he dado un valor de 4 a la harina de avena y a la de trigo, de 2 a las patatas y de 1 a la carne de vaca y de cordero, al *bacon*, a la mantequilla y al queso. Se notará que los precios de los tres primeros productos han tenido mayor oscilación que los otros. La parte más pobre de la población, que vivía principalmente de harina de avena y de patatas, sufrió mucho en 1795 y quedó reducida al extremo en 1800-1801. En estos dos años de carestía Rowbottom registra que se vendían nuevas variedades de cereales, como la harina de cebada y la «harina americana» (probablemente de trigo). Los pobres recolectaban acederas, verduras y berros para sustituir a las patatas, y las ortigas se vendían en Oldham a dos peniques la libra.

La misma situación de amplias fluctuaciones en el coste de una alimentación tipo se manifiesta en las cifras relativas a los años 1810-19 (véase el Cuadro 4). Estas están tomadas de un cuadro que da informaciones detalladas sobre los salarios, sobre el precio de las provisiones, y sobre los gastos de asistencia a los necesitados, publicados en el *Manchester Mercury* del 18 de enero de 1820. Se refieren a «Manchester y las demás sedes principales de la industria algodonera», y, aunque no se cita la fuente, se afirma que los precios son «los precios medios al por menor de cada año, según las informaciones más exactas que hemos podido obtener». También aquí es claro que el precio de los alimentos a base de cereales, y de las patatas, eran más inestables que los de la carne, del *bacon*, de la mantequilla y del queso. El cuadro indica que el coste de la alimen-

CUADRO 4
ÍNDICE DEL COSTE DE LA ALIMENTACIÓN EN MANCHESTER Y EN OTRAS CIUDADES CON TALLERES TEXTILES
(1810 = 100)

Año	*Harina de avena*	*Harina*	*Patatas*	*Vaca 1ª calidad*	*Vaca calidad común*	*Jamón ahumado*	*Manteq.*	*Queso*	*Coste total de la Alimentac.*
1810	100	100	100	100	100	100	100	100	100
1811	100	91	100	100	100	82	112	100	97
1812	150	127	165	100	100	91	108	100	129
1813	130	111	120	106	108	100	119	106	116
1814	93	76	110	112	117	100	119	100	96
1815	87	69	110	100	108	95	112	100	91
1816	83	80	110	94	92	73	85	79	86
1817	127	120	130	94	92	64	85	79	111
1818	107	91	135	100	100	91	108	94	97
1819	90	73	130	100	100	91	92	94	86

tación típica disminuyó poco o nada en los cuatro años de depresión y de pobreza que siguieron al término de la guerra.

Las cifras del Cuadro 5 se refieren a Manchester. Proceden de una estimación del coste al por menor de los géneros alimenticios efectuada por la Cámara de Comercio de Manchester y publicada como apéndice en *Manchester Merchants and Foreing Trade*, de Arthur Redford.[23] Estas cifras indican que a lo largo de los años veinte el coste de la dieta base aumentó en lugar de disminuir.

He resistido a la tentación de conjuntar estos tres cuadros para presentar un único índice del coste de los géneros alimenticios desde 1791 a 1831, en parte a causa de las leves diferencias en la zona y en la gama de los productos, pero sobre todo porque los datos no proceden de una fuente común.

*Las líneas generales, sin embargo, son claras. Después de una caída a raíz de la carestía de 1800-1801, el movimiento ascendente de los precios prosiguió hasta alcanzar un máxi-

[23] Manchester University Press, Manchester 1934.

CUADRO 5
ÍNDICE DEL COSTE DE LA ALIMENTACIÓN EN MANCHESTER
(1821 = 100)

Año	*Harina de avena*	*Harina*	*Patatas*	*Vaca 1ª calidad*	*Vaca calidad común*	*Jamón ahumado*	*Manteq.*	*Queso*	*Coste total de la Alimentac.*
1822	94	117	79	100	117	96	115	95	102
1823	100	92	88	100	108	135	112	121	101
1824	116	115	141	115	117	139	127	126	122
1825	116	119	106	125	158	135	138	137	120
1826	122	112	172	125	158	130	115	137	130
1827	128	112	84	120	133	139	115	147	119
1828	119	119	100	130	133	130	123	132	120
1829	106	127	115	120	125	130	100	132	118
1830	112	119	106	110	100	113	115	105	112
1831	112	115	110	120	117	122	123	116	115

mo en 1812. Posteriormente los precios de los géneros alimenticios disminuyeron hasta 1820, pero aumentaron de nuevo durante el decenio siguiente. En 1831 la dieta típica de los pobres difícilmente podía costar mucho menos que en 1791.[24] Así las cosas, parecería que cualquier mejora en el nivel de vida tuvo que derivarse, bien de un aumento de los salarios en términos monetarios, bien de una disminución de los precios de los bienes no comprendidos en este índice. Uno de los aspec-

[24] La primera de cada grupo de las cifras siguientes es el precio de Oldham en 1791, la segunda la de Manchester en 1831: harina no de trigo (por saco) 19d, 18d; harina de trigo (por saco) 24d, 30d; patatas (por *load*) 6s 6d, 6s 3d; carne (por libra) 5d, 6d; carne de cerdo (por libra) 5d 5 ′/2d; bacon (por libra) 8d, 7d; queso (por libra) 5d,8d. El coste de la alimentación en 1810 era aparentemente superior en un 5 por 100 al de 1809, y un 60 por 100 al de 1791. Para compararlas con las cifras del cuadro 3, las cifras del cuadro 4 deberían ser incrementadas en un 60 por 100. Entre 1819 y 1821 hubo una sensible reducción en el precio de la mayor parte de los productos comprendidos en el Índice. El coste de la alimentación en 1821 era poco más o menos el mismo que en 1791, y las cifras del cuadro 5 son poco más o menos del mismo orden de magnitud que las del cuadro 3. La «cesta de bienes» de muestra costaba aproximadamente el 15 por 100 más en 1831 que en 1791.

tos singulares de la producción a domicilio era la amplitud de las variaciones del precio del trabajo. En diciembre de 1793, según Rowbottom, los tejedores de percalina a rayas de Oldham recibían diez chelines por pieza; en abril de 1794 recibían 19 chelines, y en agosto del mismo año, 24 chelines y 4 peniques. Durante el mismo periodo, el precio por el tejido de la nanquina* subió de 16 a 26 chelines por pieza. En general, por razones aducidas por Adam Smith, el precio del trabajo aumentaba cuando disminuía el coste de los géneros alimenticios, y los años de escasez solían ser años de bajos salarios. En estas circunstancias, el nivel de vida del trabajador estaba sujeto a fluctuaciones violentas. Uno de los méritos del sistema de fábrica consistió en ofrecer, y exigir, una regularidad en el empleo y, por consiguiente, mayor estabilidad en el consumo. Durante el periodo 1790-1830 la producción de las fábricas aumentó rápidamente. Una proporción mayor de la gente vino a beneficiarse de esto, bien como productores bien como consumidores.

La caída de los precios de los tejidos redujo el precio del vestuario. Los contratos gubernativos para los uniformes y las botas militares hicieron surgir nuevas industrias, y, después de la guerra, sus productos encontraron un mercado entre los artesanos mejor pagados. Las botas empezaron a sustituir a los chanclos, y los sombreros ocuparon, por lo menos en los domingos, el lugar de los chales. Productos varios, que iban de los relojes a los pañuelos de bolsillo, empezaron a formar parte del conjunto de los consumos, y después de 1820, el precio de productos como el té, el café y el azúcar disminuyó notablemente. El desarrollo de los sindicatos, de las sociedades de mutuo socorro, de las cajas de ahorro, de los periódicos y de los opúculos de amplia difusión, de las escuelas, de los templos no conformistas, todo ello demuestra la existen-

* Tela de algodón, de color amarillento, así llamada porque procedía de la ciudad china de Nanquín. (N. del T.)

cia de una clase numerosa cuyo nivel de vida estaba muy por encima de la pura y simple subsistencia.[25]

Había, sin embargo, un gran número de trabajadores no especializados o con escasa especialización —trabajadores ocupados estacionalmente en la agricultura y tejedores a mano en particular— cuyos ingresos eran casi totalmente absorbidos por el pago de los bienes que servían a las necesidades esenciales de la vida, cuyos precios, como hemos visto, permanecían elevados. Mi hipótesis es que el número de quienes podían participar en las ventajas del progreso económico no fue mayor que el número de quienes quedaron excluidos de estas ventajas, y que ese número fue aumentando constantemente. Pero hay que reconocer la existencia de dos grupos dentro de la clase trabajadora. Tal vez aquí radica la explicación de las diferencias de opinión a que me referí al principio. John Stuart Mill y sus colegas economistas se referían a un grupo, Rickman y Chadwick tenían presente el otro.

---

[25] En 1837 o en 1838, Thomas Holmes, un anciano de ochenta años nacido en 1760, manifestó a un miembro de la Liverpool Statistical Society sus impresiones sobre los cambios que se habían producido desde los tiempos de su juventud en Aldbrough (Holderness): «Ha habido un enorme aumento en el consumo de carne, pan hecho con harina de trigo, pollos, té y azúcar. Pero no se ha extendido a los más pobres, con excepción del té, el azúcar y el pan de harina. Los pobres no comen tan bien como antes, pero están mejor vestidos y tienen mejores viviendas, con mejores muebles, y son mejor curados en caso de enfermedad o desgracia. Así, pues, han salido ganando. Este, a mi parecer, es un simple análisis de toda la situación.» A propósito de los mecánicos y de los artificieros dice: «La cantidad de los salarios ha ido aumentando de manera más rápida que el coste de la vida.» A la pregunta: «¿Ha aumentado la inteligencia de las clases más pobres?» respondió: «En forma que no tiene precedentes.»

CAPÍTULO VI

EL AUMENTO DEL NIVEL DE VIDA EN INGLATERRA DE 1800 A 1850[1]

R. M. HARTWELL

I

La polémica en torno al nivel de vida de los trabajadores en la primera mitad del siglo XIX, y en particular de los trabajadores pobres de la industria, que vivían en la ciudad, ha sido la más interesante y la menos concluyente de las que han tenido por objeto la revolución industrial en Inglaterra. En el pasado, quienes sostenían que el nivel de vida fue empeorando eran más numerosos que los defensores de la tesis de la mejora, y la intransigencia en ambos campos ha dado origen, como inevitable consecuencia, a posiciones extremas.[2] En gran medida, la polémica no ha tomado la forma de un debate objetivo sobre la interpretación de los hechos conocidos, sino la de

[1] Para este artículo he tenido la suerte de contar con el examen crítico de T.S. Ashton, A.J. Taylor, E. Russel, C.P. Kindleberger.

[2] Así, por ejemplo, J. Kuczinski (*A Short History of Labour Conditions in Great Britain from 1750 to the Present Day*, ed. F. Muller, Londres 1947, p. 16) declaró que el periodo «causó un rápido deterioro de las condiciones de la clase trabajadora», mientras que J.H. Clapham (*An Economic History of Modern Britain. The Early Railway Age 1820-1850*, Cambridge University Press, Cambridge 1925, p. 561) afirma, en relación con el mismo periodo, que «para cada una de las clases de trabajadores urbanos e industriales sobre las que disponemos de datos... los salarios aumentaron considerablemente». Herbert Heaton, sin embargo, pretende que se puede disculpar el «extremismo» de Clapham porque éste se ocupó de «un campo en el que eran eminentemente activos intelectuales socialistas y neo-liberales... Se necesitó valor, escepticismo, prudencia y una actividad paciente para oponerse a aquella marea, para someter generalizaciones populares y a menudo legendarias a la prueba de la medida y de la proporción» (*Journal of Economic History*, septiembre de 1857, p. 489).

una controversia sobre los valores, sobre la oportunidad de los cambios económico-sociales.[3] El origen del desacuerdo debe buscarse también en el carácter contradictorio de las fuentes, que ha hecho posible una adhesión justificable a teorías opuestas, a falta, en gran parte del periodo, de una marcha clara del nivel de vida, y porque el aumento de la renta per cápita dejaba aún a la mayor parte de los trabajadores con un bajo nivel de vida, con mayor conciencia de sus propias necesidades que del aumento de su propio bienestar. Y así los historiadores polemizaron entre sí, a menudo exagerando las cosas y poniendo demasiado énfasis en ciertos acontecimientos, sin percatarse de que estaban violentando los hechos. Tal vez sea imposible medir exactamente el nivel de vida en los años que van de 1800 a 1850, pero, evitando prejuicios y teorías preconcebidas, se puede obtener, de la masa de datos de que disponemos, y del análisis de los cambios que probablemente se produjeron en la distribución de la renta durante un largo periodo de desarrollo económico, una visión cierta de la marcha del nivel de vida.

El presente ensayo se propone aportar algunos argumentos para sostener la tesis de una tendencia al aumento del nivel de vida durante la revolución industrial; en la segunda parte se desarrollará esta tesis sobre la base de la renta nacional y de otros agregados estadísticos que han llegado hasta nosotros, o que pueden calcularse o hipotizarse con cierto grado de certeza, ya sea partiendo de los datos sobre salarios y precios, ya sea por vía analógica. En la tercera parte nos basaremos en un análisis de los datos sobre el consumo, y en la cuarta en los datos de las estadísticas demográficas, en la comparación con el nivel de vida del siglo XVIII y en un examen detallado del aumento, después de 1800, de las posibilidades en el campo económico y social.

---

[3] Véase R.M. Hartwell, «Interpretations of the industrial revolution in England», en *Journal of Economic History*, junio de 1959.

En una palabra, la tesis de este artículo es que los salarios reales de la mayor parte de los trabajadores ingleses aumentaron de 1800 a 1850; y ello porque aumentaron las rentas medias per cápita; porque en la distribución no se verificó ninguna marcha desfavorable para los trabajadores; porque, a partir de 1815, se produjo una reducción de los precios mientras permanecieron constantes los salarios; y porque el consumo per cápita de productos alimenticios y de otros bienes de consumo aumentó; y finalmente, en cierto modo porque se multiplicaron las intervenciones del gobierno orientadas a defender o mejorar el nivel de vida.[4]

II

El desarrollo económico implica un aumento de la renta nacional per cápita y del nivel de vida siempre que la distribución deje a los trabajadores por lo menos el mismo porcentaje de un producto bruto en aumento. Por otra parte, en general, como lo han demostrado los análisis históricos del desarrollo económico, el aumento de la renta per cápita se manifiesta conjuntamente con una distribución más equitativa de la renta.[5] En Gran Bretaña, las estimaciones de aquel tiempo sobre la renta nacional entre 1800 y 1850 indican que la renta real media se duplicó en el curso del periodo, y, si bien la tendencia al aumento fue irregular, con un estancamiento durante la guerra y tal vez con una pequeña disminución en los años treinta, la renta media per cápita había aumentado ya un cincuenta por ciento en 1830.[6] Ningún modo de interpretar las

[4] Véase E.J. Hobsbawn, «The British standard of living, 1790-1850», *The Economic History Review*, agosto de 1957.

[5] Véase S. Kuznets, «Desarrollo económico y desigualdad en las rentas», en *American Economic Review*, marzo de 1955. Teóricamente puede haber un aumento en la desigualdad en las primeras fases del desarrollo, para permitir mayores ahorros e inversiones. Más adelante se examina esta posibilidad.

[6] Deane, P., «Estimaciones contemporáneas de la renta nacional...», en *Economic History Review*, abril de 1956, y «La revolución industrial y el desarrollo eco-

cifras puede hacer que éstas indiquen una disminución, pero las estimaciones son inadecuadas, bien por los métodos utilizados en su determinación, bien por su base estadística, por lo que pueden utilizarse únicamente como indicación de una tendencia y no como medida de un cambio. Este aumento de la renta per cápita, de incierta dimensión, resulta más probable aún si se tienen en cuenta otros tres fenómenos, esto es el aumento de la producción de la industria manufacturera en relación con el aumento de la población, el aumento y el notable peso de la renta producida por la industria manufacturera sobre el total de la renta nacional, y finalmente el aumento, y el notable peso sobre el total, de los empleados en la industria manufacturera. Según W. Hoffmann, la tasa de incremento de la producción industrial entre 1782 y 1855 fue del 3 al 4 por ciento al año, excepto durante los años de la guerra, cuando giró en torno al 2 por ciento;[7] en el mismo periodo la tasa anual de aumento de la población osciló entre el 1,2 y el 1,5 por ciento, con puntas entre 1811 y 1831 y con un ritmo decreciente a continuación. Sin embargo, todo esto habría tenido poca importancia si la producción industrial hubiera sido una parte tan pequeña de la renta nacional que sus cambios no hubieran repercutido sobre el nivel medio de vida. Pero la contribución de la industria manufacturera a la renta nacional au-

---

nómico: los datos de las primeras estimaciones de la renta nacional británica», en *Economic Development and Cultural Change*, enero de 1957. La señorita Deane utiliza las estimaciones del tiempo de H. Beeke (1800), B. Bell (1802), P. Colquoun (1806 y 1815), J. Lowe (1822), P. Pebrer (1833), W.F. Spackman (1843 y 1847), W.R. Smee (1846) y G.R. Porter (1847), comparándolas con las estimaciones posteriores de M. Mulhal`, R.D. Baxter, L. Levi y R. Giffen. El índice que obtiene de la «renta real media» es el siguiente: 1800: 100; 1812: 94; 1831: 174; 1836: 168; 1841: 145; 1846: 160; 1851: 193. Véanse también las cifras (*no* el texto, que las contradice) de C. Clark, «La marcha de la renta real en Gran Bretaña», en *Review of Economic Progress*, julio de 1952, y Paul Studenski, *The Income of Nations*, New York University Press, 1958, cap. VII.

[7] W. Hoffmann, *British Industry, 1700-1950*, Blackwell, Oxford 1955, y C. Snider, «Medidas del desarrollo de la industria británica», *Economica*, noviembre de 1934.

mentó de en torno a un quinto del total en 1770 a un cuarto en 1812 y a un tercio en 1831. Las cifras de los censos de 1841 y 1851 muestran que al rededor de un tercio de los empleados de Inglaterra y de Gales estaban en la industria manufacturera, y que el porcentaje de 1851 «sólo fue superado en 1951».[8] En 1850, según la estimación de M. Mulhall, la industria manufacturera contribuyó con 269 millones de esterlinas (al rededor del 40 por ciento) a la renta nacional británica de 690 millones.[9] Es, pues, probable que en torno a 1830 la industria manufacturera, como productora de renta, tuviera una función análoga a la que tuvo a partir de 1850 y que el aumento de la producción de este sector tuviera notables repercusiones sobre el nivel de vida.

Entre los factores que contribuyeron a aumentar la producción per cápita, los más importantes fueron la formación de capital, el progreso técnico y un aumento de las capacidades laborales y empresariales. Conviene explicar cómo de una combinación de estos factores surgió, entre 1760 y 1840, un cambio de una situación en que la población y las rentas aumentaban muy lentamente a otra en que la población aumentaba a la tasa anual del 1,5 por ciento y las rentas a una tasa del 3 por ciento. El fenómeno puede explicarse admitiendo que la relación capital-renta aumentó en 1 ó 2 (aproximadamente la relación actual) y que la tasa de ahorro aumento del 3-5 por ciento a más del 12 por ciento, en parte (del 1 ó 2 por ciento al 4,5 por ciento) para mantener intactos los bienes de capital frente al aumento de la población, y, en el ulterior 9 por ciento, para permitir el aumento de las rentas anuales en un 3 por ciento. Algunos análisis de la revolución industrial realizados entonces y otros efectuados con posterioridad han admitido estas tasas sin cuantificarlas. La tasa de formación del capital

[8] E.A.G. Robinson, «Cambios en la estructura de la economía británica», *Economic Journal*, septiembre de 1954, pp. 447-459.

[9] Deane, «Estimaciones contemporáneas....», *op. cit.*, p. 458.

aumentó ciertamente en el periodo considerado, pero, para determinar con precisión su efecto sobre la renta real, sería necesario conocer tanto la tasa de ahorro como el coeficiente de capital, mientras que la determinación de ambas es imposible. De las distintas posibilidades [alta tasa de ahorro (S/Y) y alto coeficiente de capital (C/O); alta S/Y y baja C/O; baja S/Y y alta C/O; baja C/O y baja S/Y], sin embargo, la que posiblemente tuvo lugar hasta en torno a 1840, cuando adquirió gran importancia la inversión en los ferrocarriles, es la de una modesta tasa de ahorro y de un bajo coeficiente de capital. Los análisis modernos de los países subdesarrollados en su proceso de desarrollo admiten con frecuencia un bajo nivel de ahorro y bajos coeficientes de capital. En la Inglaterra de la revolución industrial la tasa de ahorro era también necesariamente baja en una sociedad en la que la renta media no era aún muy superior al nivel de subsistencia y en la que el mercado de capitales era imperfecto; y la substitución de hombres por las máquinas, del viento y del agua por la energía del vapor, de la casa por la fábrica, marcaron un aumento, a menudo espectacular, en la productividad. Pero mientras la productividad de gran parte de las instalaciones industriales era elevada, su coste con frecuencia era bajo, por lo que un coeficiente de capital relativamente bajo no era incompatible con un aumento de las rentas reales. Desde 1800 en adelante las mejores técnicas y la mejor gestión de las empresas hacía ya más productivo el capital, y no hay duda de que durante todo el periodo la tasa de aumento del capital dependió tanto de la tasa de progreso técnico como de la tasa de acumulación del capital, tanto de la calidad como de la cantidad de las inversiones. Durante la revolución industrial el efecto sobre la productividad de mejores máquinas fue al mismo tiempo amplio y rápido, e igualmente rápido fue también el aumento de la productividad, debido al elevado incremento de producto por unidad de inversión. Como declaró Robert Owen en 1816: «En mis instalaciones de New Lanark, la energía mecá-

nica y la actividad en que se ocupaban unos dos mil jóvenes y adultos... realizaban ahora una cantidad de trabajo que sesenta años antes habría exigido toda la población activa de Escocia.»[10]

Sin embargo, el efecto del empleo sobre el aumento del producto nacional era potencialmente grande. Muchas de las nuevas máquinas exigían menos trabajo por unidad de producto, de suerte que, teóricamente, la consiguiente substitución de trabajo pudo ser de tal amplitud que impidiera un aumento de los salarios reales. Por otra parte, a causa de la reducción general de los costes, incluido el coste de los bienes consumidos por los trabajadores, debida a las nuevas máquinas, hubo al mismo tiempo una tendencia al aumento de los salarios reales. J.R. Hicks tuvo presentes estas tendencias cuando propuso la hipótesis de que la acumulación de capital en el siglo XIX hizo aumentar considerablemente el nivel de vida.[11] Además, los salarios fueron estables, en términos monetarios, entre 1820 y 1850, periodo de reducción de los precios, lo cual indica que la competencia de los parados y de los subempleados no fue suficiente para hacer caer los salarios. A pesar de la existencia de bolsas de subempleo tecnológico,[12] la substitución de trabajadores por máquinas no tuvo

---

[10] R. Owen, *The Life of Robert Owen, Written by Himself*, Londres 1857, 1, p. 125.

[11] J.R. Hicks, *Value and Capital*, Oxford University Press, 1939, p. 292. «El hecho de que los bienes cuya producción se ha facilitado hayan sido especialmente artículos de amplio consumo ha influido en el mismo sentido. Los bienes respecto a los cuales los salarios han descendido como consecuencia de la acumulación del capital, si existen, no son de gran importancia para el asalariado.»

[12] *Report of the Commissioners for Inquiry into the Conditions of Unemployed Hand-Loom Weavers in the United Kingdom*, Parliamentary Papers, X, 1841, p. 296, demuestra que el tejido a mano no era sólo una actividad en extinción, sino que, al ser un oficio que se aprendía fácilmente y desde hacía tiempo había impulsado las normas sobre el aprendizaje, se había convertido en «el refugio de los trabajadores sobrantes en casi todos los demás oficios» y de los irlandeses, y que «los salarios habían comenzado a disminuir antes de la introducción de las máquinas». Los salarios eran más altos y el empleo más constante en Inglaterra que en Irlanda, pero las costumbres sociales irlandesas a menudo no cambiaban con la emigración. *Reports of Commissioners (15) Poor Laws (Ireland)*, Parliam-

como consecuencia un descenso de los salarios reales medios, y la existencia de grupos de asalariados cuyos salarios reales eran estables o en disminución —grupos industriales, como los tejedores a mano, o grupos nacionales, como los irlandeses— condujo a una marcha a la baja de las medias, enmascarando así las ganancias de los sectores en desarrollo de la economía. Mejor dicho, en cierta medida, la substitución de trabajo humano por máquinas fue teórica: las nuevas máquinas requerían menos trabajo por unidad de producto que las viejas instalaciones que producían los mismos bienes; pero gran parte de las nuevas instalaciones representaba un aumento total de las instalaciones nacionales, no una substitución de las existentes, y cuando ocurría esto, el efecto neto sobre la demanda total de trabajo era un aumento absoluto. Así, por ejemplo, los ferrocarriles substituyeron gradualmente a los canales, pero el efecto de substitución sobre la mano de obra empleada en los canales fue insignificante comparado con la enorme cantidad de trabajo que exigían la construcción y el mantenimiento de los ferrocarriles.[13] Hubo en este periodo un continuo aumento en la demanda de mano de obra para la industria, demanda que provocó una diferencia entre los salarios de la agricultura y de la industria y la consiguiente mi-

---

entary Papers, XXXIV, 1836, Apéndice G, pp. ix-xii. Así, pues, los irlandeses, aun *mejorando* su condición con la emigración en el Lancarshire, con frecuencia proporcionaban a los críticos del sistema industrial de su tiempo los mejores ejemplos. Así Place declaró que el horripilante cuadro de miseria y enfermedades de Manchester, descrito por Kay-Shuttleworth, se basaba casi exclusivamente en los inmigrantes irlandeses. M.D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, Londres 1951, p. 323.

[13] T. Tooke y W. Newmarch (*A History of Prices, and the State of Circulation, during the Nine Years 1848-1856*, Londres 1857, p. 368) estiman que «la población que se ganaba el pan trabajando en la construcción de los ferrocarriles (en 1847-48) era casi... tan numerosa... como toda la población empleada en las fábricas del Reino Unido». T. Brassey (*On Work and Wages*, Londres 1873, p. 39) cuenta que, en el periodo del *boom* de los ferrocarriles, cuando, según general reconocimiento, la demanda de mano de obra era «excesiva», «se pusieron centinelas en las carreteras para impedir el paso a los vagabundos, llevarlos a la cervecería más cercana, invitarles a beber, e inducirles a comenzar el trabajo».

gración hacia las áreas industriales.[14] Como declaró amargamente un representante de los trabajadores agrícolas, «es bien sabido que en las grandes ciudades industriales como Manchester, Shefield, Birmingham, etc., cuatro días de trabajo a la semana son ampliamente suficientes para los disolutos y los borrachos».[15]

Pero las fábricas tienen que ser dirigidas, es preciso ocuparse de las máquinas, y hasta las mejores instalaciones tienen escaso valor sin hábiles empresarios y trabajadores capaces. La revolución industrial fue una revolución tanto en la organización industrial como en la tecnología. Los empresarios concentraron cada vez más la producción en las fábricas, resolvieron el problema de su dirección, de la contabilidad, la financiación, las ventas y las relaciones con los obreros. No fue el menor problema el de transformar a trabajadores artesanos y agrícolas en obreros de fábrica, con la diversidad de los distintos oficios, de los ritmos de trabajo, de incentivos, de actitud social, de modo de vida que ello comporta. Esta necesaria transformación fue ciertamente dolorosa, pero se realizó gradualmente, sin revolución política, y con un aumento simultáneo en la especialización industrial, en la fuerza contractual y en las posibilidades abiertas a los trabajadores. El efecto cuantitativo de estos cambios sobre la producción no se puede medir con precisión, pero ciertamente influyeron en el aumento de la productividad.

Ricardo, que consideraba la economía como una «investigación de las leyes que determinan la división de la actividad económica entre las clases que concurren a su formación»,

[14] Véanse E.W. Gilboy, *Wages in Eighteenth Century England*, Harvard University Press, 1934, y A. Redford, *Labour Migration in England 1800-'50*, Manchester University Press, 1926.

[15] D. Davies, *The Case of Lavourers in Husbandry*, Bath 1795, p. 163. Compárese C.D. Brereton, *A Practical Inquiry into the Numbers, Means of Employment and Wages, of Agricultural Labourers*, Norwich 1826, p. 1, que pone de manifiesto el contraste entre «el aumento... de la instrucción, del bienestar y la mejor conducta» de los trabajadores urbanos y la condición precaria de la «gente del campo».

sostenía que el efecto conjunto de las leyes demográficas y de la ley de los rendimientos decrecientes en la agricultura fijaba los salarios al nivel de subsistencia, sobre la base del precio del trigo, y por lo tanto frenaba el progreso económico a causa de la tendencia de los beneficios a disminuir al aumentar los alquileres.[16] Nació así la teoría de que los salarios se estabilizan inevitablemente al nivel de subsistencia, teoría que tanta influencia tuvo en los primeros socialistas y en Marx, y en todos los que desde entonces han sostenido la teoría de la explotación. «Con la presente estructura social, las masas constituyen una clase condenada», escribió J.F. Bray en 1839, «por la posición en que se encuentran en relación con el capital y el capitalista, su posición no puede mejorar y las injusticias que padecen no tienen remedio.»[17] Sin embargo, después de 1830, fue cada vez más difícil para los economistas clásicos conciliar la teoría con la realidad y en particular con el hecho de que la producción de trigo aumentaba más que la población y que los salarios reales iban en aumento.[18] Es teóricamente posible que el desarrollo económico pueda implicar una reducción de las rentas reales a corto plazo, pero es totalmente irracional suponer que a largo plazo, como medio siglo, durante el cual la renta per cápita aumentó, los ricos se hicieran cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Existen algunas pruebas de que las rentas en Inglaterra estaban más equitativamente distribuidas en 1850 que en 1800.

---

[16] Ricardo a Malthus, 9 de octubre de 1820. *The Work and Correspondence of David Ricardo*, Cambridge University Press, al cuidado de P. Sraffa, Cambridge 1952, vol. II, p. 278. A pesar de todo, Ricardo era perfectamente consciente del progreso, y así observó en sus *Principles* que «muchas de las comodidades que se disfrutan en una casita inglesa se habrían considerado un lujo en un periodo anterior de nuestra historia». *Ibid.*, vol. I, *On the Principles of Political Economy and Taxation*, p. 97.

[17] J.F. Bray, *Labour's Wrongs and Labour's Remedy*, Leeds 1839, p. 67.

[18] Esta dificultad ha sido muy bien examinada por M. Blaug, en «La componente empírica de la economía ricardiana», *The Journal of Political Economy*, febrero de 1956.

C. Clark, por ejemplo, estimando los coeficientes de Pareto, sostiene que la distribución de las rentas era más desigual en 1812 que en 1848.[19] El reparto del impuesto sobre la renta de 1812 y de 1848 muestra también que el número de sujetos imponibles entre 150 y 500 esterlinas aumentó más que el de los imponibles superiores a 500 libras; una comparación entre poseedores de títulos de renta fija en 1831 y en 1848 revela que el mayor aumento se produjo en el número de quienes recibían dividendos inferiores a las 5 libras.[20] Sin embargo, estas cifras no constituyen una prueba convincente de un cambio sustancial en la distribución de las rentas. En todo caso, como observa E.H. Phelps Brown, «los cambios en los salarios reales debidos a cambios distributivos han sido muy pequeños frente a los cambios ligados a las variaciones de la productividad».[21] Se asistió en general al aumento simultáneo, a tasas de desarrollo análogas, del conjunto de los bienes de capital, de la producción y de las rentas reales.[22] Los estudios sobre la variación a largo plazo del porcentaje de los salarios sobre la renta nacional muestran que desde alrededor de 1860 este porcentaje permaneció constante.[23] Si esta estabilidad data

[19] C. Clark, *The Conditions of Economic Progress*, 2.ª ed., Macmillan, Londres 1951, pp. 534-538.

[20] W.R. Greg, *Essays on Political and Social Science*, Londres 1853, vol. I, pp. 318-19.

[21] E.H. Phelps Brown, «La evolución a largo plazo de los salarios reales», en *The Theory of Wage Determination*, ed. J.T. Dunlop, Londres 1957, p. 53.

[22] Véase P.H. Douglas, *The Theory of Wages*, Macmillan, Nueva York 1934, cap. vii, que demuestra la estrecha correlación entre la productividad y los salarios; y también su artículo: «Una estimación del aumento de capital en el Reino Unido, desde 1865 a 1909», en *Journal of Economic and Business History*, agosto de 1930, p. 683. Véase también E.H. Phelps Brown, *op. cit.*, que demuestra que los salarios reales por empleado han tenido normalmente una evolución semejante tanto a la de la acumulación del capital como a la de la productividad; por ejemplo, la duplicación del capital real per cápita en el Reino Unido entre 1870 y 1938. A.K. Cairncross, «El lugar del capital en el progreso económico», en *Economic Progress*, a cargo de L.H. Dupriez, Lovaina 1955, argumenta que «capital y renta tienden a aumentar poco más o menos a la misma tasa» (p. 238), y observa la estabilidad a largo plazo en la relación entre estas dos magnitudes.

[23] Son muchos los escritos sobre este tema, «en parte en razón del interés

de un periodo anterior, el porcentaje de salarios habría aumentado proporcionalmente a la renta nacional de cualquier periodo precedente, tal vez desde el comienzo de la revolución industrial. No es improbable, sin embargo, que la parte de los salarios fuera inferior en 1780-1800 que en 1860, y que por lo tanto entre estos dos años los salarios aumentaran más rápidamente que la renta nacional. Que esto sea probable lo indica el aumento continuo en todo el periodo del número de empleados en la industria manufacturera. Los salarios de la agricultura permanecieron inferiores a los de la industria, y, con el paso de muchos trabajadores a ocupaciones de mayor productividad, los salarios reales medios aumentaron. Las cifras de los censos muestran que el porcentaje de familias agrícolas sobre el total en 1811 y en 1831 era respectivamente del 35,2 y del 28,2, y que el porcentaje de hombres adultos ocupados en la agricultura sobre el total de trabajadores de sexo masculino en 1831, 1841 y 1851 era respectivamente del 31,7, del 25,7 y del 21,1.2.[24] Una ulterior confirmación nos la proporciona el aumento en estos años de la parte de la población total ocupada en el comercio, en las finanzas y en las profesiones liberales, «medida bastante precisa del grado de progreso económico».[25] Las estadísticas de empleo anteriores a 1841 no son muy útiles, excepto para grandes categorías, pero

---

general por la suerte de los trabajadores en una sociedad en que está difundida la conciencia de clase... en parte a causa del intento de medir el grado de monopolio mediante la cuota de producto destinada a salarios» (S. Kuznets, «Distribución de la renta nacional según las cuotas de los factores productivos», en *Economic Development and Cultural Change*, abril de 1959, p. 55), pero no existe ninguna explicación suficiente del fenómeno. Véase A.L. Bowley, *Wages and Income in the United Kingdom since 1860*, Cambridge University Press, 1937, para las estadísticas de base, y los comentarios de los siguientes autores: J.M. Keynes, «Movimientos relativos de los salarios reales y de la producción», en *Economic Journal*, marzo de 1939; J.H. Richardson, «Movimientos de los salarios reales», en *Economic Journal*, septiembre de 1939; E.H. Phelps Brown y P.E. Hart, «La cuota de los salarios en la renta nacional», en *Economic Journal*, junio de 1952.

[24] G.R. Porter, *The Progress of the Nation*, Londres 1847, pp. 53 y 64.

[25] C. Clark, *op. cit.*, pp. 397 y 401.

otras fuentes muestran que existen grandes aumentos en el número de ocupados en los servicios —transportes, actividades comerciales y financieras, administración pública y profesiones liberales— entre 1780 y 1850.[26] Entre 1841 y 1851 las cifras del censo muestran un aumento de empleados en los servicios —excepto el servicio doméstico— del 9,1 al 12,2 por ciento de la población, o, según las correcciones de C. Booth, del 14 al 15,5 por ciento.[27] Al mismo tiempo, el porcentaje de empleados en actividades productivas sobre el total de la población aumentó, gracias a la gradual absorción de la mano de obra infraocupada de la economía prevalentemente agrícola de la Gran Bretaña preindustrial en trabajos más completos en la industria y en los servicios. Así, por ejemplo, el empleo de mujeres y niños, sobre el que tanto ruido y tantas críticas se hicieron, si bien era común en las fábricas y en las industrias domésticas inglesas antes de la revolución industrial, fue ciertamente más productivo, y generalmente se desarrolló en condiciones más humanas, durante dicha revolución.

El nivel de vida de los trabajadores se vio influido por la redistribución de la renta efectuada por el gobierno, especialmente mediante los impuestos y los gastos sociales. El sistema fiscal entre 1800 y 1850 tenía ciertamente una estructura regresiva, aunque durante la guerra se introdujo el impuesto sobre la renta (el más gravoso del siglo), y nuevamente se impuso en 1842, cuando arrojó un total de cinco millones de esterlinas al año. Los ingresos del tesoro procedían principalmente de los impuestos indirectos, entre los que los ingresos aduaneros representaron una parte creciente hasta 1840, estabilizándose a continuación. La reducción de los aranceles

---

[26] Véase por ejemplo A.M. Carr-Saunders y P.A. Wilson, *The Professions*, Clarendon Press, Oxford 1933, pp. 294-97.

[27] C. Clark, *op. cit.*, p. 408; E.A.G. Robinson, *op. cit.*, p. 459. Las estimaciones de Booth han sido citadas por Clark tomándolas de *The Journal of the Royal Statistical Society*, 1886.

después de 1824, y especialmente después de 1840, produjo un beneficio general, provocando la bajada del precio de muchos bienes de gran consumo y alentando la demanda de bienes hasta entonces considerados de lujo. Otros impuestos, también indirectos, se redujeron después de la guerra, con cifras que permanecieron estables en torno a 3-4 millones de esterlinas entre 1825 y 1856. Los ingresos totales del Estado también disminuyeron después de 1815 tanto en términos absolutos (hasta 1843) como en porcentaje de la renta nacional, e igualmente en términos de contribuciones medias per cápita.

Por el lado del gasto, el servicio de la deuda pública era la rúbrica mayor y más regresiva, pero su incidencia permaneció estable en términos monetarios, variando de 33,9 a 28,1 millones de libras entre 1815 y 1845, de suerte que representó una parte decreciente de la renta nacional, si bien en términos reales su incidencia aumentó en el periodo de la caída de los precios. La nómina civil y el capítulo de las pensiones, a las que el *Black Book* dio tanta notoriedad, era una pequeña rúbrica y bajó en términos absolutos. El coste de los «servicios sociales» iba de 2 a 5 millones de libras, y aumentó después de 1830, pero las ventajas de los trabajadores debieron ser poco importantes. Mucho mayor era el gasto por asistencia y sostenimiento de los pobres, financiado mediante los «impuestos para los pobres», y el de los condados, que alcanzó los 7,9 millones en 1818, osciló entre 5,7 y 7 millones en el periodo entre 1818 y 1832, bajó a 4 millones en 1834 y subió a 6,2 millones en 1848.[28] Sobre estos gastos e ingresos del gobierno, todo lo que se puede decir es que no se dio una marcha nítida, aunque se verificó una reducción en la carga fiscal media y un aumento en los ingresos medios de la clase trabajadora pobre.

Pero la acción del gobierno se manifestó también de otra forma: una considerable legislación hizo que también el gasto

[28] G.R. Porter, *op. cit.*, parte IV.

privado contribuyera a mejorar la condición de los trabajadores. Esta legislación comprendía leyes protectoras, como las *factory acts* y las *truck acts*, leyes permisivas (*enabling acts*), como la legislación sobre cajas de ahorro y las sociedades de ayuda mutua, y medidas de utilidad general como las que mejoraban las administraciones municipales. Bajo el imperio de estas leyes, por ejemplo, las horas de trabajo se redujeron en las fábricas y se fijaron límites a la edad mínima a la que los niños podían trabajar, se prohibió a las mujeres y a los niños el trabajo en las minas, algunos estudios escolares se hicieron obligatorios para los niños que trabajaban en las fábricas, y se facilitó el servicio hídrico y de alcantarillado a las autoridades municipales. Estas medidas legislativas, según J.M. Ludlow y L. Jones, «garantizaron los elementos primarios de salud, seguridad y bienestar» para la gente en general, poniéndola en condiciones de «alimentarse mejor, vestirse mejor, habitar en casas mejores, convertirse en una población más sana, más ordenada, más ahorradora, más diligente, más confiada en sí misma, mejor educada».[29] No hay duda de que la presión humanitaria y legislativa aumentó los costes fijos de carácter social de la industria, en beneficio directo de los trabajadores, expulsando del mercado aquellos empresarios marginales cuya ineficiencia había estado antes protegida por la explotación del trabajo.

III

Algunos datos sobre la condición de la clase trabajadora durante la revolución industrial nos los proporcionan las estadísticas del ahorro, de los salarios y el consumo. Los depósitos de las cajas de ahorro después de su creación en 1817 al-

---

[29] J.M. Ludlow y L. Jones, *Progress of the Working Class 1832-1867*, Londres 1867, pp. 69 y 82.

canzaron en 1829 la cantidad de 14,3 millones de esterlinas y de casi 30 millones en 1850, cuando el número de impositores alcanzó la cifra de 1.112.999. Los 30 millones de esterlinas depositados en 1847 representaban en su mayor parte ahorros de asalariados —entre los cuales prevalecían los servidores domésticos— y de artesanos.[30] Las sociedades de asistencia y de ayuda mutua, que en 1858 alcanzaban el número de 20.000, con unos dos millones de socios, habían además acumulado nueve millones de esterlinas.[31] Otras asociaciones que recaudaban los ahorros de las clases obreras, como las Building and Land Societies (después de 1816) y las sociedades cooperativas (después de 1844) no progresaron tan rápidamente, aunque su aparición en este periodo demuestra el aumento de la capacidad de ahorro de las clases trabajadoras.[32]

Una expansión económica de tan amplio alcance y de tan larga duración como la revolución industrial fue posible sólo por la gran ampliación del mercado, con la creación o el descubrimiento de mercados cada vez más amplios y accesibles, con consumidores deseosos y capaces de adquirir una producción cada vez mayor de bienes y servicios. Sin embargo, durante un periodo tan breve, es importante, en una investigación sobre el tenor de vida, conocer qué parte del aumento de producción se tradujo en ahorro e inversiones más bien que

---

[30] H.O. Horne, *A History of Savings Banks*, Oxford University Press, 1947, p. 116. Los ahorros tendieron a aumentar, excepto en los años 1828-29, 1830-32 y 1847-48. Algunos ejemplos ilustrarán mejor la composición de la masa de ahorradores: de los 14.937 depositantes del Manchester and Salford Savings Bank en 1842, 3.063 eran servidores domésticos, 3.033 eran niños a los que sus padres destinaban sus ahorros, 2.372 eran comerciantes, empleados, almacenistas, peones, artistas y profesores, y el resto eran trabajadores agrícolas e industriales (W.R. Greg, *op. cit.*, p. 318).

[31] C. Hartwick, *The History, Present Position and Social Importance of Friendly Societies*, 2.ª ed. Heywood, Manchester 1869, p. 22.

[32] J.M. Ludlow y L. Jones, *op. cit.*, pp. 125ss; G.J. Holyoake, *The History of Cooperation*, Unwin, Londres 1906, vol. I, pp. 266ss. Así por ejemplo las escrituras legales relativas a las casas registradas por las cooperativas de construcción en West Riding llegaron a 192 entre 1843 y 1847, a 1.372 entre 1848 y 1852, y a 3.044 entre 1853 y 1857.

en consumos, y qué parte fue al extranjero, sin contrapartida inmediata en otros bienes. Pero, sea cual fuere el total de ahorros y exportaciones a corto plazo, la acumulación de capital a largo plazo hizo aumentar la productividad y las ventas al exterior originaron un aumento de las importaciones.[33] En todo caso, ni la acumulación de capital ni las exportaciones, ni ambas cosas juntas, habrían podido absorber el aumento de la producción de este periodo. La acumulación de capital no era tan grande que incidiera de manera exorbitante sobre la producción corriente; y las exportaciones aumentaron, como porcentaje sobre la renta nacional, del 12 por ciento en 1820 al 15 por ciento en 1850 (las exportaciones finales, no reexportadas, en el periodo, subieron del 12 al 18 por ciento), al tiempo que la balanza comercial se hacía cada vez más *desfavorable* (por término medio, 8,6 millones de esterlinas en 1816-1820, alrededor del 3 por ciento de la renta nacional, y 26,8 millones en 1840-1850, entorno al 5 por ciento de la renta nacional).[34] Hubo, sin embargo, el periodo bélico en el que gràn parte de la producción fue absorbida bien por gastos de la guerra improductivos en el interior, bien por préstamos y ayudas a los aliados. Como ha demostrado A.D. Daniels, «el aumento de capacidad productiva, en lugar de hacer aumentar el bienestar material de la comunidad, tuvo que ser dedicado a la continuación de la guerra».[35] La falta de un aumento sensible del tenor de vida

[33] A no ser que, naturalmente, la razón de cambio hubiera empeorado tanto que el aumento de productividad acabara en las exportaciones. La cantidad de bienes importados (a precios de 1694) subió de 4 (1811-18) a 15 (1847-53), y la de los bienes exportados de 4 a 15; la razón de cambio (precios de los bienes exportados divididos por los precios de los bienes importados, 1913 = 100) disminuyó de 123 a 90. Sin embargo, aunque una parte del aumento de la productividad fuera al exterior, las importaciones aumentaron a una tasa muy cercana a la de las exportaciones (W.A. Lewis, *Economic Survey, 1919-1939*, Allen & Unwin, Londres 1949, pp. 195 y 202).

[34] Porcentajes calculados con las cifras de E.A.G. Robinson, *op. cit.*; P. Deane, *op. cit.*; L. Levi, *History of British Commerce*, Londres 1872.

[35] G.W. Daniels, *The Early English Cotton Industry*, Manchester University Press, 1929, pp. 147-48. El recuerdo de las privaciones del tiempo de guerra

antes de 1815 se debió, por lo tanto, no a la industrialización, sino a la guerra.

La ampliación del mercado había sido posible más por la reducción de los precios que por el aumento de los salarios en términos monetarios.[36] Mientras, después de la guerra, los salarios en términos monetarios permanecieron relativamente estables, descendieron en cambio los precios de los productos industriales y agrícolas. Los productos de los sectores en que había tenido lugar la revolución, industrial o agrícola, tendían a ser baratos y abundantes, ya que los nuevos empresarios eran plenamente conscientes de que la gran expansión de la producción sólo era posible si se producían mercancías adecuadas a mercados masivos. De ahí que el objetivo de Robert Bakewell* de criar un número cada vez mayor de ovejas fuera «no producir carne para las mesas de los ricos, sino proporcionar un sustancioso nutrimento a las clases trabajadoras». «Yo no crío carneros para los señores, sino para el público.»[37]

De modo semejante, A. Redgrave, de Yorkshire, escribía: «Los esfuerzos de la mayor parte de los industriales de West

persistió durante todo el siglo XIX, y se manifestó, por ejemplo, en afirmaciones como la de J.E. Thorold Rogers: «A numerosas familias se las sumió en el hambre para encontrar los medios para la gran guerra... los recursos en que se basaba la lucha, y sin los cuales el país se habría hundido rápidamente, fueron las restricciones y la extrema miseria de los trabajadores, el duro y excesivo trabajo y la subalimentación de los niños, la inseguridad en el empleo y la escasez de la paga en la edad madura» (*Six Centuries of Work and Wages*, Londres 1884, p. 505). Véase también Sir George Nicholls, *A History of the English Poor Law* (1.ª ed., 1860; nueva ed., H.G. Willink, Londres 1904), vol. 2, pp. 165-66; y W. Cunningham, *The Growth of English Industry and Commerce in Modern Times* (1.ª ed., 1882; ed. de Cambridge University Press de 1925), vol. 2, parte III.

[36] Por ejemplo G.R. Porter, *op. cit.*, p. 459: «La disminución en las ganancias semanales... ha sido en todo caso de escasa entidad y ciertamente no comparable a la disminución en el coste de la mayor parte de las cosas indispensables para la vida, incluidos entre éstas la mayor parte de los géneros alimenticios y todos los artículos de vestir.»

* Agricultor del Leicestershire (1725-1795). Es considerado el pionero en la cría científica de ganado de carne.

[37] A. Rees, *The Cyclopaedia*, Londres 1819, vol. 22, voz «ovejas»; R. Wallace, *Farm Lve Stock of Great Britain*, 4.ª ed., Edimburgo 1907, p. 575.

Riding se orientan principalmente a la producción de tejidos baratos; no hay duda de que pueden vender un tejido relativamente bien elaborado a un precio bajo... y pueden también producirlo en grandes cantidades.»[38]

Sin embargo, si el descenso de los precios se hubiera producido solamente en los bienes manufacturados, la ventaja expresada en salarios reales de la clase trabajadora —que gastaba gran parte de sus ingresos en alimentación y combustible— no habría sido grande. Pero después de 1815 bajaron también los precios de los géneros alimenticios, junto con los precios de casi todos los demás bienes de consumo. El índice de los precios de bienes de consumo de R.S. Tucker —que considera géneros alimenticios, combustibles, luz y vestuario, es decir los renglones más importantes de los presupuestos familiares de la clase trabajadora— muestra una curva descendente desde 1813-15 a 1845, como también lo muestra el índice compilado por la señorita E.B. Schumpeter para 22 géneros alimenticios y bebidas y para nueve bienès entre los cuales combustibles, luz y vestuario.[39]

Por el contrario, los salarios expresados en términos monetarios subieron un poco menos que los precios durante la guerra y después de ésta permanecieron estables o bajaron menos que los precios como lo demuestran los índices de los salarios que fueron compilados en ese periodo.[40]

---

[38] A. Ure, *Philosophy of Manufacturers*, ed. revisada por P.L. Simmonds, Londres 1861, p. 710.

[39] R.S. Tucker, «Salarios reales de los artesanos en Londres de 1729 a 1835», en *Journal of the American Statistical Society*, 1936; E.B. Schumpeter, Precios y hacienda pública ingleses de 1660 a 1822», en *Review of Economic Statistics*, 1938.

[40] Véanse por ejemplo los artículos de A.L. Bowley en *The Journal of Statistical Society* (1895, 1898, 1899, 1902) y en *The Economic Journal* (1895, 1896) y su libro *Wages in the United Kingdom in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, 1900; G.H. Wood, «La marcha de los salarios medios entre 1790 y 1860», en *The Economic Journal*, 1899; N.D. Kondratieff, «La dinámica de los precios de las mercancías industriales y agrícolas», en Archiv für *Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1930; E.H. Phelps Brown y S.V. Hopkins, «Siete siglos de salarios en la industria de la construcción», en *Economica*, 1955; R.S. Tucker, *op. cit.* Ade-

El hecho de que la renta nacional total en términos monetarios aumentara sensiblemente, mientras que los salarios permanecieran estables y los precios de los bienes de consumo más importantes permanecieran también estables o bajaran nos hace claramente suponer que el abastecimiento de alimentos creció junto con la población.[41] Y cuando se consideran otros géneros de primera necesidad, se halla evidentemente implícito un aumento de los salarios, al menos después de 1818, y sería poco serio negarlo, ya que en realidad lo confirma la marcha industrial de aquel periodo.[42]

---

más, quienes han avanzado la hipótesis de un empeoramiento se han basado con demasiada frecuencia no en índices sino en declaraciones individuales de sufrimiento, que se habían exagerado; así W. Felkin, *Remarks upon the Importance of an Inquiry into de Amount and Appropiation of Wages by the Working Classes*, Londres 1837, p. 7, comparando las declaraciones de los trabajadores acerca de los salarios recibidos con las sumas efectivamente pagadas , según los registros de los libros contables de los dadores de trabajo, escribe: «Los resultados son: a) dice haber recibido 16 chelines, mientras que ha recibido 18; b) dice haber recibido 15 mientras ha recibido 18; c) dice haber recibido 16 mientras ha recibido 20; d) dice haber recibido 18 mientras ha recibido 26; e) dice haber recibido 15 mientras ha recibido 25.»

[41] Por ejemplo, S.J. Chapman, *The Lancashire Cotton Industry*, Manchester University Press, 1904, p. 75; T.S. Ashton, *Iron and Steel in the Industrial Revolution*, Manchester University Press, 1924, p. 75; T.S. Ashton y J. Sykes, *The Coal Industry on the Eighteenth Century*, Manchester University Press, 1929, p. 141; F.A. Wells, *The British Hosiery Trade*, Londres 1935, pp. 128-29. Véanse también A.D. Gayer, W.W. Rostow y A.J. Schwartz, *The Growth and Fluctuation of the British Economy 1790-1850*, Clarendon Press, Oxford 1953, vol. 2, cap. IV, Esquemas cíclicos relativos a la condición de los trabajadores. Véanse igualmente los libros de información general del tiempo, por ejemplo G.R. Porter, *op. cit.*, p. 459; P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, Londres 1833; J. Ward, *Workmen and Wages at Home and Abroad*, Londres 1868; S. Smiles, *Workmen's Earnings, Strikes and Savings*, Londres 1861; J.R. McCulloch, *The Principles of Political Economy*, 4.ª ed., Londres 1849.

[42] E.J. Hobswawn afirma que si se pudiera probar la tesis del empeoramiento, «se haría sobre la base de los datos sobre el consumo» y declara que «no hay ninguna indicación de aumentos sensibles en el consumo per cápita de muchos géneros alimenticios, y en todo caso existe la prueba de una caída temporal» (*op. cit.*, p. 57). El uso del término «sensibles» hace difícil refutar esta afirmación, pero los datos del doctor Hobsbawn sobre el consumo de carne, trigo, leche, queso, huevos, mantequilla, té, azúcar y tabaco (los géneros alimenticios que él considera) es ambigua; admite que hubo aumento en los tres últimos bienes; basa sus cifras en estadísticas muy dudosas (véase más adelante); afirma que el consu-

Las estadísticas del consumo anteriores a 1850, aunque inadecuadas y no dignas de fe, indican aumentos modestos aunque fluctuantes en el consumo de la mayor parte de los géneros alimenticios y de los demás bienes de consumo. M.G. Mushall, por ejemplo, ha calculado que entre 1811 y 1850 aumentó el consumo per cápita de carne, azúcar, té, cerveza y huevos, mientras que el del trigo disminuyó algo entre 1830 y 1850, para aumentar posteriormente.[43] Las estadísticas de las importaciones son las más esmeradas para medir el consumo en aquel tiempo; muestran en este periodo importantes aumentos en una amplia gama de géneros de consumo; por ejemplo, el té, «a partir de en torno a 1815 experimenta un aumento secular, que se aceleró notablemente en el último decenio del periodo; el tabaco experimenta también «una persistente tendencia al aumento», y también el azúcar experimenta esta tendencia.[44] En torno a 1840 los barcos de vapor, por citar una de las vías de importación, vierten sobre Inglaterra un flujo casi diario de ganado irlandés, de pollos, carne y huevos. Durante los «años del hambre», en torno a 1840, hubo un aumento de las medias per cápita del consumo de un cierto número de géneros alimenticios importantes: mantequilla, cacao, queso, café, arroz, azúcar, té, tabaco, grosellas.[45] Por esta ra-

---

mo de lacticinios tuvo que disminuir porque «la cría de bovinos debe haber sufrido una disminución con el urbanismo» (no ofrece ninguna estadística) y que éstos eran en todo caso substitutos de la carne, de naturaleza inferior a ésta; afirma que «muy difícilmente el consumo de huevos pudo aumentar» (no ofrece ninguna prueba).

[43] M.G. Mulhall, *The Dictionary of Statistics*, Londres 1892, pp. 120, 158, 281, 286, 354, 542. Mulhall ofrece también estadísticas que demuestran un aumento del consumo per cápita de jabón, cuero, lino, algodón y carbón.

[44] Gayer, Rostow y Schwartz, *op. cit.*, vol. 2, pp. 957-65.

[45] L. Levi, *op. cit.*, p. 497. Se podría sostener que el aumento en la importación de géneros alimenticios sirvió para compensar lo inadecuado de la producción interna, sin ningún aumento per cápita en la oferta total de dichos géneros. Pero también se puede sostener, de manera aún más convincente, que Gran Bretaña se iba especializando cada vez más, beneficiándose de su relativa ventaja en la producción industrial. Que esta especialización hiciera aumentar el nivel de vida también en este periodo resulta del carácter «de lujo» de gran parte

zón, Peel, en su carta electoral a los electores de Tamworth en julio de 1847, destacando el gran aumento en la importación de géneros alimenticios no de primera necesidad entre 1841 y 1846, declaró: «¿Acaso puede dudarse de que, si el consumo de los artículos superfluos ha aumentado en tal medida, el consumo de los bienes de primera necesidad, como por ejemplo la carne y el pan, no haya aumentado por lo menos de la misma forma?»[46] Ciertamente cuando P.L. Simmonds consideró las costumbres alimenticias de los ingleses en los años cincuenta concluyó que «el hombre inglés está mejor alimentado que cualquier otra persona en el mundo».[47]

Por desgracia, no hay estadísticas suficientes sobre el consumo de pan y de carne. Las principales dudas en los datos estadísticos sobre el pan son las relativas a las superficies cultivadas y a los rendimientos de los cereales, especialmente el trigo. No existe ninguna prueba convincente que apoye la declaración del Dr. Hobsbawn de que «el hecho fundamental es que, como los contemporáneos ya sabían, la producción y las importaciones no siguieron el ritmo del aumento de la población, de modo que disminuyó constantemente la cantidad de trigo disponible por persona, desde finales del siglo XVIII hasta los años en torno a 1850. La cantidad de patatas aumentó aproximadamente al mismo ritmo.»[48] Por el contrario —como ya observaron T. Tooke, G.R. Porter, J.R. McCulloch y también J.St. Mill— la producción agrícola aumentó a

---

de los géneros alimenticios importados. Un aumento absoluto en la demanda se verificó cuando los aranceles, y por lo tanto los precios, se redujeron (por ejemplo los precios del té se redujeron de 2 chelines y 9 peniques la libra en 1831 a un chelín en 1853) y cuando los precios permanecieron relativamente constantes (por ejemplo, en el caso del azúcar y del café).

[46] *Memoirs by the Right Honourable Sir Robert Peel*, Londres 1857, vol. 2, p. 104.

[47] P.L. Simmonds, *The Curiosities of Food*, Londres 1859, p. 2.

[48] E.J. Hobsbawn, *op. cit.*, p. 59. Las estadísticas sobre el trigo del doctor Hobsbawn provienen de R.N. Salaman, *The History and Social Influence of the Potatoe*, Cambridge University Press, 1949, apéndice IV, que las obtuvo de Lord Ernle, *English Farming Past and Present*, 1.ª ed., Longmans Green, Londres 1912.

mayor ritmo que la población.[49] Cuando F.M. Eden escribía en 1797, el pan de centeno, de avena y de cebada era común, particularmente en el norte; cuando McCulloch habló del pan en su diccionario comercial en 1859, observó la desaparición del pan de avena y de cebada, la escasísima importancia del pan de cebada y el consumo generalizado, en las ciudades, en los pueblos y en casi todas las localidades del país, del pan de harina de trigo.[50] Esta sustitución, con una población en rápido aumento —aumento que solía producirse en conexión con el aumento del nivel de vida— no habría sido posible sin un gran aumento en la producción interna de trigo, ya que no puede imputarse al aumento de las importaciones. Pero ello no era sorprendente en el siglo de la revolución agrícola: entre 1760 y 1864 los campos comunes y los terrenos incultos de Inglaterra fueron vallados, originando un aumento tanto del área como del rendimiento de los terrenos arables. Incluso prescindiendo de otras mejoras, el simple cercado fue suficiente para hacer aumentar sustancialmente el rendimiento. El mayor aumento en el área cultivada se produjo durante la guerra, sin que sepamos con exactitud cuál fue el aumento después de 1815.[51] En todo caso Drescher estima que en Ingla-

---

[49] Así, por ejemplo, J.St. Mill, que probablemente consideraba que el nivel de vida había descendido a causa de la industrialización, sostenía en 1848 que «en Inglaterra y en Escocia la habilidad de los agricultores ha aumentado recientemente con mucha mayor rapidez que la población, ya que los géneros alimenticios y demás productos agrícolas , a pesar del aumento de la población, pueden cultivarse a un coste menor que el de hace treinta años» (*Principles of Political Economy*, ed. de W.J. Ashley, Longmans Green, Londres 1915, p. 704).

[50] F.M. Eden, *The State of the Poor*, Routledge, Londres 1928, pp. 103-4; J.R. McCulloch, *A Dictionary Practical, Theoretical and Historical of Commerce and Commercial Navigation*, Londres 1869, p. 197. Ya desde 1795 el conde Rumford (*An Essay on Food and particulary on Feeding the Poor*, nueva ed., Dublín 1847, p. 48) notaba «la extraña aversión» hacia el pan de centeno en Inglaterra.

[51] Los historiadores de la agricultura de este periodo están de acuerdo, sin embargo, en que las áreas cultivadas se incrementaron después de 1815; por ejemplo, W.H.R. Curtler, *The Enclosure and Redistribution of our Land*, Oxford University Press, 1920, pp. 231-32; A.H. Johnson, *The Disappearance of the Small Landowner*, Clarendon Press, Oxford 1909, p. 99; J.A. Venn, *Foundations of Agri-*

terra y en Gales la superficie de cultivo del trigo aumentó de 3 a 3,8 millones de acres entre 1798 y 1846, y que el rendimiento aumentó de 20-24 a 32-34 bushels por acre. En un estudio sobre la productividad de las tierras destinadas al trigo a lo largo de siete siglos, M.K. Bennet demostró que «la tasa más rápida de aumento en la producción inglesa de trigo se produjo probablemente en los cien años que van de 1750 a 1850» y que, mientras «la medida de 15 bushels por acre era, a mediados del siglo XVIII, más o menos representativa del rendimiento por acre del trigo en Gran Bretaña, la medida representativa en 1850 era de 26-28 bushels».[52] Según las estimaciones de Drescher, el aumento de la producción de trigo era apenas inferior al aumento de la población. Pero sobre la base de otros supuestos probablemente plausibles —por ejemplo, que los rendimientos por acre en 1800 eran inferiores a 20 bushels y a casi 30 bushels en 1850— se puede afirmar que el aumento de la producción nacional de trigo (sin las importaciones) mantuvo el ritmo del aumento de la población.[53] Los precios del trigo y del pan apoyan ciertamente la opinión de que no hubo en ese largo periodo escasez de trigo y de harina. Los precios del trigo cayeron bruscamente después de 1815 y permanecieron relativamente estables después de 1822, si bien con una apreciable tendencia a la baja; el precio medio anual alcanzó los 30 chelines sólo en una ocasión, en 1839, y el precio de 1935,

---

cultural Economics, Cambridge University Press, 1923, p. 314; G.E. Fussell y M. Compton, «Adaptaciones en la agricultura después de las guerras napoleónicas», en *Economic History*, febrero de 1939, p. 202; L. Drescher, «El desarrollo de la producción agrícola en Gran Bretaña y en Irlanda desde principios del siglo diecinueve», en *The Manchester School*, mayo de 1955, p. 167.

[52] M.K. Bennet, «Rendimiento del trigo por hectárea en Gran Bretaña a lo largo de siete siglos», en *Economic History*, febrero de 1935, p. 28.

[53] T. Tooke y W. Newmarch, *op. cit.*, vol. 5, p. 132, escribieron en 1857 que «durante los últimos treinta años el aumento en Inglaterra del rendimiento medio por acre del trigo es muy superior a lo que se suele suponer», con datos para comprobar esta afirmación. Compárese la afirmación de J.R. McCulloch (1869) de que «el rendimiento de las cosechas de trigo se ha cuadruplicado, como mínimo, desde 1760» (*op. cit.*, p. 197).

39 chelines y 4 peniques, fue el más bajo durante medio siglo.[54] También el precio del pan fue relativamente estable en este periodo: por ejemplo, en Londres el precio de la barra de pan de 4 libras osciló entre 6,8 peniques hasta 11,5 entre 1820 y 1830, pero con una variación de 6,8 peniques a 10,5 en todo el periodo, excepto siete años, y con medias de 9,7, 9,1 y 9,3 por decenio.[55]

Sobre el consumo de patatas se sabe mucho menos que sobre el del trigo, si bien R.N. Salaman ha calculado que el consumo diario per cápita en Inglaterra y en Gales aumentó de 0,4 a 0,6 libras entre 1795 y 1838.[56] La hipótesis de que este aumento no representó un incremento neto en la alimentación total (la cual, a partir de 1815, debe relacionarse con el aumento en el uso por parte de la clase trabajadora de tierras cultivables), sino una sustitución, que se hizo necesaria, del pan de harina de trigo por un producto inferior, se basa en el discutible supuesto de que el consumo de pan estaba disminuyendo y de que la patata era un alimento inferior. Los prejuicios contra las patatas tuvieron en parte su origen en la aversión hacia los irlandeses, y ciertamente la presencia de medio millón de irlandeses en Inglaterra en 1850 contribuye a explicar el aumento de la popularidad de este tubérculo. Pero el aumento del consumo se debió también al simple hecho de que a la gente le gustaban las patatas y que se comían fácilmente, según lo demostró Adam Smith.[57] Además, la patata era uno solo

---

[54] W. Page (ed.), *Commerce and Industry*, Constable, Londres 1919, vol. 2, p. 216; T.H. Baker, *Records of the Season, Prices of Agricultural Produce, and Phenomena observed in the British Isles*, Londres 1883, pp. 249ss.

[55] Wheat, *Respuesta a la Cámara de los Comunes*, 7 de agosto de 1912.

[56] R.N. Salaman, *op. cit.*, p. 613. Es interesante notar que el consumo actual de patatas es casi exactamente igual al de 1838, es decir comprendido entre 3 y 4 libras por persona a la semana. (*Economic Trends*, núm. 59, septiembre de 1958, p. XVII, y *The Times*, 21 de abril de 1959).

[57] A. Smith, *The Wealth of Nations*, The Modern Library, Cannan, Nueva York, 1937, p. 161: «Se dice que los porteadores, los peones, los descargadores de carbón de Londres y las prostitutas, acaso los hombres más fuertes y las mujeres más bellas de los dominios británicos, proceden en su mayor parte de

de los muchos productos hortofructícolas cuyo consumo había aumentado.[58] Algunas verduras que en 1800 se cultivaban de modo saltuario, como el berro, se producían comercialmente en 1850; algunas frutas —por ejemplo las cerezas y las manzanas— que en 1800 no eran importadas o lo eran sólo en cantidades muy pequeñas, se importaban regularmente en los años treinta y en gran cantidad en 1850.[59] En Londres, el Covent Garden* fue reconstruido en 1827, y en 1850 había además otros cinco importantes mercados que proveían a la metrópolis de fruta y verdura. En 1850 todas las grandes ciudades tenían sus huertos y sus campos de frutales que producían para la venta, y, por lo que respecta a Londres, el más rico y grande de estos mercados, estaba en pleno desarrollo el movimiento que en 1870 había casi terminado de inundar el valle del Támesis de árboles frutales y cultivos de hortalizas.[60]

«Después del *habeas corpus* y la libertad de prensa», escribió Charles Dickens, «son pocas las cosas por las que el pueblo inglés tenga mayor respeto y una fe más vigorosa que por la carne de vaca.» En los primeros cincuenta años del siglo XIX la clase trabajadora inglesa llegó a considerar la carne como

---

los estratos más bajos de la población irlandesa, que suelen alimentarse de este tubérculo. Ningún alimento puede ofrecer una prueba más decisiva de sus cualidades nutritivas, o de su particular conveniencia para la salud del organismo humano.»

[58] Véanse G. Dodd, *The Food of London*, Londres 1856; H. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, Londres 1851; B. Poole, *Statistics of British Commerce*, Londres 1852, y «The Commissariat of London», en *The Quarterly Review*, septiembre de 1854, para noticias sobre los mecados de frutas y hortalizas londinenses.

[59] Dodd, *op. cit.*, pp. 377-78.

* Principal mercado al por mayor de frutas y hortalizas y de flores de la capital inglesa. (N. del T.)

[60] Véase por ejemplo J. Cuthill, *Market Gardening round London* 1851, y C.W. Shaw, *The London Market Gardens*, Londres 1879, para una descripción de las huertas y frutales del valle del Támesis. Shaw observó que «el precio actual de la fruta ha variado poco respecto al de hace medio siglo; aunque la cantidad que recibimos es cincuenta veces superior, sin embargo la demanda ha aumentado de manera correspondiente, y así el precio se ha mantenido en los mismos niveles» (pp. 82-83).

parte de la alimentación normal.[61] Más que todos los demás alimentos, el pan de harina de trigo y la carne eran para ellos signo del aumento del nivel de vida y de la superioridad sobre los extranjeros. G. Dodd declaró en 1856 que «mientras el *roast beef* de la vieja Inglaterra no deje de ser una de las instituciones del país —una de las características por las que los extranjeros consideran al menos que pueden juzgarnos como nación— la carne de carnicería continuará siendo (con la única excepción del pan) el principal artículo de nuestra oficina anonaria».[62] Los cincuenta años anteriores habían sido un periodo de difusa mejora del ganado. Por ejemplo, en el desarrollo de la cría de ovejas en Inglaterra en este periodo, asistimos a la sustitución de la oveja de lana por la de carne, sustitución cuya principal razón debe buscarse en los incentivos económicos; los propietarios de los rebaños abandonaban las razas antiguas para dedicarse a nuevas variedades, más grandes, más fuertes, con un ciclo de cría más rápido, como la Nueva Leicester y la Southdown.[63] El mismo proceso que se observa en las ovejas lo encontramos también en el ganado vacuno y en el porcino.

Pero las únicas estadísticas detalladas del consumo de carne se refieren a Londres y están basadas en mataderos de Smithfield, donde entre 1800 y 1850, el sacrificio de bovino aumentó en un 91 por ciento y el de ovino en un 92 por ciento, mientras que la población de Londres aumentó en un 173

---

[61] *Reports from the Commissioners (13) Poor Laws (Ireland)*, Parliamentary Papers, 1836, xxxiv, p. xii, observa que la clase trabajadora inglesa comía carne casi todos los días, a diferencia de los irlandeses. Véase también C.S. Peel, «Homes and Habits», en *Early Victorian England, 1830-1865*, Oxford 1834, vol. 1, pp. 126-43, que muestra algunos presupuestos familiares de trabajadores de 1824 a 1859, todos con el gasto de carne.

[62] Dodd, *op. cit.*, p. 211.

[63] Lord Ernle, *op. cit.*, p. 371; R. Trow-Smith, *A History of British Livestock Husbandry 1700-1900*, Routledge & Kegan Paul, Londres 1959, pp. 156-58; J. Bischoff, *A Comprehensive History of the Woollen and Worsted Manufactures*, Londres 1842, vol. 2, p. 255. Bischoff calculó en 1850 que se sacrificaban cada año 8 millones de ovinos.

por ciento.[64] Pero estas cifras no tienen en cuenta el aumento en el peso de las piezas y tampoco el abastecimiento procedente de otros mercados. Las matanzas de Smithfield no se pueden aceptar como un índice con el que se pueda contar en lo que respecta al consumo de carne en Londres —como hace E.J. Hobsbawn[65]— ya que había otros mercados que estaban rápidamente creciendo —Newgate, Leadenhall, Farrington y Whitechapel— además de cierto número de mercados menores, todos los cuales vivían en gran medida de sacrificios realizados en el campo y de importaciones de «carne conservada», como el tocino y la carne de cerdo salada.[66] Ya hacia mediados del siglo XVIII, cuando Londres era más pequeño y Smithfield tenía una importancia relativamente mayor, tal vez no más de dos terceras partes de la carne fresca consumida en Londres pasaba por Smithfield, «pues los carniceros de Londres hacían sus compras en los mercados rurales y en las ferias de Cambridge, Northampton y Norfolk, además de importar despojos».[67] En el siglo XIX los límites de Smithfield[68] y la expansión de Londres llevaron inevitablemente al desarrollo de otras fuentes de aprovisionamiento, de otros mercados que experimentaron un aumento de sus dimensiones más rápido que el de Smithfield. Newgate tenía 13 vendedores principales en 1810 y 200 en 1850; éstos trataban un número de ovejas equivalente a la mitad del tratado en Smithfield, tres cuartos de bovinos y más terneros y cerdos que Smithfield; en 1850 llegaban allí todas las semanas, principalmente por fe-

---

[64] Cifras obtenidas calculando la media de los años 1798-1802 y 1848-1852.

[65] Hobsbawn, *op. cit.*, p. 65.

[66] Dodd, *op. cit.*, pp. 276ss; *Reports of the Commissioners Appointed to the make Inquiries relating to Smithfield Market and the Markets in the City of London for the sale of Meat (Reports of the Commissioners (12)*, Parliamentary Papers, 1850, XXXI), pp. 16-18; «The Commissariat of London», *op. cit.*, pp. 280-87.

[67] G.E. Fussel y C. Goodman, «Tráfico de ganado en el siglo dieciocho», en *Economic History*, febrero de 1936, p. 231.

[68] En 1854 el mercado de Smithfield tenía una extensión de siete acres. Véase «The Commissariat of London», *op. cit.*, p. 280.

rrocarril, 800 toneladas de carne sacrificada en el campo. En aquel mismo año Poole estimó en 76.500 toneladas las ventas anuales de Newgate y Leadenhall.[69] Es cierto que los ferrocarriles hicieron aumentar mucho la cantidad disponible en Londres de carne sacrificada en el campo, pero mucho antes de que ésta hiciera su aparición, se transportaban cantidades cada vez mayores en carros y carretas. Al mismo tiempo aumentó la importación de *bacon*, jamón y carne salada de cerdo. No hay, pues, que extrañarse de que McCulloch concluyera que «el... extraordinario aumento en la oferta de carne de matadero» indicaba «una mejora bastante notable... en las condiciones de la población por lo que respecta a la alimentación».[70] Y ciertamente el aumento de la oferta no se limitaba únicamente a Londres. Como observó significativamente un campesino en 1836, el mejor ganado de Gloucestershire y de Cumberland iba ahora no a Londres, como en el pasado, sino en medida cada vez mayor a los mercados de Birmingham, Liverpool y otras ciudades industriales.[71] El aumento de la oferta se reflejó en los precios, generalmente estables de 1819 a 1841 y oscilantes en los años cuarenta.[72]

Otro alimento importante cuyo consumo estaba aumentando en aquel tiempo era el pescado.[73] Antes de 1815 el pescado era caro, excepto en los periodos de saturación del mercado, y sólo en las mesas de los ricos se servía con regularidad. A

---

[69] Dodd, *op. cit.*, p. 273; B. Poole, op. cit., p. 225; McCulloch, *Dictionary, op. cit.*, pp. 281-83; Levi, *op. cit.*, p. 497; *Report Commissioners... for sale of Meat, op. cit.*, p. 16; «The Commissariat of London», *op. cit.*, p. 287. Véase también A.B. Robertson, «Los mercados alimentarios en la periferia de Londres en el siglo dieciocho», en *East Papers*, II, 1, pp. 21ss, para una descripción del desarrollo de las instalaciones de los mercados de Londres hasta 1801.

[70] McCulloch, *Dictionary, op. cit.*, p. 197.

[71] *Parliamentary Repords 1836 (465)*, VIII, parte II, pp. 181 y 210; también los *Reports* de 1833 (612), V, p. 59, que afirman que «la carne se vende bien en las grandes ciudades» y que «los obreros tienen más dinero para gastar».

[72] Tooke y Newmarch, *op. cit.*, vol. 2, pp. 85, 135, 257; vol. 6, pp. 654-60.

[73] «The Commissariat of London», *op. cit.*, pp. 273-80; C.L. Cutting, *Fish Saving*, Londres 1955, pp. 207-30.

principios del siglo XIX su consumo era limitado, en parte por motivos religiosos,[74] en parte por las dificultades de transporte de una mercancía tan perecedera, en parte finalmente por la preferencia concedida a la carne. Después de 1815 el aumento de la oferta y la disminución de los precios (el precio medio de todo el pescado vendido en Billingsgate en 1833 era de 2 peniques y medio por libra)[75] incrementaron notablemente el consumo; pero todavía en 1833 el contable de Billingsgate declaró que «las clases menos elevadas de la población tienen la idea de que el pescado no es un alimento suficientemente alimenticio y prefieren la carne».[76] Sin embargo, en aquella época los pobres se estaban convirtiendo en grandes consumidores de pescado, aprovechando sobre todo las grandes oscilaciones de los precios (que eran mucho mayores que las de la carne) para aumentar el consumo. Por ejemplo, cuando los escombros y los arenques costaban poco, los pobres «consumían grandes cantidades», y en algunas ocasiones la llegada de grandes partidas de pescado barato se expandían por Londres «con maravillosa celeridad».[77] Por desgracia, las estadísticas oficiales se limitan principalmente a la exportación de arenques escoceses, pero se sabe, no obstante, que «una gran parte del pescado procedente de la costa inglesa afluía en carros de mano a Londres y a los mercados del interior», y también que la oferta de pescado aumentó tras la abolición del impuesto sobre la sal en 1825, y, después de 1830, a causa de innovaciones técnicas en las capturas que hicieron aumentar la producción, en particular el desarrollo de la pesca de altu-

[74] «Parece que la Reforma ha hecho casi desaparecer la costumbre de comer pescado entre esta clase social; la ha pillado, no sé cómo, un como obstinado prejuicio contra un alimento al mismo tiempo sano y refinado, que se podría obtener en todas partes a un precio moderado y en grandes cantidades, si la demanda se extendiera como es preciso» (R. Southey, *Sir Thomas More, or Colloquies on the Progress and Prospects of Society*, Londres 1829, vol. 1, p. 175).

[75] *Parliamentary Papers 1833 (676)*, XIV, p. 95.

[76] *Ibid.*, p. 94.

[77] *Ibid.*, pp. 94 y 100.

ra con redes de arrastre y a deriva; aumentó también con la mejora en el tratamiento del pescado, por ejemplo con la introducción de veloces *cutters*, de barcos de vapor, y del ferrocarril, y con el uso cada vez más difundido del hielo; y finalmente aumentó por el descubrimiento de nuevos caladeros, por ejemplo el Great Silver Pitt, al sur de Dogger, en 1837.[78] En 1840 el uso del hielo y la mayor rapidez de los transportes permitían a los pescadores pescar más al norte, y permitieron la apertura de nuevos mercados en las ciudades del interior.[79] El ahumado de los arenques se inventó en 1843.[80] En 1850 la acción conjunta de barcos de vapor y del ferrocarril permitía transportar rápidamente el pescado a los centros de consumo de toda Inglaterra; los barcos de vapor enlazaban los puertos ingleses con la Mancha, con el Mar del Norte y con el Báltico; los trenes unían los puertos con las ciudades del interior y con Londres. Durante la estación, sólo los arenques llegaban de Yarmouth a Londres al ritmo de 160 toneladas por tarde, e incluso de la humilde litorina* se consumían 76.000 cestas (1.900 toneladas) al año.[81]

Del examen de estas cifras debemos concluir que la variedad y cantidad de los alimentos consumidos entre 1800 y 1850 fue en aumento. Incluso una lectura acrítica de las obras interesantes e informativas de G.P. Dodd (*La alimentación de Londres*) y de H. Mayhew (*Los trabajadores y los pobres de Londres*)

---

[78] *Ibid.*, p. 12; J.T. Jenkins, *The Sea Fisheries*, Londres 1920, p. 145 y caps. II y V; «The Commissariat of London», *op. cit.*, pp. 278-79.

[79] Cutting, *op. cit.*, p. 220.

[80] *Ibid.*, p. 277.

* Molusco gasterópodo de los mares nórdicos. (N. del T.)

[81] Simmonds, *op. cit.*, p. 345. Las calles de Londres en los años cuarenta estaban atestadas de carritos. Cuando Jorrock y el hombre de Yorkshire fueron de Covent Garden al Surrey, encontraron, entre otros, «un puesto que vendía bocadillos y litorinas», «tres mujeres que vendían berros», «un hombre que vendía rosquillas, calientes, calientes», «toda una comitiva de lecheras galesas» (*Jorrock Jaunts and Jollities*, 1843). En 1854 había en Londres probablemente treinta mil fruteros y otros vendedores ambulantes y quiosqueros («The Commissariat of London», *op. cit.*, p. 307).

y del artículo «La oficina anonaria de Londres» en la *Quarterly Review* de 1854, revelaron la amplitud, la variedad y la cantidad de los suministros de alimentos de Londres. Basándonos en los cálculos, aunque sean toscos, de Dodd, McCulloch, Mayhew, Poole, Mulhall y Levi, el londinés medio consumía en 1830 cada semana 5 onzas de mantequilla, 30 onzas de carne, 56 onzas de patatas y 16 onzas de fruta; compárense estas cifras con el actual consumo inglés de 5 onzas de mantequilla, 35 onzas de carne, 51 onzas de patatas y 32 onzas de fruta.[82] Incluso teniendo en cuenta la exageración y el entusiasmo de los observadores de entonces, el consumo de los *alimentos básicos* en el Londres de 1850 no era enormemente inferior al de la Inglaterra actual.[83]

IV

¿Qué conclusiones se derivan de los datos expuestos hasta aquí? Puesto que los indicios apuntan todos en la misma dirección, el nivel de vida de la gran parte del pueblo inglés fue

---

[82] Los cálculos de 1850 han sido realizados dividiendo sencillamente los totales anuales, cuando los había, por la población de Londres; las cifras modernas provienen del *Times*, 21 de abril de 1959.

[83] De los demás géneros alimenticios mencionados por el Dr. Hobsbawn, la leche y los huevos merecen especial atención. De la leche escribió que «es difícil no apreciar un declive... ya que la cría de bovinos debe de haber disminuido con la urbanización» (p. 59). Pero este era el periodo de «una nueva generación de iluminados criadores de bovinos» cuando el ferrocarril permitía que «la leche ordeñada en el campo por la tarde estuviera a la puerta de las casas de Londres a la mañana siguiente». Como observa Trow Smith, en1853, en algunas granjas del Surrey se criaban «de 100 a 309 vacas, y la leche se enviaba a la estación terminal de Waterloo sobre la red ferroviaria del Sur-Oeste» (*op. cit.*, pp. 305 y 309). En todo caso, en 1854 había unas veinte mil vacas en las lecherías de la metrópolis y de los suburbios («The Commissariat of London», *op. cit.*, p. 287). Respecto a los huevos, Simmonds habló de «los sesenta comerciantes y vendedores al por mayor de huevos de la metrópolis, cuyas tiendas móbiles estaban siempre ocupadas en distribuir su frágil mercancía» y «los ferrocarriles y barcos de vapor descargaban grandes cajas de huevos embalados con cuidado, para satisfacer el voraz apetito de jóvenes y viejos» (*op. cit.*, p. 138). Matyhew alude también a los cambios en el comercio de huevos debidos a las «inmensas cantidades procedentes de Francia y Bélgica» (*op. cit.*, vol. 1, p. 129).

aumentando en la primera mitad del siglo XIX, aunque no sea posible medir con exactitud el cambio. El aumento fue lento durante la guerra, más rápido después de 1815, y veloz después de 1840. Admitiendo que la esperanza de vida dependa en parte del nivel de bienestar, el aumento de vida medio en estos años es una nueva prueba del mayor bienestar. Como ya observó Macaulay, «que la vida humana pueda alargarse mientras las condiciones físicas durante la vida empeoran, es algo totalmente increíble». La esperanza de vida al nacer era mayor en 1840-50 que en 1770-80; en 1840 la tasa de mortalidad infantil había sido reducida respecto a los «terribles niveles del siglo XVIII», y «la tasa de mortalidad para la clase de edad de cero a cuatro años... era muy baja, al menos para un país de aquel tiempo con alta urbanización».[84] McKeown y Brown han demostrado que las mejoras sanitarias no pudieron tener un gran efecto sobre la esperanza de vida antes de 1850, y adelantan la hipótesis de que la causa del alargamiento de la vida fuera una mejora en las condiciones económicas y sociales.[85] La gente vivía más porque estaba mejor alimentada, mejor alojada y más limpia, y por tanto menos vulnerable a las infecciones, a las enfermedades infecciosas y a otras, como la tisis, particularmente sensibles a un mayor nivel de

[84] H.J. Habakkuk, «La historia económica de la Gran Bretaña moderna», en *Journal of Economic History*, diciembre de 1958, p. 496; J.T. Krause, «Cambios de la fecundidad y moralidad en Inglaterra», en *Economic History Review*, agosto de 1958, pp. 66-67.

[85] T. Mc Keown y R.G. Brown, «Testimonios de los médicos relativos a los cambios en la población inglesa en el siglo dieciocho», en *Population Studies*, noviembre de 1955. En los límites en que el aumento de población se debía a un aumento en la tasa de natalidad, derivada tanto de la caída en la edad de los matrimonios como a un aumento en la fecundidad sin cambios en la edad del matrimonio, los factores económicos seguían siendo importantes. Además, la mejora de las condiciones ayudaría a explicar «la falta de una disminución en el número de los nacimientos apenas se hubiera podido atenderla bajo la presión de la población» (Habakkuk, *op. cit.*, p. 495), fenómeno embarazoso para quienes dan por descontada una situación malthusiana en la Inglaterra de este periodo.

vida.[86] También las condiciones en las fábricas mejoraron. Uno de los primeros inspectores de fábrica, R. Baker, afirmó en un ensayo escrito para la Social Science Association de Bradford en 1859, a propósito de los años de 1822 a 1856, que «todas las enfermedades típicas del trabajo de fábrica en 1822 han desaparecido casi completamente», y, citando a un cierto doctor Smith, de Leeds, se refirió en particular al «maravilloso cambio en las condiciones de la población femenina... No habría podido creer en un cambio tan impresionante en veinticinco años, si no lo hubiera registrado y visto con mis propios ojos».

Pero el aumento de la esperanza de vida y el aumento del consumo no permiten medir el bienestar en absoluto, y la afirmación de que el nivel de vida de la mayor parte de los trabajadores iba aumentando *no* equivale a decir que fuera elevado, o que aumentara rápidamente, y tampoco que no existieran una extrema pobreza, fluctuaciones cíclicas y paro tecnológico de carácter bastante doloroso. Ignorar los sufrimientos de este periodo es tan estúpido como no reconocer la riqueza y las posibilidades creadas por la nueva industria. Además, sirve muy bien para explicar el fenómeno del intento de buscar los culpables de los sufrimientos que en efecto existían. Las penurias de este periodo se debieron en gran parte a la incapacidad para afrontar nuevos problemas, o problemas viejos que

[86] El doctor Hobsbawn afirma que la mayor regularidad de la oferta en el consumo per cápita no implica un aumento en el nivel de vida, aunque cause una reducción en la mortalidad. «No es en absoluto imposible que el habitante de una ciudad industrial esté peor alimentado que sus predecesores en un año normal, siempre que esté alimentado con mayor regularidad» (p. 46). Pero este es un razonamiento engañoso: ciertamente entonces el término último es la muerte. Algunas personas tal vez prefieran un alternarse de banquetes y carestías, con una cierta esperanza de vida, pero ciertamente la mayoría preferiría un consumo regular, la certeza de una vida más larga, y la esperanza de condiciones mejores. Y en todo caso no había banquetes en la sociedad pre-industrial ni los hay en las modernas sociedades no industriales: las alternativas eran (y son) la subsistencia, y, cuando la cosecha va mal, un nivel inferior a la subsistencia. En la clásica definición de bienestar, una persona tiene mayor bienestar si su renta es mayor, o bien si ésta se distribuye con mayor regularidad en el tiempo.

se habían agigantado; problemas de aumento de la población, de urbanización, de condiciones en las fábricas, de fluctuaciones en el comercio y en el empleo. Las tensiones de este periodo surgieron espontáneamente de los rápidos cambios en las relaciones sociales y económicas. Como observan los Hammond: «Cuando... la sociedad atraviesa periodos de cambios que destruyen la vida tradicional, el hombre político que trata de... dominar la voluntad de sus semejantes, y no sólo sus acciones y servicios, se halla frente a una tarea especialmente difícil, ya que estos cambios plantean a la mente humana aquellos terribles interrogantes que habían permanecido adormecidos bajo la superficie de la costumbre.»[87] Por poner un ejemplo, las autoridades municipales desconocían los problemas prácticos de más fácil solución, y a menudo no disponían de la oportuna autoridad para afrontar los diversos problemas higiénicos de la ciudad en rápido crecimiento. Tales problemas requerían estudios, experimentos y experiencia, además de un cambio en el «hábito» mental, antes de que fuera posible resolverlos, de suerte que la miseria se debía con frecuencia a la ignorancia más que a la avaricia. De todos modos, gran parte de los males que se atribuyen a la revolución industrial existían ya en la época pre-industrial. «Por más espantosa que fuera la situación que revelan los informes del siglo XIX (1840-45) sobre la situación higiénica de las ciudades, sería muy difícil poder sostener que la situación de Londres no fuera mucho peor en el siglo XVIII.»[88] Y en 1854 Londres era sin duda, «la metrópoli más salubre de Europa».[89]

Muchos malentendidos proceden de suposiciones —en gran parte equivocadas— sobre las condiciones de Inglaterra

[87] J.L. y B. Hammond, *The Bleak Age*, ed. Pelican, 1947. p. 30.

[88] M.D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, Londres 1925, p. 103. Véase también T.S. Ashton, «Cambios en el nivel de bienestar en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Proceedings of the British Academy*, 1955.

[89] D. Roberts, *Victorian Origins of the British Welfare State*, Yale University Press, 1960, p. 325.

antes de la revolución industrial; por ejemplo, que la vida en el campo fue naturalmente mejor que la vida en la ciudad, que el trabajo por cuenta propia era mejor y más seguro que el trabajo por cuenta ajena, que el trabajo infantil y femenino fue algo nuevo, que el sistema de producción doméstica era preferible al sistema de fábrica (aunque a menudo conducía a estancias llenas hasta lo inverosímil de maquinaria industrial), que los *slums* y los alimentos adulterados eran consecuencias típicas de la industrialización, etc., etc.; en otras palabras, el mito perenne de la edad de oro, la convicción de que, desde el momento en que las condiciones eran malas y se consideraban injustas, no habrían podido ser peores, sino que más bien ¡tenían que haber sido mejores en otro tiempo! Pero, como observó Alfred Marshall, «la historia popular minusvalora los sufrimientos del pueblo antes de la era de las fábricas».[90]

La vida rural era tan dura como la urbana: en un periodo muy posterior, las condiciones de las casas en las fincas del marqués de Ailesbury mostraban «la violación de toda norma de decencia»; eran «absolutamente sucias y desagradables», con doce personas, en casos extremos, en una sola habitación, y «depravaciones que difícilmente habrían podido igualar las ciudades».[91] La falta de seguridad, como ha demostrado T.S. Ashton, fue característica tanto del siglo XVIII como del XIX, cuando los ciclos regulares del comercio se complicaban con las malas cosechas para las cuales no se disponía de remedios adecuados.[92] En todo caso, ya antes de la revolución industrial gran número de empleados trabajaban en calidad de asalariados para los fabricantes de telas, negociantes de chatarra, calceteros y para el gobierno. «En la industria textil, en particular, tuvo que haber millares de trabajadores que ja-

[90] *Industry and Trade*, 3.ª ed., Londres 1920, p. 73, nota.

[91] F.M.L. Thompson, «Propiedad de la tierra en Inglaterra: el Ailesbury Trust de 1832 a 1856», en *Economic History Review*, agosto de 1958, p. 128.

[92] T.S. Ashton, *Economic Fluctuations in England, 1700-1800*, Cladendon Press, Oxford 1959.

más posaron sus ojos en sus patronos. La idea de que la llegada de las fábricas produjo la 'despersonalización' de las relaciones en la industria es opuesta a la verdad».[93] Más aún, en el siglo XVIII el sistema de trabajo en casa y la agricultura (que, antes de la llegada de las máquinas, era la actividad con mayor número de empleados), se basaban en gran parte en el trabajo de mujeres y niños.

Análogamente, las adulteraciones alimentarias, que, a lo que parece, el doctor Hobsbawn piensa que se descubrieron de pronto en torno a 1850, eran bien conocidas de Smollet en 1771, cuando se lamentaba de que «el pan que como en Londres es una pasta deletérea, en la que se mezclan yeso, alumbre y cenizas de huesos, de gusto insípido, y de efecto destructor para la salud». «No necesito detenerme a hablar de esa pálida e infecta mezcla que llaman 'fresas', ensuciadas y golpeadas por manazas grasientas en una veintena de cestillos esmaltados de suciedad, y luego servidas con la peor leche, espesadas con la peor harina para formar una pésima imitación de la crema.» «La leche... producida por hojas de col aplastadas y de fez ácida, diluida en agua caliente, a la que se hace espumajear con caracoles reducidos a minúsculos fragmentos, y llevada por las calles en cubos descubiertos.»[94] Lo mismo cabe decir de la conducta moral. No se puede suponer que el nivel moral de la clase trabajadora empeorara, ni que fuera peor que el de las clases más altas. Los Webb se escandalizaron ciertamente de la moral del siglo XVIII, en la que descubrieron «una horrible masa de culpas sórdidas y sensuales» y la «licencia de los individuos».[95] Además, los testimonios que nos han llegado sobre la moral son ambiguos, por decir poco;

---

[93] T.S. Ashton, *An Economic History of England: Yhe 18th Century*, Methuen, Londres 1955, pp. 102-3.

[94] T. Smollet, *The Expedition of Humphry Clinker (1771)*, ed. World Classics, Oxford 1938, pp. 144 y 146.

[95] *Webb Local Government Colletion, London School of Economics and Political Science*, informe inédito de Ruth Atkins.

y en todo caso la inmoralidad en los *slums* no era peor, ni en cantidad ni en calidad, que la inmoralidad de la alta sociedad.

Pero si la miseria no constituía un hecho nuevo, nueva era la gama de posibilidades y de ocasiones para los trabajadores. Como admitió A. Toynbee, «el horizonte del artesano se hizo menos claro; no había ningún límite visible a sus posibilidades de subsistencia».[96] La economía y la sociedad se encontraban en una fase de rápidos cambios, y las posibilidades de enriquecimiento y progreso social eran mayores de lo que lo habían sido jamás. El resultado fue un mayor amor propio de los pobres que tanto agradaba a Francis Place y al joven Edwin Chadwick.[97] Sin embargo, podemos preguntarnos, con los Hammond: «¿Por qué esta época, con todas sus mejoras, originó un descontento tan violento?»[98] Pero el descontento no es tan sólo resultado del nivel de vida. La visión de una era de la abundancia, estimulada por la evidente productividad de las nuevas máquinas, que parecían competir con los trabajadores, hicieron surgir tanto la rabia como la ambición. La des-

[96] A. Toynbee, *Lectures on the Industrial Revolution of the Eighteenth Century in England*, en *Malthus and the Law of Population*, Londres, ed. 1913, p. 91.

[97] Véase M.D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cit., pp. 103 y 105, que cita a Chadwick, quien en 1828 observaba «notables mejoras... en las costumbres domésticas de los artesanos; son más limpios y tienen costumbres más regulares, sus casas están mejor construidas, han aprendido de algún modo que el aire fresco contribuye a la salud, y las calles en que viven son menos sucias y pestilentes que antes.» El profesor Schultes de Baden en una visita a Londres en 1824 observó también una costumbre que demostraba el creciente refinamiento de los pobres: «El londinense pobre no tiene dinero para comprar cosas bellas, sin embargo... pinta de verde la ventana de su buhardilla, pequeña y oscura, y gasta sus últimos céntimos en algo de verdor... el artesano pobre de la capital francesa piensa tan sólo en cultivar aquellas plantas que son útiles para usos culinarios» (Sir W.J. Hooker, *Botanical Miscellany*, Londres 1831-32, vol. I, pp. 72-73).

[98] J.L. Hammond, «El descontento y la revolución industrial», en *Economic History Review*, enero de 1930, p. 215. A.V. Dicey (*Law and Public Opinion in England during the Nineteeth Century*, 2.ª ed., Londres 1914, pp. lxviii-lxix) afirma que el descontento «se debe a menudo mucho menos a la cantidad absoluta de sufrimientos padecidos por los hombres... que al aumento de la viveza del contraste entre determinadas instituciones y el deseo de quien sufre, o piensa que sufre, por la situación en efecto existente».

aparición de las antiguas relaciones sociales fue una experiencia liberadora y estimulante que hizo posible, por primera vez, un efectivo movimiento de la clase trabajadora. Y aunque el nivel de vida iba aumentando, el aumento no era rápido, y el individuo era consciente de que su salario era exiguo e insuficiente para satisfacer sus necesidades y sus deseos. Como ha observado A.L. Bowley, «la idea de progreso es en gran parte psicológica y ciertamente relativa; la gente tiende a medir su propio progreso no sobre la base de una situación del pasado ya olvidada, sino considerándolo en relación con un ideal, el cual, como un horizonte, se aleja continuamente. La generación actual no se interesa por las necesidades y los éxitos ya pasados de sus progenitores, sino por sus propias penas y frustraciones, a la luz de la presunta posibilidad de un bienestar o de una riqueza universal.»[99] El descontento, incluso el desorden, eran ciertamente comprensibles, y conviene recordar que ambos, como el sufrimiento, eran típicos también de la época anterior. Pero los desórdenes de los años cuarenta fueron mucho menos violentos y destructivos que los Gordon Riots*, moderación que se debió no sólo a una fuerza de policía más eficaz, sino «al hecho de que la clase de los trabajadores de la industria inglesa estaba en su conjunto mejor alojada, mejor alimentada, más instruida y bastante menos degradada que en los años anteriores».[100] El sufrimiento durante la revolución industrial fue importante porque llevaba consigo los gérmenes de su propia solución: en la industria y en la agricultura condujo al aumento de la productividad, y, en la so-

---

[99] A. L. Bowley, *Wages and Income in the United Kingdom.*

* Desórdenes que tuvieron lugar en Londres en 1780, cuando un fanático protestante, Lord George Gordon, organizó una demostración para impedir que el parlamento aprobara un proyecto que garantizaba a los católicos ciertos derechos civiles. La demostración degeneró en desórdenes y saqueos que paralizaron la capital, y que acabaron sólo con la intervención del ejército al mando del rey en persona. Hubo más de 200 muertos. (N. del T.)

[100] F.C. Mather, *Public Order in the Age of the Chartists*, Manchester University Press, 1959, pp. 12-13.

ciedad, a la convicción de que las condiciones sociales podían y debían mejorar y que el progreso económico era inevitable. «En medio de las diversas reflexiones que el siglo XIX suele hacerse sobre sus condiciones y perspectivas», escribió J.A. Froude ya muy avanzado el siglo, «hay una opinión común en la que hombres de todas las tendencias están de acuerdo: que estamos viviendo en una era de progreso... en todos los sectores de la vida, en el trabajo y en el placer, en las certidumbres y en las teorías; en los desarrollos materiales y en las convicciones espirituales agradecemos a Dios no ser como nuestros padres. Y mientras admitimos sus méritos, teniendo debidamente en cuenta sus desfavorables condiciones, no cerramos los ojos, en acto de mal disimulada humildad, frente a nuestra inconmensurable superioridad.»[101] El nuevo modo de afrontar los problemas sociales que surgió con la revolución industrial consistió en la necesidad de descubrir los males, examinarlos, analizarlos, hacerlos públicos y buscar un remedio mediante acciones voluntarias y legislativas. Y así, muchos males que habían existido desde hacía mucho tiempo —el trabajo infantil, por ejemplo— y que siempre se habían aceptado como inevitables, se consideraron como males nuevos que era preciso remediar y no como desgracias antiguas que había que soportar. Además, durante la revolución, y en gran parte debido a las oportunidades económicas que ésta ofrecía a las mujeres de la clase trabajadora, se inició la más importante y beneficiosa de todas las revoluciones sociales de los dos últimos siglos, la emancipación de la mujer.

---

[101] J.A. Froude, «Short Studies on Great Subjects», en *Del progreso*, Londres 1907, vol. III, pp. 149-150.

CAPÍTULO VII

EL SISTEMA DE FÁBRICA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

W.H. HUTT

Puede decirse que el primer sistema de fábrica inglés representó el aspecto más evidente de la revolución industrial. Puesto que anticipó la marcha del desarrollo industrial posterior, los juicios que sobre él se formulen determinan en gran medida la actitud ante el sistema industrial moderno.

Hay razón para creer que la forma que el desarrollo de la fábrica asumió en otros países se debió, en no pequeña medida, a la imitación, directa o indirecta, de Gran Bretaña, y que la legislación industrial de todo el mundo se concibió según el modelo británico. Hay aún algunas partes del mundo en las que las condiciones industriales parecen ser semejantes a las que existían aquí hace un siglo, y un reciente artículo sobre las condiciones en China parece en ciertos aspectos una cita de uno de los libros de historia que describen el primer sistema industrial inglés.[1] Cabe sospechar que la semejanza se deba en parte a que el autor ha leído estos libros modernos de historia, pero es indudable que existe una situación más o menos análoga.

Durante una investigación sobre otro tema tuve que estudiar los voluminosos informes parlamentarios y otros escritos de principios del siglo XIX relativos a las condiciones de los trabajadores. Me sorprendió el hecho de que las impresiones que estas publicaciones me producían eran muy distintas

[1] «Labour Conditions in China», en *International Labour Review*, diciembre de 1924.

de las que había experimentado leyendo ciertas obras modernas sobre el primer sistema industrial, y concretamente la *Historia de la legislación de fábrica* de Hutchins y Harrison, *El obrero de las ciudades* y *Lord Shaftesbury* de J.L. y Bárbara Hammond. Puesto que se trata de obras ya clásicas sobre el tema, pensé que era preciso hacer un examen crítico de las fuentes principales y de las discusiones más importantes sobre la materia. El presente artículo constituye un intento de semejante análisis.

Tal vez pueda encontrarse una explicación del punto de vista de los autores que acabo de citar en la importancia que atribuyen a las declaraciones recibidas en 1832 por el más tarde conocido con el nombre de «Comité Sadler».[2] El informe de este comité nos ofrece un cuadro sombrío de la crueldad, de la miseria, de las enfermedades y de las deformaciones que podían observarse entre los niños que trabajaban en las fábricas, cuadro que generalmente se acepta como auténtico. Los Hammond hablan del informe como de un «documento clásico», y añaden: «Es una de las principales fuentes de nuestros conocimientos acerca de las condiciones de vida en la fábrica de aquel tiempo. Sus páginas hacen revivir ante el lector, en la vivaz forma del diálogo, el tipo de vida que hacían las víctimas del nuevo sistema.»[3] Hutchins y Harrison lo consideran como «una de las más valiosas colecciones que poseemos de testimonios sobre las condiciones industriales».[4]

¿Qué sabemos de este comité? Sadler estaba haciendo esfuerzos desesperados para que el Parlamento aprobara su «Proyecto de ley sobre las diez horas laborales». Cuando se discutió el tema, la Cámara decidió que se debía constituir un comité para investigar las informaciones sobre las brutalida-

---

[2] *Report of Select Committee on Factory Children's Labour, 1831-32.*

[3] J.L. y Barhara Hammond, *Lord Shaftesbury*, Constable, Londres 1923, p. 16.

[4] B.L. Hutchins y A. Harrison, *A History of Factory Legislation*, Londres 1904, p. 34.

des cometidas en las fábricas, que él había descrito con detalle y gran elocuencia. El comité fue presidido por el propio Sadler, y se decidió, por razones de economía y conveniencia, que llamaría primero a sus testigos, después de lo cual expondrían su postura los enemigos del proyecto de ley. Sadler desplegó la mayor energía para tener listo su informe antes de que concluyera la sesión parlamentaria, y luego, ignorando las exigencias de la justicia, publicó inmediatamente las declaraciones «y dio al mundo una tal masa de declaraciones unilaterales y de groseras falsedades y calumnias... como probablemente jamás se había visto en un documento oficial».[5] En efecto, la cuestión se había convertido en asunto de partido, por lo que era imposible una discusión serena.[6]

Decir que este informe es unilateral en lo que respecta a los testimonios que contiene sería una crítica benévola. Consta principalmente de casos cuidadosamente seleccionados. Además, Sadler se había servido de un eficaz servicio propagandístico, ofreciendo testimonios sobre lo que había sucedido en periodos anteriores y presentándolos de forma que daba a entender que se seguían cometiendo los mismos abusos.[7] Esto era particularmente injusto, ya que en los treinta años anteriores se habían producido una considerable mejora material y progresos tanto dentro como fuera de las fábricas, y estos cambios habían sido seguidos de correcciones en los niveles sociales. Un grave defecto de los testimonios es que *no se da-*

---

[5] R.H. Greg, *The Factory Question*, A. Cobbet, Londres 1837.

[6] Véase el discurso de Wilson Patten en la Cámara de los Comunes, en *Hansard*, XVII, 1833, p. 79.

[7] Fielden se sirvió del mismo artículo en *The Curse of the Factory System*, 1836. Probablemente, incluso en los primeros días del sistema industrial, cuando los aprendices de los talleres constituían la mayor parte de la mano de obra infantil, el cuadro de horrores pintado por Sadler y Fielden no había sido en modo alguno típico. El propio Robert Owen admitió que, cuando adquirió su hilandería en 1799, los niños que en ella trabajaban como aprendices estaban «bien alimentados, vestidos y alojados y, para un observador superficial, sanos de aspecto» (*Report of Select Committee on the State of the Children Employed in the Manufactories of the United Kingdom*, «Comité Peel», 1816).

ban bajo juramento. Si se tiene en cuenta el sentimiento religioso de la época, resulta clara la importancia de esto: de los tres testigos llegados de Manchester[8] sólo uno pudo ser inducido a repetir su declaración ante la Comisión siguiente, y tampoco entonces quiso hacerlo bajo juramento. El Comité reconoció que su testimonio era «absolutamente falso».

Y éstas no son sencillamente acusaciones hechas por industriales interesados. El carácter sesgado del «informe» Sadler era admitido sin dificultad por la mayoría de los primitivos adversarios del sistema industrial que no estuvieran implicados en la política de los partidos. El propio Engels, principal compañero de Karl Marx, describe así el «informe»: «Es claramente partidista, redactado con fines de partido por enemigos declarados del sistema industrial... Sadler se dejó traicionar por su noble entusiasmo y ofreció declaraciones falseadas y completamente erróneas.»[9] Otro opositor, aunque menos vehemente, del sistema industrial describe así la situación: «Todo el asunto tomó por entonces el carácter de una cuestión política de partido, con los *tories*, a quienes en general dolía la derrota sobre la cuestión de la reforma, que de buen grado sacaban a relucir todo cuanto pudiera dañar, a los ojos del público, el prestigio de la clase media industrial.»[10]

¿Podemos sorprendernos del enojo de los industriales por las maniobras de Sadler y de que pidieran una nueva investigación? Todo lo que Hutchins y Harrison nos dicen al respecto es que, aunque los intereses de los industriales «estuvieran bien representados en el Comité Sadler, aquéllos estaban descontentos de los resultados y presionaban ahora para que se hiciera inmediatamente una nueva investigación».[11] El doctor

---

[8] Y sólo tres fueron llamados, ¡aunque la encuesta comprendiera prácticamente toda la industria del algodón!

[9] Friedrich Engels, *Conditions of the Working Classes in 1844*, Londres 1892, p. 170.

[10] E. von Plener, *English Factory Legislation*, Londres 1873, p. 10.

[11] Hutchins y Harrison, *op. cit.*, p. 35.

Slater afirma que la indignación de los industriales se dirigía contra el «insólito comportamiento del Comité, que recibía declaraciones de las propias víctimas».[12] ¿Por qué esta continua antipatía hacia los industriales?

En los informes compilados por la Comisión posterior[13] podemos encontrar respuestas convincentes a todas las acusaciones formuladas ante el Comité, pero esto es algo que pocos escritores recuerdan; la mayor parte procede como si los relatos examinados por el Comité hubieran sido confirmados.[14] Podemos comprender la diferencia en el carácter de los testimonios observando que R.H. Greg, crítico despiadado del Comité Sadler, pudo sin embargo aludir a los testimonios publicados por éste sobre las fábricas como a «un complejo de testimonios oficial y auténtico, ante el cual todos debemos inclinarnos». En particular, se demostró que la acusación de crueldad sistemática para con los niños carecía totalmente de fundamento, y no creemos que quien lea atentamente estos informes pueda tener dudas sobre el hecho de que las premeditadas crueldades que efectivamente existían se las infligían a los niños los propios obreros, contra la voluntad de los patronos y sin que éstos lo supieran. Los patronos eran en general, como muchos de sus adversarios admitían, «hombres de gran humanidad».

A pesar del abundante material de que disponemos, es difícil formarnos una idea clara de las condiciones físicas y morales de los niños que trabajaban en las fábricas. Gran parte, y

[12] Gilbert Slater, *The Making of Modern England*, Constable, Londres 1913, p. 10.

[13] *First and Second Reports of the Commission on the Employment of Children in Factories* (1833) y *Supplementary Report* (1834).

[14] Wing, en efecto, afirmó, de forma perentoria, que estos informes confirmaban plenamente las declaraciones hechas ante el Comité Sadler (*Evils of the Factory System*, Londres 1837, p. xix). H. de B. Gibbins dedica tres páginas de su libro *Industry in England* a analizar declaraciones hechas ante este Comité, pero nada dice sobre la Comisión que le siguió. Su descripción del sistema industrial parece estar basada casi completamente en una aceptación supina de los escritos, totalmente parciales, de Whately Cooke Taylor y Samuel Kydd.

acaso la más valiosa, de nuestras informaciones procede de los testimonios de médicos, pero ni los Hammond, ni Hutchins y Harrison hacen el menor esfuerzo para valorar sus testimonios. Esto no es fácil de hacer, aun suponiendo que los médicos estuvieran libres de prejuicios especiales. Hay dos dificultades principales. Primera, la actitud mental de muchos de los que se disponen a examinar el estado de salud de un especial grupo de personas hace surgir la idea del enfermo imaginario; segunda, el estado de los conocimientos médicos era tal que las *opiniones* médicas, en cuanto distintas de las *observaciones,* no tenían valor alguno. La «sangría» era aún el remedio preferido para la mayor parte de las enfermedades.[15] Pero al menos los médicos eran observadores atentos, y mientras sus *experiencias* son iluminadoras, sus *teorías abstractas* no nos sirven de nada. Casi se podría pensar que los Hammond y Hutckins y Harrison estaban convencidos de lo contrario: tanto unos como otros aceptan los testimonios médicos presentados ante el Comité Peel en 1816,[16] pero rechazan, en cuanto viciados por prejuicios, los presentados ante el Comité de los Lores[17] dos años más tarde, que eran favorables a la posición de los industriales.

Tratemos de comparar las declaraciones de los médicos contenidas en los informes de estos dos comités. Los nueve médicos llamados ante el Comité Peel sólo manifestaron prácticamente un conjunto de opiniones abstractas. Seis de ellos admitieron que no sabían realmente nada de las «manufacturas», a no ser de oídas; uno había tenido experiencia en una fábrica «cuando era muy joven»; uno confesó que era amigo personal de Nathaniel Gould, y otro (Kinder Wood), a pesar de ser testigo a favor, contradijo ampliamente las declaracio-

---

[15] Algunos médicos pensaron en las cualidades purificadoras del humo del gas, de las emanaciones, etc. (véase Philip Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, Londres 1833, p. 265).

[16] *Op. cit.*

[17] Véase *Lord's Sessional Papers*, vol. IX, 1818.

nes de sus colegas. Las preguntas que se les hacían eran por el estilo: «Supongamos que niños de poca edad...» Ellos respondían dando su opinión sobre lo que podía (o debía) suceder en aquellas circunstancias, sin haber observado jamás a ningún niño en aquellas condiciones.

Consideremos ahora el Comité de los Lores de 1818. Los Hammond tratan de desacreditarle, observando que «descubrió médicos de buena reputación dispuestos a jurar que la vida en la fábrica era muy saludable para los niños y que era dudoso que les perjudicara trabajar 23 de las 24 horas».[18] A esto nada añaden, por lo que debemos pensar que la frase expresaba su opinión. Hutchins y Harrison dicen: «Algunas de las declaraciones de los médicos ante el Comité de los Lores hacen pensar que uno o dos de los médicos llamados a declarar habían sido literalmente sobornados por los patronos, tan extraordinarios eran sus subterfugios y sus evasiones para evitar responder a las preguntas que se les hacían.»[19] Ambas afirmaciones tienen muy poco fundamento.

Los médicos llamados a declarar en este caso tenían una experiencia práctica de las «manufacturas» y habían *observado* a los niños que en ellas trabajaban. Sus declaraciones, por lo general, dan la impresión de que, cualquiera que fuera el horario de trabajo de los niños en las fábricas en aquel tiempo, su salud era por lo menos tan buena como la de los niños que no trabajaban en las fábricas. Los únicos «subterfugios y evasiones» que encontramos eran simples intentos, bajo el apremio de las preguntas de Sarjeant Pell, que habían recibido instrucciones al efecto de abtenerse de manifestar opiniones abstractas que carecieran de una efectiva base de observación. A uno de los médicos (E. Hulme) se le preguntó: «¿De modo que usted, en cuanto médico, no está en condiciones de for-

[18] Véase Hammond y Hammond, *Lord Shaftesbury*, p. 11; véase también *The Town Labourer*, Longmans, Green and Co., Londres y Nueva York 1917, p. 167.
[19] *Op. cit.*, p. 26.

mular una opinión, independientemente de los resultados de las observaciones, acerca del número de horas que un niño puede o no puede trabajar con o sin perjuicio de su salud?». La respuesta fue: «No, no estoy en condiciones». ¿Es ésta una respuesta basada en subterfugios o evasiones? Repetidas veces encontramos en los trabajos de este comité la afirmación de que era imposible una opinión abstracta, o basada sólo en motivos abstractos, acerca del número de horas que un niño podía trabajar sin perjuicio. Para ilustrar la futilidad de todo intento de determinar un límite teórico basado únicamente en conjeturas, Hulme respondió así: «Si se produjera el hecho anormal de que una persona resistiera trabajando 23 horas, y si resultara que ello no le había causado ningún perjuicio, yo afirmaría que esto no es incompatible con la constitución física de la persona en cuestión.» La comparación de este pasaje con la descripción del mencionado incidente que nos dan los Hammond puede servir para formarnos una idea de lo poco científica que es su actitud.[20] Como explicó Hulme: «Mi respuesta sólo quería decir que no podía marcar ningún límite.»[21]

La aportación más interesante por parte de los médicos hostiles al sistema industrial provino del Dr. Turner Thackrah, con el título *Los efectos de las principales artes, oficios y profesiones sobre la salud y la longevidad* (1831). Este libro se convirtió casi en una biblia para Oastler y Sadler, y fue ampliamente citado por una larga serie de reformadores. Sin embargo, no es en forma alguna una obra partidista, y su autor no había entrado a formar parte de ningún movimiento político de partido. La prensa conservadora de Londres debió estar muy indecisa sobre la acogida que le debía dar, ya que él recordó a los editores que, mientras sostenían a Sadler en su campaña sobre las «diez horas», sus propios dependientes tenían que

[20] Tal vez se basaron en la versión errónea de Whately Cooke Taylor en *Modern Factory System*, Londres 1891.
[21] *Lord's Sessional Papers*, IX, 1818, p. 22.

trabajar «¡de quince a diecisiete horas al día, según se me dice!».[22] Thackrah se propuso examinar científicamente y comparar la salud de los empleados en todas las principales actividades laborales de entonces, y sólo mediante citas parciales consiguieron los reformadores servirse tan ampliamente de su obra. Es cierto que se opuso con vehemencia al trabajo infantil (tanto dentro como fuera de las fábricas) y justificó esta actitud afirmando que «el periodo de desarrollo físico no debería ser un periodo de esfuerzo físico»,[23] pero no logró demostrar que la salud de los obreros que habían trabajado de niños fuera en algo peor que la de la mayor parte de los demás estratos sociales, incluso de las clases más ricas. La misma indignación mostró respecto a las escuelas que los hijos de los ricos se veían en la necesidad de frecuentar que respecto a las condiciones en las fábricas. Es sorprendente que no se haya apreciado en todo su valor el alcance de su testimonio. Hutchins y Harrison citan el libro, pero desconocen completamente sus conclusiones generales.[24]

La aportación de otro médico, Gaskell,[25] es digna de atención por la misma razón que la de Thackrah, es decir por ser enemigo declarado del sistema industrial.[26] Su obra es muy conocida, pero parece que ha ejercido una influencia tan exigua sobre la mayor parte de las discusiones acerca de esta materia, que creemos oportuno hacer aquí un examen de sus opiniones.

---

[22] Véase *Effects of the Principal Arts*, etc., p. 222.

[23] *Ib.*, p. 45.

[24] Hablan del Dr. Turner Thackrah como «Dr. Thackrah Turner», error que se repite en el índice. Parece que no se percataron nunca de este error, ya que lo repitieron en la segunda edición de su *Historia*, publicada después de un intervalo de ocho años.

[25] *Op. cit.*

[26] Se consideraba útil, en una argumentación en defensa del sistema de fábrica, citar principalmente fuentes de adversarios, pero los argumentos más convincentes a su favor se encuentran en los escritos de partes interesadas, Baines, el Dr. Ure y R.H. Greg. Hay una masa de material tan voluminosa procedente de los diversos Comités y Comisiones que sería posible sostener, ba-

Gaskell no sostuvo la tesis de que el advenimiento de las fábricas coincidió con la degradación económica de los trabajadores. Por el contrario, afirmó claramente que, prescindiendo del efecto sobre los tejedores a mano, tuvo como consecuencia un vasto progreso material, y que los salarios de los obreros de la industria algodonera, «con la justa economía y previsión, los pondría en condiciones de vivir holgadamente e incluso con cierto lujo».[27] Lo que preocupaba a Gaskell era la degradación *moral* del trabajador. Condenaba las fábricas por el *vicio* que, a su entender, habían contribuido a producir, provocando la pérdida de la «independencia» de los trabajadores.[28] Los niños se veían obligados a pasar los años en que eran más influenciables en un ambiente de la mayor inmoralidad y degradación, del que pintó un cuadro realmente aterrador.

Considero profundamente significativo el hecho de que Gaskell, a pesar de sostener estas opiniones, y a pesar de considerar el trabajo en las fábricas, en general, como «sumamente inadecuado para los niños», no pudiera decidirse a invocar la abolición del trabajo infantil. «El empleo de niños en las fábricas», escribió, «no debería considerarse como un mal, mientras no cambien completamente las actuales costumbres morales y familiares de la población. Mientras no puedan recibir en casa una educación, y mientras se les deje hacer una vida salvaje, se encontrarán en cierto sentido en una situación mejor

sándose en documentos, casi cualquier afirmación eligiendo convenientemente las citas; pero, si se leen con espíritu crítico, arrojan mucha luz.

[27] *Op. cit.*, p. 216.

[28] «Pérdida de independencia» es una expresión vaga, muy usada y abusada. Uno de los principales efectos sociales del régimen de fábrica parece haber sido la evolución de la idea de un *contrato* a base de salario, que vino a sustituir a la antigua idea de servidumbre. En el *Second Report of the Factory Commission* (1834) se notan las palabras «independencia» o «independiente», empleadas repetidamente por dadores de trabajo llamados a declarar, los cuales vivían en todas las partes del país (más de 500 declaraciones), que las consideraban como las más evidentes para describir la actitud de los obreros. Las palabras se empleaban de ordinario respondiendo a una pregunta sobre estas intimidaciones por parte de los patronos.

cuando se les emplea en un trabajo ligero, como es el que de ordinario les toca efectuar.»[29] La vida de los niños en sus casas antes de ingresar en las fábricas era la causa principal de la degeneración física que entonces existía, y Gaskell insistió sobre esta tesis. «Esta condición, no hay que olvidarlo, nada tiene que ver con el trabajo, pues el niño aún no ha realizado ninguno.»[30]

¿Se puede establecer en qué medida la tremenda inmoralidad que Gaskell pensaba existía en su tiempo se debía al nuevo régimen industrial? Es cierto que él exageró bastante la difusión del vicio y de la degradación. Una comisión constituida de acuerdo con la *Poor Law* algunos años antes había hecho una descripción sumamente sombría, y parece que él aceptó sin más comprobaciones las acusaciones formuladas por los adversarios del sistema.[31] Hacia 1830 apareció repentinamente toda una vena de escritos que lamentaba la decadencia moral de la población, y tal vez pueda servirnos de esclarecimiento el examen de un ensayo titulado *Encuesta sobre las condiciones de la población industrial* que lleva la fecha de 1831, y que, aun siendo anónimo, parece haber influido y acaso inspirado a muchos escritores posteriores que pensaban de la misma manera.[32] No sólo influyó sobre Gaskell, sino que el Dr. J.P. Kay, en su ensayo *Las condiciones físicas y morales de las clases trabajadoras* (1832), lo utilizó ampliamente, y muchas obras

[29] Gaskell, *op. cit.*, p. 209.

[30] *Ib.*, p. 198. Es interesante notar que Gaskell no compartió la convicción común de que la vida de fábrica detenía el desarrollo de las facultades intelectuales; pensaba que producía el efecto contrario. También rechazó la acusación, frecuente, de que la temperatura y la composición de la atmósfera en que trabajaban los niños era perjudicial para su salud.

[31] Un miembro de la Comisión, Tufnell, escribió que «el conjunto de las declaraciones actuales sirve para demostrar que las acusaciones de inmoralidad en las industrias del algodón son calumnias» (*Informe anexo*, D. 2, 1834).

[32] El autor era W.R. Greg, el cual, aunque era fecundo publicista, jamás reivindicó la paternidad de esta obra. Ésta figura bajo el término «Enquiry» en el catálogo del British Museum. Greg no tardó en cambiar de opinión. Véase su articulo en la *Edinburgh Review* de 1849, p. 497.

del tiempo también lo citan. Por ello podemos pensar razonablemente que el siguiente «cumplido» dirigido a una potencia extranjera expresa un punto de vista corriente entre las clases cultivadas de la época.

«España, el país más ignorante, atrasado y menos entregado al comercio entre todos los que se consideran civilizados, es, en lo que respecta a los delitos contra la propiedad, *tres veces* menos inmoral que Francia, y *más de siete veces* menos inmoral que Inglaterra. Se trata de un hecho terrible y altamente elocuente. En la lista de crímenes cometidos, España cuenta el *canibalismo*, pero los robos son *raros*, y también las raterías son *menos frecuentes*.»

La culpa de ello se atribuía a las fábricas. La importancia que debe darse a estas opiniones puede juzgarse por la siguiente cita del mismo ensayo en la que la costumbre de tomar el té ¡se condena como indicio de degradación moral!

«En toda circunstancia desaconsejaríamos el uso demasiado frecuente del té débil, ya que debilita sumamente al estómago; pero esta costumbre es incluso fatal para la constitución de quienes tengan que hacer trabajos pesados; proporciona un alivio momentáneo a expensas de una posterior reacción, la cual, a su vez, exige un nuevo y más fuerte estímulo.» Esto llevaba a la costumbre de mezclar el té con la ginebra, costumbre difundida «de manera increíble entre nuestra población industrial». No se trata aquí de poner en ridículo un pasaje elegido cuidadosamente y escrito por un excéntrico. Se trata, en cambio, de una opinión corriente. El Dr. J.P. Kay (que más tarde se haría famoso con el nombre de Sir James Kay Shuttleworth) dijo exactamente lo mismo, casi con las mismas palabras, al año siguiente.[33]

Este es sólo un ejemplo del tipo de argumentaciones que hallamos constantemente, tendientes a demostrar que la de-

---

[33] J.P. Kay, *The Moral and Physical Condition of the Working Classes*, Londres 1832.

gradación moral procedía de las fábricas, para cuyo fin proponían ejemplos que a nosotros fácilmente podrían sugerirnos progreso económico y social. Thackrah deploraba que los niños no se contentaran con «alimentos sencillos», sino que pretendieran «golosinas».[34] El rev. G.S. Bull lamentaba la tendencia de las muchachas a comprar bonitos vestidos confeccionados en las tiendas, en lugar de hacérselos ellas mismas, ya que esta costumbre no era muy propicia para que «se convirtieran en buenas madres».[35] Para Gaskell el uso del tabaco era signo de decadencia. «Todos los días se pueden ver centenares de hombres que aspiran el humo de esta extraña planta.»[36] Incluso en el desarrollo de las asociaciones de trabajadores se ve una decadencia moral: los hombres no eran ya «respetuosos y atentos» para con sus «superiores».[37]

La respuesta más frecuente de los industriales a la acusación de inmoralidad dirigida contra los obreros era que, en lo que tenía de fundada, la causa debía buscarse en la falta de religiosidad. Pero era éste un modo de pensar difundido por doquier. Gaskell lamentaba la frecuente falta de una fe «en un estado de recompensa o castigo futuro... Careciendo así la mente humana de las características que más la ennoblecen, ¿qué extraño que se vea reducida a un salvaje desierto?»[38]

Entre las causas específicas señaladas para explicar la aparente decadencia, hay dos que parecen tener cierta plausibilidad. La primera está constituida por las altas ganancias de los obreros, que los inducían a la intemperancia. Tanto Thackrah como Gaskell consideran esto como un axioma. «Los trabajadores que producen libros de bolsillo gozan de altos salarios y no están obligados a respetar un horario. Por ello son muy

---

[34] Declaración Thackrah ante el Comité Sadler, *op. cit.*, p. 514.

[35] Sadler, *Report*, p. 423.

[36] Gaskell, *op. cit.*, p. 110.

[37] Gaskell, *Artisans and Machinery*, Londres 1836, p. 22.

[38] Gaskell, *Manufacturing Population*, pp. 282-83.

depravados.»[39] «Los altos salarios que se pagan en algunas secciones llevan a la embriaguez y a la falta de previsión.»[40] «Además, los altos salarios con frecuencia, si no en la generalidad de los casos, inducen al hombre a la intemperancia.»[41]

La segunda causa sugerida que parece contener parte de verdad es que la degradación moral se debía al flujo de inmigrantes irlandeses que venían a ocupar el puesto de aquellos niños que habían sido apartados de la industria por las *Factoy Acts*. Los salarios de los niños, que raramente ascendían a más de cuatro o cinco chelines a la semana, eran sin embargo un gran incentivo para gente pobre como los irlandeses. Engels opinaba que la expansión de la industria inglesa no habría podido continuar si no se hubiera podido contar con esta reserva.[42] Eran descritos como «raza incivilizada» y es posible que su inferior tradición social influyera sobre el resto de la población. Puesto que sustituyeron a los niños, el efecto sobre los salarios no fue probablemente muy importante. Los ingresos de las familias tuvieron que resentirse, especialmente donde los niños excluidos no lograron encontrar trabajo en las minas o en la agricultura. La hipótesis de Dobb, según la cual la afluencia de irlandeses produjo el efecto de reducir los salarios «a un nivel brutalmente bajo»,[43] no es ciertamente confirmada por las estadísticas de que disponemos.[44]

La más impresionante de las acusaciones lanzadas contra el primer sistema industrial es que causaba deformaciones y raquitismo en los niños. Se dice que Oastler observó durante muchos años que las deformaciones e imperfecciones eran más frecuentes entre los trabajadores de las fábricas, pero que las

[39] Thackrah, *op. cit.*, p. 24.
[40] *Ib.*, p. 111.
[41] Thackrah ante el comité Sadler.
[42] Engels, *op. cit.*, p. 90.
[43] M.H. Dobb, *Capitalist Enterprise and Socialist Progress*, Londres 1925, p. 331.
[44] Nowley, *Wages in the United Kingdom*, Cambridge University Press, 1900, cuadro frente a la página 119.

causas le eran desconocidas. Un día supo «con horror» de un amigo que estas deformidades se debían a su vida en las fábricas; le «impresionó profundamente lo que había oído» y a la mañana siguiente se sentó a escribir su famosa carta al *Leeds Mercury* sobre la «esclavitud en el Yorkshire».[45] Pero resulta que por aquel entonces hubo una vasta y general difusión de las deformaciones, y que éstas no parece que dependieran en absoluto del trabajo.[46] De ello encontramos abundantes confirmaciones en numerosas fuentes contenidas en los informes publicados por la Comisión de Fábricas en 1833 y en 1834.[47] El hecho de que se concediera generalmente crédito a la opinión contraria parece que dependió únicamente de la enérgica propaganda de Ashley, Oastler, Sadler y de sus secuaces. Si había una proporción levemente mayor de deformidades o de raquitismo entre los niños que trabajaban en las fábricas, ello puede explicarse recordando la frecuente afirmación de que los niños que no eran suficientemente fuertes para otros trabajos eran empleados en las fábricas de algodón a causa del poco esfuerzo que dicho trabajo exigía.[48]

William Cooke Taylor cuenta de un lisiado de nacimiento que «era exhibido, como un número de espectáculo, en el salón de un generoso aristócrata, espectáculo que se repetía todas las noches para inculcar en la buena sociedad londinense la convicción de que esta infeliz criatura era un buen ejemplo de las nocivas consecuencias del trabajo en las fábricas.[49] Se le

---

[45] Samuel Kydd, *Histoy of the Factory Movement*, Londres 1857, 1, pp. 96-98.

[46] Andrew Combe, *Principles of Physiology*, 2.ª ed., Londres 1834. Combe atribuía las deformaciones principalmente a la tendencia a fajar a los recién nacidos (véase p. 159).

[47] Uno de los miembros de la Comisión (Cowell), para averiguar el fundamento de la acusación de raquitismo de los niños que trabajaban en las fábricas, se tomó la molestia de averiguar su edad y luego medirlos y pesarlos. Su altura media resultó ser idéntica a la de los niños no empleados en las fábricas. El peso medio resultó ser algo inferior. Cowell lo atribuyó a la relativa ligereza de su trabajo.

[48] Véanse las declaraciones del Comité de la Cámara de los Lores, en *Sessional Papers*, vol. IX, 1818.

[49] William Cooke Taylor, *The Factory System*, Londres 1844, pp. 71-72.

había incluso pagado para efectuar una tournée con este fin. Posteriormente ofreció sus propios servicios a los industriales, para desenmascarar los métodos del partido que originariamente le había contratado, oferta que fue «desgraciadamente rechazada».[50]

Los propagandistas tenían un excelente ambiente social para realizar su trabajo. Jamás hubo una época más favorable al sentimiento enfermizo. Era la época de Mrs. Hemans, ¿y hemos de sorprendernos de que muchos de sus admiradores buscaran en las fábricas inspiración para sus lágrimas? Mrs. Trollope y Mrs. Browning (Elizabeth Barrett) encontraron en ellas un buen tema, e incluso Sadler se vio impulsado a componer *El último día del niño en la fábrica* en el estilo entonces de moda.

Era fácil impresionar a los *tories*, los cuales, por lo general, no sólo ignoraban las condiciones de las fábricas[51] sino que estaban predispuestos a condenar a los industriales. «El antiguo sentido de desprecio», dice Ure, «que los nobles rurales sentían hacia los burgueses... es todavía fomentado por los panegiristas de su clase, y se ha manifestado claramente en la reciente cruzada del Parlamento contra las fábricas.»[52] Se pensaba en los niños como en esclavos y no se tenía en cuenta la ventaja de los considerables salarios que aportaban a sus familias. Tampoco hubo el menor intento de compararlos con los pobres de otros sectores sociales. Esta actitud suscitó en William Cooke Taylor la más mordaz ironía. La gente entra-

---

[50] Robert Blincoe, cuyas *Memorias* ejercieron gran influencia, pudo haber prestado su nombre a una historia más o menos verdadera; pero, a pesar de sus supuestos sufrimientos, vivió muchos años, y Samuel Kydd le describió como «un hombre relativamente de buena salud».

[51] Incluso Lord Shaftesbury «declinó una oferta de llevarle a visitar las principales hilanderías, definiéndola gratuita e innecesaria» (W.C. Taylor, *op. cit.*, p. 11), y Sir Robert Peel, propietario de fábrica, según Ure, sabía muy poco de la naturaleza y de las condiciones del comercio del algodón (*Philosophy of Manufacturers*, 3.ª ed., Londres 1861, p. 6).

[52] Ure, *op. cit.*, p. 227.

ba, o imaginaba entrar, en una fábrica de algodón, y veía a los pequeños obreros ocupados en una monótona rutina, y pensaba «cuánto mejor estarían saltando libremente por las colinas, contemplando el verde prado con su esplendor de ranúnculos y margaritas, el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas... (pero) hemos visto niños morir de hambre y nada más que de hambre en los tugurios de adobe y en las cunetas del camino.»[53] En comparación con los obreros de las fábricas, los trabajadores del campo vivían en abyecta pobreza, y el trabajo que realizaban los niños del campo era mucho más duro que el trabajo en las fábricas.[54] Sin embargo, «raramente lo veían los observadores casuales, a no ser cuando hacía buen tiempo».[55] A la pregunta de Thorold Rogers de por qué no había tratado de extender la legislación protectora a los niños del campo, siendo así que sabía que su trabajo era «tan perjudicial físicamente» como el de los niños de las fábricas, Lord Shaftesbury respondió que «se trataba de un problema de estrategia política y que, si hubiera patrocinado la emancipación de todos, no habría obtenido apoyo de ningún partido».[56]

La única actitud de los industriales respecto a la propaganda contra las fábricas fue de apatía. William Cooke Taylor afirma que estaban convencidos de que las calumnias que se propalaban no convencerían jamás a nadie, pero que su silencio, que confiaba en el buen sentido de los ciudadanos, se interpretó como admisión de culpa.[57]

A algunas exageraciones les cuesta morir.[58] Por ejemplo, los

---

[53] W.C. Taylor, *op. cit.*, pp. 23-24.

[54] Desbroce, recogida de piedras, siembra de patatas, etc.

[55] W.C. Taylor, *op. cit.*, p. 26.

[56] Thorold Rogers, *The Economic Interpretation of History*, Londres 1888, p. 335.

[57] *Op. cit.*, p. 11.

[58] El surgir de un interés implícito en una clase de inspectores de fábrica, empleados del Estado, parece haber contribuido a mantener vivo el interés sobre los pretendidos horrores de las industrias para las cuales no existía legislación. Es una hipótesis confirmada por la comparación entre los escritos de

Hammond repiten dos veces la afirmación de Fielden de que había descubierto, mediante un experimento práctico, que los niños empleados en las fábricas caminaban veinte millas al día durante su trabajo.[59] Fielden explicó en qué consistió este experimento. Dijo que no quería «entrar en detalles y minucias» de su cálculo, pues se vería «obligado a emplear términos que el lector común no comprendería».[60] Es posible que considerara moderado su cálculo, ya que Condy trató de demostrar que en total caminaban ¡unas treinta millas al día! En cambio R.H. Greg hizo cálculos detallados y los presentó con claridad, demostrando que la distancia media que un anudador de hilos podía recorrer en un día no superaba las ocho millas.[61]

Tratemos de formarnos una idea equilibrada y serena de las condiciones de aquel tiempo, y a la vez de formular juicios basados solamente en los criterios de la época: el hecho destacado, y uno de aquellos que muchos escritores dejan de poner en claro, es que, en los límites en que los trabajadores de entonces tenían la posibilidad de «elegir entre beneficios alternativos», elegían las condiciones que los reformadores condenaban. No sólo los salarios más elevados les inducían a preferir el trabajo en las fábricas a otras ocupaciones, sino que, como admitieron algunos reformadores, cuando una fábrica reducía las horas de trabajo, tendía a perder sus propios obreros, ya que éstos ofrecían su trabajo a las fábricas en que podían ganar más. El apoyo de la clase de los artesanos a las *Factory Acts* sólo pudo obtenerse convenciéndoles de que,

---

Whately Cooke Taylor (Inspector de fábrica) y de su padre William Cooke Taylor. Véanse a este respecto las observaciones proféticas de Herbert Spencer sobre el «poderoso deseo de entrar en una carrera estatal» en las familias de las clases medias y altas, y el impulso que éste originó hacia el control legislativo. (Véase *The Man versus the State*, R. P. A., Londres 1884, p. 28.)

[59] Véase *The Town Labourer*, p. 158, y *Lord Shaftesbury*, p. 44. Esta acusación sólo podía referirse a aquellos niños que se ocupaban de un trabajo especial, el *piecing*. Los Hammond no se tomaron la molestia de aclararlo.

[60] *Op. cit.*

[61] R. H. Greg, *op. cit.*

como consecuencia de ello, tendrían un salario igual o mayor por un trabajo menor. Se consideraba que los motivos técnicos hacían imposible reducir las horas de trabajo de los niños sin una reducción paralela para los adultos y el «movimiento a favor de las diez horas» (como Hutchins y Harrison no niegan) se ocupaba, en las manifestaciones públicas, tan sólo de las condiciones de los niños. Más tarde los trabajadores fueron inducidos a considerar a los niños como competidores, y es posible que este haya sido un motivo todavía más fuerte a favor de las *Factory Acts*, especialmente cuando se desarrolló la idea de hacer trabajar a los niños en equipos.

Podemos ignorar el tópico de que el niño, por lo menos, no era libre en sus decisiones. La argumentación se hacía de dos maneras: por un lado, «de ninguna amenaza tienen los niños mayor necesidad de protección que de sus propios padres», y, por otro, «los padres son los únicos efectivos y naturales protectores del niño». No vamos a valorar lo que estas dos ideas implican, pero la segunda es significativa. Las emociones humanas que dan origen al afecto de los padres no diferían entonces de lo que son hoy, y para comprender las causas de la aparente falta de corazón y crueldad, debemos referirnos al diferente ambiente social y económico.

Es difícil creer que los ricos filántropos apreciaran el bienestar de los niños más que sus propios padres. Tal vez fue necesaria la protección contra los efectos de la embriaguez, pero, por lo general, el apoyo de las clases altas a las restricciones legales del trabajo infantil obedecía a una absoluta falta de comprensión de las dificultades que las clases trabajadoras tenían que afrontar.

Mientras el desarrollo del sistema industrial no produjo un aumento general de la prosperidad material, estas restricciones sólo pudieron aumentar la miseria. No se conoce ningún intento serio de valorar los sufrimientos de los niños que fueron separados del trabajo por las diversas *Factory Acts*. Su condición fue descrita por algunos de los primeros inspectores de las

fábricas nombrados en 1833, pero muy pronto se perdió de vista su desgracia en la general prosperidad que siguió.[62]

El aumento de los salarios reales, con o sin las leyes en cuestión, habría originado alguna disminución en las horas de trabajo y cierta eliminación del trabajo infantil.[63] Ambas son expresión de una demanda de tiempo libre, y el tiempo libre se busca sólo después de haber sido ampliamente satisfechas las necesidades humanas de mayor importancia.

Además, cuando el hombre no tiene nada que hacer en su tiempo libre, o los bienes de que puede disfrutar en el tiempo libre no son suficientemente baratos y abundantes, ¿qué utilidad tiene éste para él? Cuando tiene todo esto, puede elegir lo que más le conviene, el tiempo libre u otras cosas. Con frecuencia las leyes imponen la elección de una autoridad que piensa que su decisión es mejor. Acaso, en la legislación industrial, la autoridad tenía, indirectamente, razón. Al dar «artificialmente» al obrero una mayor cantidad de tiempo libre, puede haberle enseñado a apreciar su valor en sí mismo y a anteponerlo al suplemento de ingresos que después solía gastarse en las tabernas. Pero mientras la revolución industrial no se desarrolló hasta ofrecer otros y más estimables bienes en competencia con aquellas instituciones, es posible que una disminución en las horas de trabajo tuviera un efecto opuesto y le condujera a malgastar una parte de sus ingresos mayor que antes. De la misma manera, el bienestar moral de los niños estaba tal vez mejor protegido en las fábricas que en sus

[62] Gaskell admitió, poco después de la aprobación de la *Factories Regulation Act*, que ésta, al causar el despido de un gran número de niños, no había hecho más que «aumentar los males que pretendía remediar, por lo que era preciso que fuera derogada» (*Artisans and Machinery*, p. 67).

[63] La eliminación del trabajo infantil se debía parcialmente a los cambios técnicos. El desarrollo del vapor como fuerza motriz condujo al uso de máquinas más grandes y menos adaptadas para ser manejadas por los mismos. Extrañamente, entre los eslóganes lanzados por el «movimiento de las diez horas», no se encuentra sólo «no matéis a los niños», sino también «poned el bozal a vuestro vapor» (Kydd, *op. cit.*, p. 61).

casas, antes de que llegaran a maduración los cambios sociales y morales que el nuevo sistema industrial hizo posibles.

El hecho de que las ventajas aparentemente conquistadas por las primeras leyes industriales sean en gran parte ilusorias se desprende de la constante mejora que indudablemente se estaba produciendo antes de 1833, en parte como consecuencia del desarrollo del sistema industrial en cuanto tal. Todas las fuentes admiten que las condiciones peores se encontraban allí donde prevalecía el sistema de trabajo doméstico, y en las pequeñas fábricas y talleres, y hubo una constante tendencia a su eliminación mediante la competencia de instalaciones mayores y más modernas. Lo que realmente hizo la ley de 1833 fue crear una tendencia en sentido contrario, ya que los trabajadores se vieron inducidos a refluir hacia los talleres y las fábricas más pequeños, que eran los que más fácilmente podían esquivar sus disposiciones.

El principal obstáculo a las mejoras parece haber sido la apatía —la apatía de la ignorancia— más bien que el afán de lucro de los industriales. Patronos y obreros, pero sobre todos los obreros, sencillamente no conseguían convencerse de que ciertas prácticas eran peligrosas y perjudiciales para su salud. Los obreros aprendían muy lentamente; los esfuerzos para mejorar las fábricas tenían que hacerse desafiando la oposición de aquellos mismos trabajadores a los que se pretendía favorecer. El dueño de un telar se encontró ante la amenaza de una huelga porque había instalado un ventilador, y los obreros alegaban que hacía aumentar su apetito; la sustitución de la pintura al cromo blanco por la pintura al zinc en orden a evitar el «cólico de los pintores» encontró la oposición de éstos; y los obreros rectificadores de Sheffield lucharon durante años contra la introducción de la boquilla magnética. Pero sólo en los años sesenta y setenta, cuando la ignorancia de los obreros se había ampliamente superado, se sometieron las «actividades peligrosas», en cuanto tales, a una reglamentación estatal.

El efecto de la legislación fabril sobre la producción es un problema que en los tratados modernos no se ha afrontado con valentía. Hubo, obviamente, una pérdida de potencial productivo.[64] Se puede, sin duda, demostrar que este sacrificio fue ventajoso por motivos sociales, pero no puede ignorarse la pérdida económica. En el caso del trabajo infantil, los efectos fueron mucho más lejos que la simple pérdida del puesto de trabajo; los niños perdieron el resultado de su aprendizaje y por consiguiente su especialización para la edad adulta. Un niño puede adquirir la habilidad con mayor facilidad que un adulto y esta facilidad adquirida en la infancia no se pierde fácilmente.

Algunos críticos parecen pensar que, demoliendo la «teoría de la última hora» de Senior, han demostrado que de la disminución del horario no se siguió reducción alguna en la producción. Se tienen vagas teorías sobre la «economía de las reducciones de horario». Los horarios laborales más breves no se obtuvieron sin sacrificios; puede decirse que se lograron mediante una aceptación de salarios inferiores por parte de los trabajadores y, por parte de la sociedad, en términos de reducción de la productividad. El hecho de que estas consecuencias no se perciban fácilmente se debe tan sólo al general aumento de riqueza que continuó a lo largo del siglo y que hizo posible y causó la demanda de tiempo libre que la clase de los artesanos finalmente llegó a poseer. Hutchins y Harrison repiten la común creencia de que las reducciones de horario fueron efectivamente una de las causas principales del aumento de productividad que siguió. No se dan cuenta, a lo que parece, de que esto está en contradicción con su afirmación de que los

[64] «Obviamente» puede parecer exagerado, teniendo en cuenta las muchas y diversas argumentaciones en sentido contrario. El escritor que con mayor seguridad puso la carreta delante de los bueyes fue George Gunton, que afirmó que «el nivel de vida y, por consiguiente, los ingresos totales de la familia es más bajo allí donde la mujer y los hijos contribuyen en su mayor parte a su sustento» (*Wealth and Progress*, Londres 1888, p. 171).

industriales eran contrarios a la reducción espontánea de la jornada laboral, a causa de la fuerza de la competencia que daba una ventaja desleal a quien no hacía tales reducciones. Hasta qué punto hay algo de verdad en la teoría de las economías derivadas de la reducción de horarios, depende tan sólo del especial proceso productivo que se examina; en algunos casos la producción disminuirá proporcionalmente, en otros menos que proporcionalmente, con la reducción de la jornada laboral.

Las dos conclusiones principales a que tiende este análisis son, en primer lugar, que hubo una tendencia general a exagerar los «males» que caracterizaron al sistema industrial antes del abandono del *laissez faire*, y, segundo, que la legislación industrial no fue un elemento esencial para la desaparición *definitiva* de estos «males». Algunas condiciones que con criterios modernos se condenan eran entonces comunes a la colectividad en su conjunto, y la legislación no sólo causó otros inconvenientes, no claramente visibles en los complejos cambios de la época, sino que contribuyó también a oscurecer y a obstaculizar remedios más naturales y deseables.

EN LA MISMA COLECCIÓN

1. Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, 442 páginas.
2. John Chamberlain, *Las raíces del capitalismo*, 238 páginas.
3. Terry L. Anderson y Donald R. Leal, *Ecología de mercado*, 270 páginas.
4. Vera C. Smith, *Fundamentos de la banca central y de la libertad bancaria*, 330 páginas.
5. Arthur Seldon, *Capitalismo*, 476 páginas.
6. E.G. West, *La educación y el Estado*, 280 páginas.
7. Paloma de la Nuez, *La política de la libertad. Estudio del pensamiento político de F.A. Hayek*, 304 páginas.
8. Jesús Huerta de Soto, *Estudios de economía política*, 342 páginas.
9. Bruno Leoni, *La libertad y la ley*, 278 páginas.
10. Ludwig von Mises, *Sobre liberalismo y capitalismo*, 368 páginas.
11. Dalmacio Negro, *La tradición liberal y el Estado*, 320 páginas.
12. Israel M. Kirzner, *Creatividad, capitalismo y justicia distributiva*, 250 páginas.
13. Murray N. Rothbard, *La ética de la libertad*, 384 páginas.
14. Lucas Beltrán, *Ensayos de Economía Política*, 416 páginas.
15. F.A. Hayek, *El nacionalismo monetario*, 176 páginas.
16. F.A. Hayek, *Precios y producción*, 176 páginas.
17. Joaquín Trigo Portela, *Bienestar social y mecanismos de mercado*, 255 páginas.
18. Wilhelm Röpke, *Más allá de la oferta y la demanda*, (2.ª edición), 320 páginas.
19. Henry Hazlitt, *La Economía en una lección*, (4.ª edición), 224 páginas.
20. Raimondo Cubeddu, *La filosofía de la Escuela Austriaca*, 350 páginas.